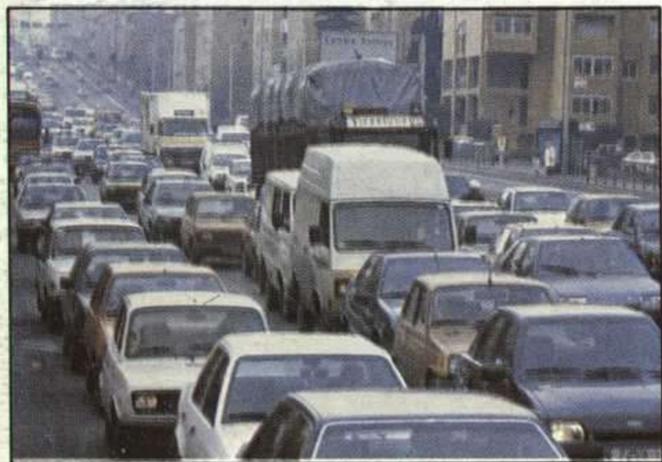


Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE TEORICO Y POLITICO EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA



IZQUIERDA UNIDA EN LAS
GRANDES CIUDADES

DESORDEN Y FERTILIDAD
EN LA ACTUAL
NOVELA ESPAÑOLA



LA GUERRA DEL GOLFO Y EL "NUEVO ORDEN MUNDIAL"

**SUMATE
A UN MUNDO
QUE SE MUEVE**

mundo obrero

N.º 596 Del 19 al 25 de septiembre de 1990 150 pesetas



**¿Qué golfo
tiene la culpa?**

TARIFAS

Nombre

Localidad

Domicilio

FORMA DE PAGO:	Giro		Metálico		Cheque	Recibo
	ESPAÑA	ISLAS	EUROPA	AFRICA AMERICA	ASIA AUSTRALIA	
3 meses	1.625	1.525	2.400	2.900	3.650	
6 meses	3.250	3.050	4.800	5.800	7.300	
12 meses	6.500	6.100	9.600	11.600	14.600	

MUNDO OBRERO
Claudio Coello, 126
28026 Madrid. Tel.: 563 97 02

Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE
POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

DIRECTOR
Pedro Marset

COORDINADOR
A. López Salinas

CONSEJO DE
REDACCION
Esther Benítez
Gerardo del Val
Salvador Jové
Héctor Maravall
Manuel Monereo
Damián Pretel
Vicente Romano
José Sandoval
Juan Trías

DISEÑO Y PRODUCCION
Manuel S. García

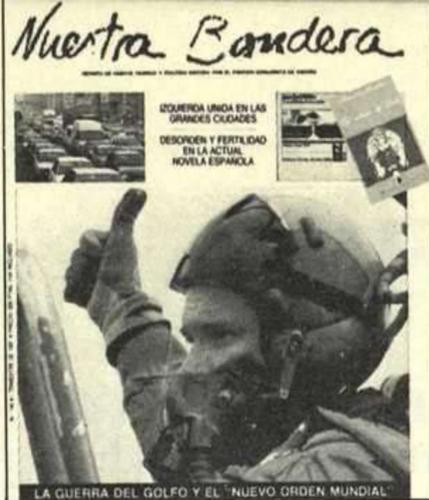
REDACCION Y
ADMINISTRACION
Marqués de Monteagudo, 8
28028 Madrid
Teléfono: 246 98 07
Fax: 361 17 74

DISTRIBUCION
MUNDO OBRERO
Claudio Coello, 126
28026 Madrid
Teléfono: 563 97 02

FOTOCOMPOSICION
Ciceralia, S. A.

IMPRESION
I.G. CARO

Depósito legal: M. 20.166-1977



SUMARIO

I TRIMESTRE/1991

N.º 148

EDITORIAL

2

NACIONAL

Juan B. Berga
Francisco Herrera

Una propuesta de autogobierno 4
IU en las grandes ciudades. Estrategia de política municipal 8

INTERNACIONAL: GUERRA DEL GOLFO PERSICO

Julio Anguita
Francisco Palero y
Juan B. Berga

Intervención en el Congreso de Diputados 14
Reflexiones para un mundo democrático. La situación internacional tras la guerra 20
El conflicto del Golfo, el nuevo orden internacional y el papel de la izquierda europea ... 28
La «pax» americana 34
La factura de la guerra 38
El papel de Israel en Oriente Medio 44
Breves reflexiones sobre la paz y la guerra 50
Esta guerra la perdemos los jóvenes 52
Los grandes precursores. La primera guerra de la era de la imformación 54

Manuel Monereo

José Cabo
Héctor Maravall
José María Lasso-Prieto
Andrés Sorel
Vicencio Gómez
Juan B. Berga

ECONOMIA Y SOCIEDAD

Jorge Riechman

El socialismo puede llegar solo en bicicleta 58

TRIBUNA ABIERTA

V. Gabrilov
Francisco Frutos

¿Con Marx o sin él? 70
Euroizquierda y cristianismo 76

CULTURA

Rafael Compte

Desorden y fertilidad en la actual novela española 80
La Universidad española: instalación en la mediocridad 84

Carlos Paris

Los dibujos que ilustran este número han sido realizados por Rafael Seco.

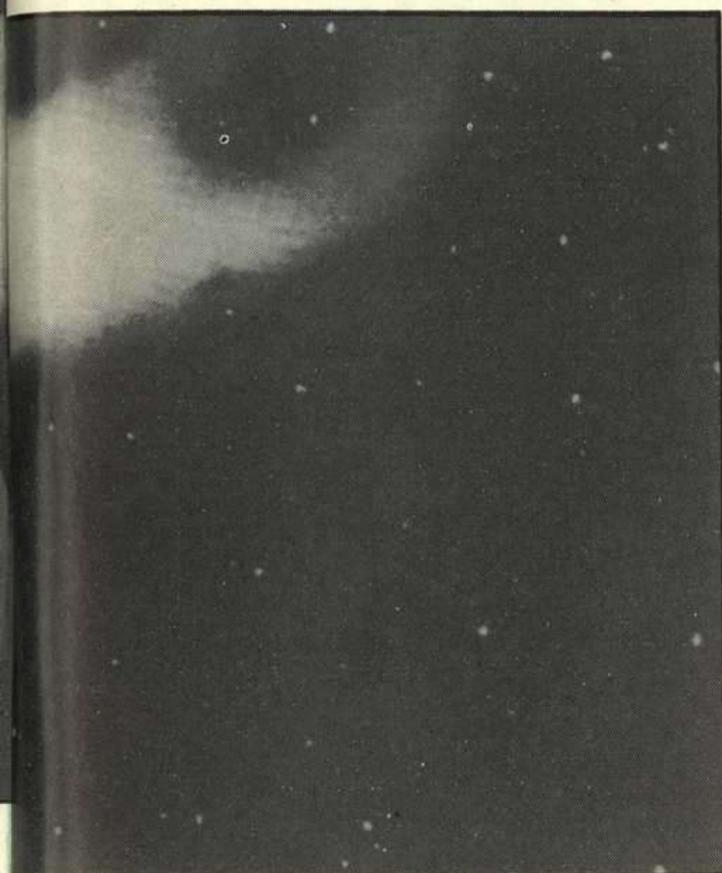
EDITORIAL

LA guerra del Golfo Pérsico se ha convertido en el punto de referencia más significativo para la teoría y práctica política de las fuerzas sociales y culturales de Occidente. Para los intereses conservadores, ligados al mantenimiento del sistema capitalista mundial, ha supuesto un reforzamiento ideológico y económico de primera magnitud en un concierto de hundimiento irremediable de las experiencias socioeconómicas alternativas. Para las fuerzas de progreso, que habían teorizado la íntima relación del desarrollo neocapitalista con la creciente depauperación del tercer mundo neocolonizado, ha actuado todo el proceso de la guerra como una auténtico terremoto ideológico y social, ha significado una profunda división. Por una parte, se han alineado componentes importantes de la izquierda tradicional con Bush y, por otra, se ha producido un acercamiento de la otra parte de la izquierda con un amplio abanico de grupos y posturas en la crítica y enfrentamiento a las directrices del Gobierno de

los Estados Unidos de Norteamérica, desde una perspectiva de progreso y solidaridad. En España, los efectos de la guerra del Golfo Pérsico han sido devastadores. La enorme coincidencia entre la derecha clásica, tradicional, y el Gobierno del PSOE, ha culminado el lento proceso llevado a cabo por Felipe González y la dirección del PSOE de eliminar paulatinamente (y definitivamente) los referentes teóricos de progreso y consagrar el pragmatismo como única base ideológica. En este sentido, la remodelación del Gobierno es harto significativa. Situar a Serra como vicepresidente, al ministro que se encargó de cumplir las tareas de Sanidad, al ejecutor de las reconversiones industriales y ajuste de Renfe, es toda una declaración de guerra contra la sanidad pública. El espectáculo de «intelectuales» con pedigree de izquierdas, apoyando al Gobierno en su postura de alineamiento con Bush, ha sido realmente triste y hasta patético. Sobre todo si se tiene en cuenta que hasta analistas norteamericanos ya de derechas o liberales, claramente señalaban la relación del conflicto con el petróleo (Kisinger) o que la



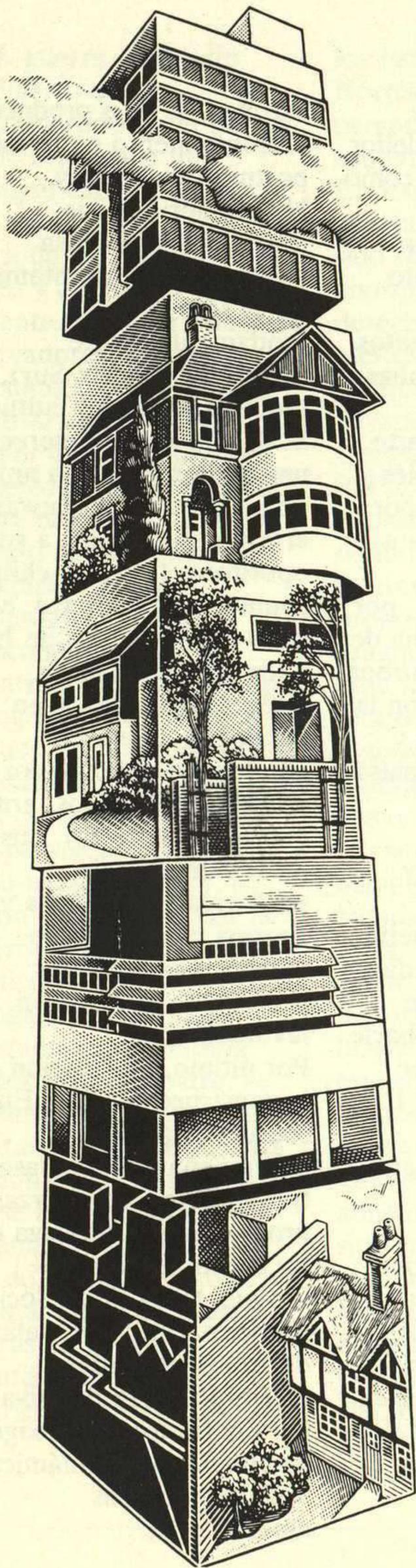
guerra era innecesaria (Galbraith). Es difícil no dejarse arrastrar por las similitudes entre este final de siglo y el del siglo pasado. La crisis que la izquierda fue gestando al final del siglo XIX, en su contradictoria interpretación del capitalismo y del sujeto revolucionario, culminó con la Primera Guerra Mundial al abandonar una parte de la izquierda el internacionalismo y alinearse con la burguesía de cada país, y adoptar la otra una teoría y una práctica profundizadora de los componentes críticos y alternativos, desembocando en la experiencia socialista y en los partidos comunistas. En estos momentos de evidente crisis de la izquierda, en sus dos vertientes, la necesidad de



avanzar en una alternativa superadora de las insuficiencias de ambas trayectorias es la cuestión más importante. La guerra del Golfo Pérsico al poner en evidencia la barbarie de nuestra civilización, de nuestros principios, a través del uso de la fuerza, ha permitido un proceso de acercamiento y confluencia de componentes teóricos y de contingentes humanos organizados en torno a una plataforma de solidaridad y paz. Los elementos básicos de este movimiento social han sido el sindicalismo de clase, el feminismo, el pacifismo, el ecologismo, la defensa de los derechos humanos, la solidaridad con el tercer mundo, los componentes más humanos del cristianismo y de otras religiones, la cultura y el arte más conscientes, junto con la izquierda transformadora. Desarrollar

la potencialidad de este movimiento social alrededor de los acontecimientos como una oportunidad para avanzar en esa dirección. Existen en este momento tres cuestiones que, por diversas razones son puntos nodales en los que canalizar esta posibilidad de confluencia. Por una parte, las elecciones municipales y autonómicas de mayo; por otra, la atención que va a merecer el llamado «problema palestino» y, por último, el complejo tema de la construcción de la Europa social en su conexión con la política de nuestro país y con la situación de los países del Este europeo. En relación con las elecciones municipales y autonómicas Izquierda Unida va a poner a prueba los principios de pluralidad y perfilar la alternativa de izquierda frente a la debacle teórica del PSOE. Saber articular el proyecto de IU a crecientes grupos y colectivos que reivindican aspectos semejantes o idénticos a los que se plantean en los objetivos programáticos de IU, va a ser toda una prueba. En relación con la llamada «cuestión palestina», puesta en relieve tras la guerra del Golfo Pérsico por tantas

razones, se va a producir el enfrentamiento entre las posturas de Israel y Norteamérica y las favorables a la causa palestina. El enfrentamiento no es sólo o fundamentalmente económico (Norte-Sur), sino también político y cultural. Si Sadam Husein merecía una profunda crítica antes de la invasión de Kuwait por el trato que infligía a sus opositores (kurdos, chiitas, comunistas, etcétera), el trato del Gobierno de Israel a los palestinos no se diferencia mucho, y en ocasiones supera en crueldad al del dictador iraquí (bombardeos, armas químicas, etcétera). Suscitar un sentimiento de solidaridad en España y Europa con el pueblo palestino es un factor positivo en su solución favorable. Por último, en relación con la construcción de la Europa social y el papel a desempeñar por la clase trabajadora y las fuerzas de progreso, la naturaleza de las cuestiones que se dirimen (Seguridad Social, servicios sanitarios, salarios, derechos sindicales, etcétera) es tan decisiva para el futuro, que exige igualmente una dinámica social de amplias alianzas. ■



UNA PROPUESTA DE AUTOGOBIERNO

Juan B. Berga

Este texto es, en buena parte, fruto de una reflexión colectiva. Muchas asambleas de las Federaciones de Izquierda Unida han suministrado buena parte de los elementos que aquí se contienen. La Comisión sobre «Reforma del Estado» de las Primeras Jornadas Institucionales de IU ha aportado, igualmente, numerosas ideas.

UN NUEVO CICLO POLITICO

CUALQUIER reflexión de partida ante las elecciones locales y autonómicas que se celebrarán en mayo, debe iniciarse considerando que se ha agotado un ciclo no sólo en la vida política española sino, muy especialmente, en la vida local y autonómica.

El impulso de descentralización política que catalizó buena parte de las ilusiones democratizadoras de nuestra sociedad se encuentra virtualmente agotado. Ni las competencias, ni los recursos financieros ni las formas de gobierno de Comunidades Autónomas y Ayuntamientos permiten abordar los retos pendientes sin alteraciones sustanciales del mapa político, de la estructura del Estado y de las respuestas programáticas.

Desde la perspectiva de los objetivos constitucionales y desde el balance arriba apuntado, cabe plantearse una respuesta política desde una doble perspectiva: los distintos niveles de autogobierno y el creciente envejecimiento de la idea de Estado-Nación frente a las reivindicaciones concretas de autogobierno.

a) El autogobierno y su fórmula concreta de las autonomías puede utilizarse para hacer frente a tres niveles de aspiraciones:

1. La necesidad de descentralizar el poder por razones de operatividad y racionalidad administrativa.
2. La satisfacción de una aspiración democrática a través del autogobierno, o sea, el acercamiento de las decisiones y de su control a la ciudadanía a través de sus representantes.
3. El reconocimiento de la personalidad colectiva, de una conciencia nacional, a menudo basada en factores diferenciales, y también de la voluntad de muchas Comunidades de construir una identidad política.

b) El Estado-Nación, fórmula universal de organización del poder político, parece no poder canali-

zar, ni mucho menos, todos los nuevos problemas que van apareciendo. Los problemas que se dan sobre las competencias hasta hoy reservadas al Estado (Defensa, Moneda, Relaciones Exteriores, etcétera), se van situando progresivamente en unidades superiores (OTAN, UEO, CE, ONU, etcétera), y las macrodecisiones socioeconómicas (medio ambiente, tipos de interés, procesos industriales, etcétera) requieren una corresponsabilización internacional. A su vez, lo que afecta a la dimensión personal, especialmente las materias que facilitan un incremento de la calidad de vida de las personas (Sanidad, Enseñanza, Cultura, etcétera) requieren ámbitos más reducidos, a escala menor, y más cercanos a la ciudadanía, sean los autogobiernos de las unidades subestatales, sean los poderes locales como los Ayuntamientos.

Nos encontramos, en definitiva, ante los siguientes retos a los que ofrecer respuesta:

1. Vincular el diseño institucional a proyectos sociales y políticos, huyendo de operaciones de arquitectura institucional que no guarden relación con las demandas sociales.

2. La exigencia de identificar un nivel de gobierno de la sociedad contemporánea que sea, al mismo tiempo, más eficiente y más democrático.

3. Considerar en cualquier propuesta política la internacionalización de los procesos políticos, económicos y sociales.

4. Las reformas que derivan de las insuficiencias señaladas exigen un nuevo horizonte político e institucional en las que situar las propuestas singulares que puedan formularse.

El federalismo constituye la propuesta política que permite ofrecer esta respuesta. IU viene obligada a dotar de contenido a su propuesta de federalizar el Estado. Ese contenido es hoy una radical propuesta de autogobierno.

Democratización y participación

En este apartado de objetivos políticos deben regularse nuevos diseños institucionales que superen la concepción de mero parlamentarismo en las CC.AA.

En este apartado se incluirían reformas que permitan la ampliación de los períodos de sesiones a todo el año, la profesionalización de los diputados y la posibilidad de disolución anticipada de las Cámaras.

Deben aumentarse cualitativamente los instrumentos de participación social en todo el cuadro institucional, reformando para ello los reglamentos de las instituciones autonómicas y locales.

Debe facilitarse el acceso al referéndum vaciando las limitaciones que para el ejercicio de éste se han establecido, tanto a nivel autonómico como local. En

ambos ámbitos debe facilitarse el desarrollo de la iniciativa legislativa popular.

La reforma de las Administraciones públicas, una exigencia de eficiencia

El nivel central de la Administración pública española debe caracterizarse por orientar su actividad y organización hacia las funciones de planificación, coordinación y supervisión. Esto supone una reducción drástica de tareas de gestión para centrarse en funciones de dirección política vinculada directamente al Gobierno central.

Una primera consecuencia de esta nueva concepción que distribuye las funciones de las diversas Administraciones públicas se refiere a la simplificación y reducción de los ministerios.

Además de la reestructuración ministerial propuesta, habría que llevar a cabo toda una serie de iniciativas tales como:

— Creación de los nuevos servicios administrativos necesarios para coordinar las Administraciones central y autonómicas (Consejo previsto en el art. 131.2 de la Constitución, conferencias sectoriales, etcétera).

— Nueva articulación de cada uno de los ministerios que permanezcan, de forma que se facilite de manera ordinaria, directa e institucional, la relación con las CC.AA.

— Reducción y simplificación de los organismos autónomos de la Administración central relacionados con funciones y servicios traspasados a las CC.AA.

En la misma medida en que planteamos la ampliación de competencias de las CC.AA., la cesión de la gestión de la mayoría de las competencias estatales y la capacidad de ejecución de todas las funciones y servicios que incidan en el desarrollo institucional, económico y social de nacionalidades y CC.AA., en esa misma medida debe reducirse adecuadamente la Administración periférica del Estado.

Así pues, la primera medida que proponemos es la drástica reducción y simplificación de la Administración periférica, paralelamente a los traspasos de competencias. Este es el contexto adecuado para analizar figuras administrativas como la de delegado del Gobierno y la de gobernador civil. Una vez reducida la Administración periférica, el resto debe ser perfectamente dirigida y coordinada con la Administración de la Comunidad Autónoma. Estas tareas pueden justificar la existencia en cada autonomía de un delegado del Gobierno.

Se podrían llevar a cabo las siguientes actuaciones:

— Definición de la figura del delegado del Gobierno.

— Supresión o, en su caso, agrupación de los ser-

vicios provinciales, que pasarían a incardinarse en la organización o estructura de las Delegaciones de Gobierno.

— Supresión de la figura del gobernador civil, tal y como actualmente se encuentra configurado.

— Una vez completados los diferentes trasposos, y teniendo en cuenta que la Administración periférica no tiene competencias de carácter decisorio sino meramente instrumentales y de gestión, y a efectos de evitar una duplicación burocrática y subsistencia de dos niveles organizativos, así como en aras de alcanzar una mayor eficacia y economía de medios, se podría utilizar el procedimiento de que la ejecución de determinadas competencias (sin que el Estado perdiera su titularidad) pudiera ser encomendada a los órganos periféricos de las CC.AA. en las provincias o comarcas y, en su caso, a los municipios.

Un nuevo marco institucional

El desarrollo exigible del cuadro institucional que responde a las demandas políticas de pleno autogobierno, de profundización democrática y de eficacia administrativa, reclama la propuesta federal que hemos señalado y que podría articularse del siguiente modo:

A) Reforma de los Estatutos de la vía del 143.

Esta reforma, que debe pretender la equiparación competencial con los Estatutos del 151, deriva del agotamiento del desarrollo autonómico y de la necesidad de asumir competencias que permitan la creación de un espacio autonómico para la política económica y social, procuren márgenes de inversión y vinculen el desarrollo institucional al desarrollo de la calidad de vida.

Este aumento competencial debe ir acompañado de un reforzamiento del poder institucional de estas CC.AA.

Básicamente, esta equiparación competencial tendría como elementos centrales los siguientes:

1. Ampliación de las competencias de Sanidad y Seguridad Social.
2. Ampliación de las competencias de Educación.
3. Ampliación de competencias en Industria, relaciones laborales, sector público, reestructuración de sectores económicos, reserva al sector público de recursos o servicios esenciales e intervención de empresas, trabajo y elaboración, en consecuencia, de un plan de actuación económica encaminado a la recuperación del empleo y a la mejora de la calidad de vida con reequilibrio entre las zonas urbanas e industriales y las rurales.

B) Ampliación de la capacidad competencial de las comunidades del 151 por la vía del artículo 150, si éstas lo demandan. Esta ampliación podría referirse, especialmente, en materias socioeconómicas.

Obviamente, estas reformas no completan un Estado federal que, en su diseño último, reclamaría una reforma constitucional que no debemos excluir pero que, ahora mismo, no es imprescindible para resolver un cambio cualitativo en la definición del autogobierno.

Los Ayuntamientos en la propuesta federalizante de IU

Las corporaciones locales, además de ejercer sus propias competencias, pueden llevar a cabo dos tipos de funciones:

— La gestión de las competencias delegadas por la Comunidad Autónoma, que deben ser todas aquellas que se llevan a cabo en el ámbito local.

— La gestión ordinaria de los servicios propios de la Comunidad Autónoma radicados en el municipio o la comarca.

En cualquier caso, no parece trivial señalar que la delegación de competencias autonómicas a las corporaciones locales deben ir necesariamente acompañadas de las dotaciones precisas de medios personales y económicos, adecuados para la correcta gestión de las competencias delegadas.

La misión básica de la Comunidad Autónoma con relación a las corporaciones locales sería la del ejercicio de la coordinación general en función de los intereses comunitarios supralocales, que aseguren la correcta adecuación de las actividades de las diversas administraciones que actúan en la Comunidad Autónoma.

El organismo propio para establecer los criterios generales de coordinación es el Parlamento de la Comunidad Autónoma, que podrá prever diversos instrumentos ordinarios y permanentes que aseguren la coherencia de las decisiones y actividades de todas las Administraciones públicas de la Comunidad Autónoma.

Conviene señalar que las CC.AA. no han conseguido todavía la estructuración y organización adecuadas de sus servicios periféricos: siguen proliferando nuevas instancias administrativas y burocráticas que se superponen a la Administración periférica del poder central, que sigue prácticamente la misma que en estado unitario centralista. Por ello, conviene tener en cuenta que los estatutos de autonomía permiten, en muchos casos, la creación de nuevas entidades locales, como las comarcas. En este sentido las dos instancias del Estado, Administración central y autonomías, deben proceder a una simplificación burocrática que pasa, necesariamente, por reducir la Administración provincial a la mínima expresión, prevista en el texto constitucional, en una vía de extinción que pueda incluirse en una futura reforma constitucional.

Desde esta perspectiva, la legislación básica del régimen local (Ley de Régimen Local, Ley de Haciendas locales...) requiere una reforma en profundidad que dote a los municipios de una auténtica autonomía.

En el marco de esta reforma cabe un aumento considerable de los fondos de cooperación municipal, tanto de la Administración central como de las que deben establecerse por las CC.AA.

La CEE y las CC.AA.

La política regional debe ser un instrumento fundamental en la elaboración y la aplicación de las reformas destinadas a impulsar las transformaciones comunitarias que signifiquen una auténtica reconversión social y ecológica de la economía.

En este sentido, hay que impulsar todas las medidas que tiendan a la coordinación y la integración de los fondos estructurales, sobre la base de la programación regional y la concentración de los recursos en las regiones más desfavorecidas, con el fin de garantizar un desarrollo equilibrado.

Para que esta política regional sea eficaz y contribuya a hacer realidad la cohesión económica y social, es preciso que en el marco comunitario, la región tenga, a través de sus representantes democráticos, una participación corresponsable en la elaboración de las políticas generales comunitarias, que reciba toda la información que les afecta por parte de los Estados miembros, que elabore sus propios programas de desarrollo integrado y que asuma la dirección de su gestión.

El avance de una política regional eficaz exige el reconocimiento institucionalizado, por parte del Gobierno español, del papel comunitario de las autonomías, la justa valoración de los potenciales propios de cada comunidad regional y la aportación de recursos financieros suficientes para aplicar sus programas de desarrollo.

En el futuro, la representación del gobierno comunitario, que debiera ser la comisión, la del gobierno de cada Estado y la de la región o autonomía deben colaborar en una acción integrada, coordinada y programada que asegure una gestión eficaz, transparente y democrática de la política comunitaria.

La federalización de la CE, aparte del tema de sus fronteras y de la ampliación hacia todo el continente, es tanto por forma como por contenido una reivindicación progresista. Las fuerzas políticas que desde la izquierda se debaten hoy, dentro de la pluralidad, sobre las bases de un proyecto de transfor-

mación deberían conquistar la hegemonía de este proceso, se permitiría así canalizar las legítimas aspiraciones a un reconocimiento de la personalidad colectiva; se potenciarían las energías de las izquierdas con propuestas alternativas; se plantearían las soluciones más democráticas a esta compleja cuestión; se posibilitaría una revisión del discurso del poder y el control más eficaz de los concentrados económico-financieros que hoy diseñan otra Europa. Especialmente se lograría una visión global desde el respeto y la contribución de la especificidad.

El reconocimiento de la globalidad basada en la especificidad en el seno de la construcción europea permitiría también una mayor comprensión hacia futuras incorporaciones, y a la vez un distanciamiento de las concepciones eurocentristas o del peligro del racismo hacia los emigrantes de otros continentes, quienes deberían ejercer también sus derechos en la futura Europa.

Ello requiere un proyecto político de izquierda basado en la posibilidad de coordinación programática de las fuerzas de la izquierda, a nivel europeo y de Estado.

DEBE facilitarse el acceso al referéndum vaciando las limitaciones que para el ejercicio de éste se han establecido, tanto a nivel autonómico como local. En ambos ámbitos debe facilitarse el desarrollo de la iniciativa legislativa popular

Propuesta política para el autogobierno

Superando cualquier debate sobre federalismo, que no sería sino una auténtica tapadera de las insuficiencias del vigente modelo autonómico, proponemos acuerdos que caminen en una dirección federalizante hasta que desarrollados todos los límites constitucionales se haga

preciso una reforma de la Constitución.

En esta línea va el planteamiento de IU de que el actual proceso no puede quedar reducido a la negociación (al tan manido e inexistente pacto de Estado) que a nivel estatal se pueda dar entre las distintas fuerzas políticas. Es necesario reconocer plenamente el carácter bifronte del Estado español y, en consecuencia, asumir que a las CC.AA. que poseen hoy sus propias instituciones, y tienen por tanto la representación de sus respectivos pueblos, les ha de ser respetada su capacidad de iniciativa y sus exigencias de mayores competencias políticas en el espíritu del Título VIII de la Constitución. En este sentido, cualquier posible acuerdo debe basarse en el reconocimiento explícito de la necesidad de una doble reforma: la de los Estatutos de las Autonomías de segundo orden (renunciando a que el Gobierno conceda graciosamente la delegación de esta o aquella competencia) y la reforma del sistema de financiación.

Las Comunidades Autónomas deben ejercer un notable protagonismo en este proceso. ■

IU EN LAS GRANDES CIUDADES

Estrategia de política municipal

Francisco Herrera



LA estrategia de política municipal que defiende Izquierda Unida se apoya en dos componentes esenciales: las políticas de ordenación del territorio y las propuestas de transformación de la institución municipal y de la función social de las corporaciones locales.

En cuanto a las políticas de ordenación del territorio, cabe hablar de los siguientes objetivos:

1. Luchar contra la segregación social de la ciudad, *impidiendo la expulsión de las capas populares de las áreas centrales del municipio.*

2. *Proteger el patrimonio edificado*, cuya destrucción prematura e indiscriminada constituye un despilfarro social y un atentado cultural.

3. *Mantener y proteger el empleo industrial* en el municipio.

4. *Frenar la terciarización del centro.*

5. Limitar el acceso del coche privado a las áreas centrales, en una clara política de transporte público.

6. Defender, proteger y *conservar los grandes espacios abiertos de los municipios*, profundizando en una clara política de reequilibrio ecológico.

7. *Mantener el carácter público de cualquier suelo* o elemento urbano que tuviese ese carácter.

8. *Mejorar la calidad ambiental del espacio urbano*, desarrollando todo tipo de medidas anticontaminantes.

9. *Reequipar la ciudad con instalaciones singulares*, localizadas en lugares con una máxima accesibilidad por medio del transporte público.

10. *Organizar el crecimiento de la ciudad* para reducir sus desequilibrios.

Pero no basta con decir ordenación del territorio. Es necesario hablar también de otros componentes. Es preciso avanzar en la idea de una propuesta realmente transformadora.

Seis, al menos, son los aspectos que tenemos que abordar para la realización de esta transformación municipal:

- *El modelo de organización y funcionamiento municipal que queremos.*

- *Los presupuestos municipales, el control del gasto público y las transferencias del Estado.*

- *La participación ciudadana y la consulta popular: el referéndum municipal.*

- *La descentralización municipal, la elección de concejales de distrito por sufragio universal.*

- *Las nuevas competencias municipales. Las nuevas áreas municipales.*

- *La elaboración de las Leyes de Capitalidad y la realización de nuevos reglamentos de régimen interior.*

La necesidad de Leyes Especiales de Capitalidad. Con base en la legislación de carácter general sobre cuestiones municipales, Izquierda Unida propondrá la puesta en marcha de los mecanismos necesarios que posibiliten la existencia de Leyes de Capitalidad.

Este tipo de Ley de Capitalidad podría desarrollar con suficiente amplitud toda una serie de aspectos absolutamente esenciales en el momento actual. Por ejemplo:

- *Reglamento del derecho a referéndum municipal, con carácter general, por distritos o barrios.*

- *La forma de resolver el viejo problema del pago de impuesto y tasas por parte de las insti-*

tuciones que utilizan los servicios municipales.

- *Nueva organización de las Juntas Municipales, con elección directa de todos los componentes de la Junta, realizado por sufragio universal por los ciudadanos de cada distrito.*

- *Medidas para potenciar el asociacionismo vecinal, con declaración de las entidades ciudadanas como organizadores de interés municipal, y su equiparación con las entidades de usuarios y consumidores.*

EL MODELO DE CIUDAD QUE DEFIENDE IZQUIERDA UNIDA

El modelo de ciudad que defiende Izquierda Unida se apoya en tres ejes fundamentales:

1. **La ordenación del territorio, vía Planes Generales.**

UN componente esencial del modelo de ciudad que defiende Izquierda Unida es la apuesta a fondo por una política de equipamientos en los barrios, capaz de dar satisfacción a las demandas existentes hoy en la sociedad

2. **La lucha contra los desequilibrios sociales, vía Programas de Integración Social.**

3. **El desarrollo de una cultura urbana en el ámbito territorial, que haga posible, todavía, alguna forma de relación del hombre con la naturaleza.**

Por lo que se refiere a la Ordenación del Territorio, hay que partir de un hecho cierto: hoy, en España, las ciudades están creciendo. Es un hecho. No es una hipótesis de trabajo. Es un hecho. Por tanto, es preciso organizar racionalmente este creci-

miento y el instrumento de que disponen las corporaciones municipales para realizar una adecuada Política de Ordenación del Territorio son los Planes de Ordenación Urbana.

Los Planes Generales fueron la gran aportación de los ayuntamientos democráticos de 1979. Hoy es posible decir que la mayor parte de los municipios españoles tienen un Plan General que ordena el crecimiento de la ciudad. Sin embargo, hay dos problemas a resolver: uno de ellos, la revisión de los propios Planes, ya que está establecido en su período de vigencia, de ocho a doce años, que cada cuatrienio se revisaría su Programa de Actuación. Este u otro parecido criterio de revisión es el que está operando. Por tanto, es preciso orientarse en la revisión de esos Planes Generales, en los plazos establecidos por la legislación que les afecta, sin desvirtuar su contenido.

La otra cuestión que hay que resolver es la inadecuación de varias de las determinaciones de los Planes Generales elaborados en el período 79-85. Es evidente que entonces se rebaja sobre una hipótesis de «crecimiento cero», que hoy en 1990 ha quedado completamente obsoleta. Por tanto, es preciso revisar algunas determinaciones importantes, sobre todo las que se refieren a los problemas de gestión urbanística y transporte colectivo. También han venido determinadas sentencias judiciales que condicionan de manera importante la política de vivienda contenida en los Planes Generales de Ordenación Urbana aprobados en el período posterior a las elecciones de 1979. Particularmente, la Sentencia del Tribunal Supremo que cuestiona la capacidad de los Planes Generales para determinar la obligación de

desarrollar VPO en suelo de propiedad privada.

La nueva Ley 8/1990, de 25 de junio, sobre Reforma del Régimen Urbanístico y Valoraciones del Suelo permite adscribir en el planeamiento municipal superficies de suelo urbanizable a la construcción de viviendas en régimen de protección oficial. No deben descartarse tampoco negociaciones con los propietarios privados de suelo para que puedan desarrollarse programas de VPO en el ámbito municipal.

Otro componente esencial del modelo de ciudad que defiende Izquierda Unida es la apuesta a fondo por una política de equipamientos en los barrios, capaz de dar satisfacción a las demandas existentes hoy en la sociedad. Equipamientos que tienen que estar situados allí donde se produce la demanda y que deben reunir las características específicas que exige la demanda. En la fase actual, es evidente que los equipamientos deportivos y culturales cobran un especial significado en relación con el estado del desarrollo en la sociedad española.

En cuando a la lucha contra los desequilibrios sociales, vía Programas de Integración Social, éste es uno de los grandes retos que tienen que resolver los ayuntamientos en los próximos años.

Parece cierto que la economía española está creciendo, aun en su fase de ajuste y recesión, a un ritmo importante y no es menos cierto que ese crecimiento no está beneficiando por igual al conjunto de la sociedad. Todo lo contrario: se está produciendo lo que los sociólogos del poder denominan como «dualidad social», que no es otra cosa que la desigualdad social, en función de la cual se agudizan las diferencias entre las clases sociales que habitan en una misma ciudad.

Aunque éste es un fenómeno

derivado de tendencias macroeconómicas, los ayuntamientos no pueden inhibirse ante esta realidad. De ahí que con los instrumentos que los ayuntamientos tienen en la mano y particularmente con una adecuada gestión del presupuesto municipal, se deba luchar contra ese proceso de segregación social, en favor del desarrollo equilibrado del conjunto de los territorios que configuran la ciudad, y de las clases, capas sociales o segmentos de población que habitan la misma. Desde esta perspectiva, los programas de fomento de empleo, creación de equipamientos, política tarifaria en los transportes colectivos, programas de ayuda a domicilio, gestión de pensiones asistenciales, gestión del Salario Social, política de promoción de Viviendas de Protección Oficial y Viviendas de Promoción Pública, y un conjunto de instrumentos de política social integradora, adquieren una especial relevancia y exigen una apuesta a fondo por su eficacia.

En cuanto a la cultura, ésta sí es la gran asignatura pendiente de la sociedad española, incluida la sociedad urbana. Estamos hablando de la promoción de una cultura participativa, en lo ideológico y en lo programático, orientada al reforzamiento de una trama de relaciones sociales entre los habitantes de la ciudad. Izquierda Unida debe mantener el criterio de que aún es posible una cierta forma de relación en la ciudad entre el hombre y la naturaleza, aunque se trate de una naturaleza urbanizada. El objetivo no debería ser otro que el de promover una cultura política en el ámbito de la ciudad, favorable a las ideas de solidaridad y relación social entre los habitantes de la misma, y en detrimento de la idea del individualismo y la aceptación de las desigualdades

como un hecho natural que produce la evolución de la propia ciudad.

Por tanto, el hecho cultural adquiere una naturaleza importante. Hecho cultural que no se queda sólo en la creación de infraestructuras culturales (centros culturales...), sino que implica también un discurso ideológico y político sobre el conjunto de la población, en favor de una política de integración que tenga en las ideas de solidaridad y justicia social sus referencias determinantes.

En síntesis, el modelo de ciudad que defiende Izquierda Unida no está anclado en lo que podríamos denominar el «crecimiento cero» de las ciudades españolas, en el mercado actual. A partir de la consideración de que las ciudades están creciendo, es preciso organizar ese crecimiento. Y organizar ese crecimiento quiere decir dar salida al mismo en la gestión urbanística, porque de lo contrario los agentes económicos que están operando en la promoción de ese crecimiento se buscarán sus propias salidas. La idea del desarrollo equilibrado de ese crecimiento y la iniciativa de fomentar una cultura participativa que tenga sus referencias en las ideas de solidaridad y justicia social completan la propuesta.

LA ALTERNATIVA MUNICIPAL DE IU EN MAYO '91

Ideas-fuerza del discurso político. Todas las encuestas coinciden en señalar que *Izquierda Unida es una fuerza política en alza*, con unas expectativas de voto que tienden a duplicar los resultados electorales obtenidos en las elecciones municipales de hace cuatro años.

Este es el *resultado lógico de*



Se está produciendo lo que los sociólogos del poder denominan como «dualidad social», que no es otra cosa que la desigualdad social, en función de la cual se agudizan las diferencias entre las clases sociales que habitan en una misma ciudad

cuatro años de trabajo, período durante el cual Izquierda Unida ha venido desarrollando una intensa actividad.

Los ciudadanos deben tomar en consideración que *Izquierda Unida va a gobernar los ayuntamientos* a partir de las elecciones de 1991. Somos, por tanto, una fuerza de gobierno.

Sobre la política de alianzas de Izquierda Unida, las decisiones se tomarán tras las elecciones. Los eventuales acuerdos de IU con otras formaciones dependerán del contenido del programa a aplicar.

Ideas-fuerza en la caracterización de las candidaturas. Vamos a gobernar poniendo por encima de cualquier otra consideración *la eficacia en la gestión.*

Vamos a gobernar con *sentido de la autoridad política*: acabando con los abusos, por ejemplo, la especulación urbanística, el negocio a costa de la ciudad.

Vamos a gobernar *con sentido*

de la democracia política: por ejemplo, convocando un referéndum municipal sobre los problemas de tráfico.

Somos la única candidatura que presenta un *tercio de mujeres* en sus listas.

Las candidaturas de Izquierda Unida reflejan el *pluralismo ideológico de la coalición*: hay comunistas, socialistas, republicanos e independientes de izquierda.

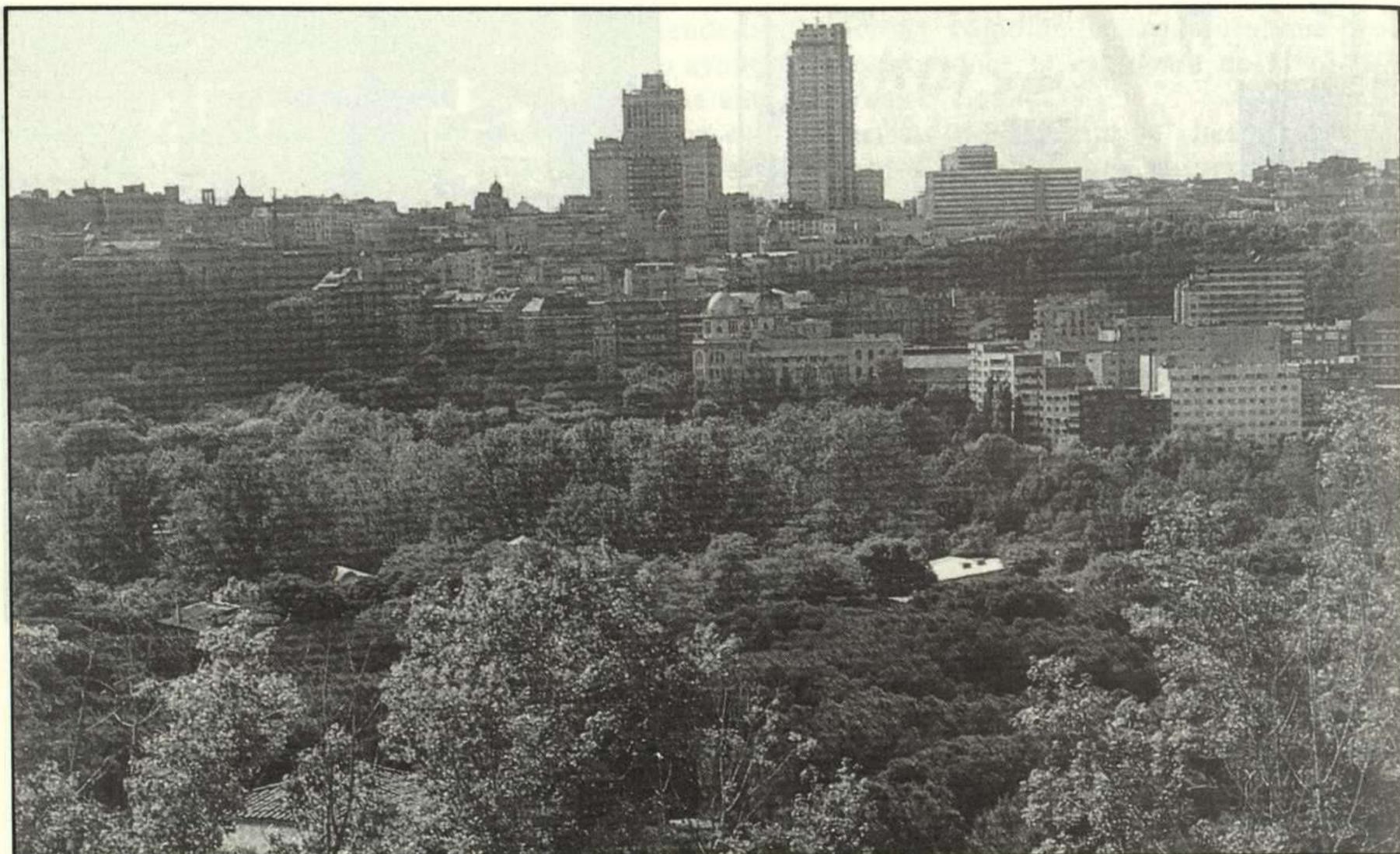
EL PROGRAMA ALTERNATIVO

La ciudad en la década de los 90. Las ciudades españolas necesitan reformular qué tipo de urbe quieren ser en el año 2000. El modelo de ciudad que defiende Izquierda Unida está pensado en base a las necesidades que plantean los propios vecinos. Los Planes Generales deben adecuarse al momento actual para dar respues-

ta a las nuevas demandas urbanas. Una nueva Ley Especial de Capitalidad debe posibilitar la elección directa a Juntas Municipales de Distrito y la celebración de referéndums de ámbito municipal. La vivienda, el tráfico y la seguridad ciudadana son los graves problemas a resolver. *Izquierda Unida propone un proyecto de ciudad abierta al futuro, al tiempo que un espacio social integrado y sin desequilibrios, donde sea posible el desarrollo de una cultura solidaria y participativa.*

• **Ciudades por la Paz:** IU se compromete a dedicar el 0,7 por 100 de los Presupuestos Municipales al desarrollo de programas de paz, cooperación y desarrollo.

• **Tráfico:** Izquierda Unida convocará un *referéndum municipal sobre el tráfico*, para que los ciudadanos puedan elegir, de entre todas las opciones ensayadas con éxito en otras ciudades, la mejor.



Izquierda Unida debe mantener el criterio de que aún es posible una cierta forma de relación en la ciudad entre el hombre y la naturaleza, aunque se trate de una naturaleza urbanizada

• **Vivienda:** Izquierda Unida promoverá *Planes de Vivienda Social*, orientados a poder satisfacer la demanda de vivienda en condiciones económicas asequibles, por parte de aquellos sectores sociales, clase trabajadora y clases medias, jóvenes especialmente, que se ven imposibilitados actualmente a acceder a la vivienda en los términos que existen en el mercado inmobiliario.

• **Plan municipal contra la inseguridad y la marginación social:** IU diseñará un programa orientado a mejorar las condiciones de integración social de los distritos periféricos, como vía más eficaz para luchar contra los fenómenos de inseguridad ciudadana que sufren estas zonas.

• **Elecciones directas a Juntas**

Municipales de Distrito: Los ayuntamientos, tal como están hoy estructurados, no son eficaces en la atención a los ciudadanos. IU propone una descentralización política en profundidad, que convierta las actuales Juntas Municipales en órganos con autoridad política suficiente, competencias y recursos económicos.

PROPUESTAS SECTORIALES

1. *Manifiesto por una política juvenil progresista en los municipios.*

Objetivos: fomentar el asociacionismo juvenil. Dotar al municipio de infraestructuras donde puedan desarrollarse actividades, como las Casas de Juventud.

Crear oficinas municipales que informen y asesoren en torno al Servicio Militar y la objeción de conciencia. Promover programas de viviendas públicas en alquiler. Diseñar planes específicos para el fomento de las actividades extraescolares.

2. *Plan de Empleo Juvenil.* Potenciación de las Escuelas-Taller y Casas de Oficio en los barrios con mayor índice de paro juvenil.

3. *Proyecto «la ciudad verde».* La alternativa ecológica y medioambiental de IU en el municipio.

4. Plan Municipal para la igualdad de la mujer.

5. Programa de creación de equipamientos y servicios asistenciales para la tercera edad. ■

IU-PSOE, DOS CARAS DE DOS MONEDAS DIFERENTES

Se cumplen ahora cuatro años de trabajo desde la celebración de las últimas elecciones municipales. Podemos constatar que los Grupos Municipales de Izquierda Unida han tenido a lo largo de este período un tratamiento de fuerza mayoritaria por la opinión pública. Todos los problemas importantes que tienen planteados las ciudades han sido analizados por Izquierda Unida, estableciéndose alternativas progresistas y de izquierdas a cada uno de ellos.

Desde el punto de vista de la estrategia política, Izquierda Unida ha sido una fuerza política situada, en general, en la oposición, y siempre a la izquierda.

Izquierda Unida ha sostenido su actuación sobre cuatro ejes básicos:

Denuncia de la política de suelo y vivienda que han venido promoviendo las corporaciones municipales, como expresión de la crítica a la especulación urbanística y al boom inmobiliario.

En segundo lugar, se ha mantenido un nivel de iniciativas importante en todo lo referente a una mejora del transporte público y al mantenimiento de una política tarifaria moderada; aquí existe otra de las referencias fundamentales para el desarrollo de una política de izquierdas.

En tercer lugar, Izquierda Unida ha promovido una creciente descentralización de las competencias del Ayuntamiento hacia las Juntas de Distrito.

Y, en cuarto lugar, Izquierda Unida ha promovido iniciativas en torno al binomio empleo-seguridad ciudadana, vinculando esta última a las desigualdades generadas por la sociedad capitalista (paro estructural, insolidaridad, jerarquización) y proponiendo como alternativa, aun dentro de la escasez de competencias municipales al respecto, acciones concretas para luchar contra el desempleo (juvenil especialmente) y la marginación social.

La gestión municipal del PSOE a lo largo de esta legislatura ha sido reiterada y justamente criticada por Izquierda Unida, desde la autonomía de su proyecto político como fuerza municipal de izquierdas.

Los equipos de gobierno municipales del

PSOE se han hecho acreedores de la censura de la izquierda. Ha faltado voluntad política para mantener el espíritu innovador y de cambio que la coalición de izquierdas PSOE-PCE introdujo en 1979. Aquel impulso está hoy virtualmente agotado. Sería prolijo explicar aquí una a una todas las lagunas mostradas por el PSOE desde que gobierna en solitario. Nos referimos, en un afán de síntesis, a la columna vertebral de la acción municipal en este período: la gestión de los Planes Generales de Ordenación Urbana.

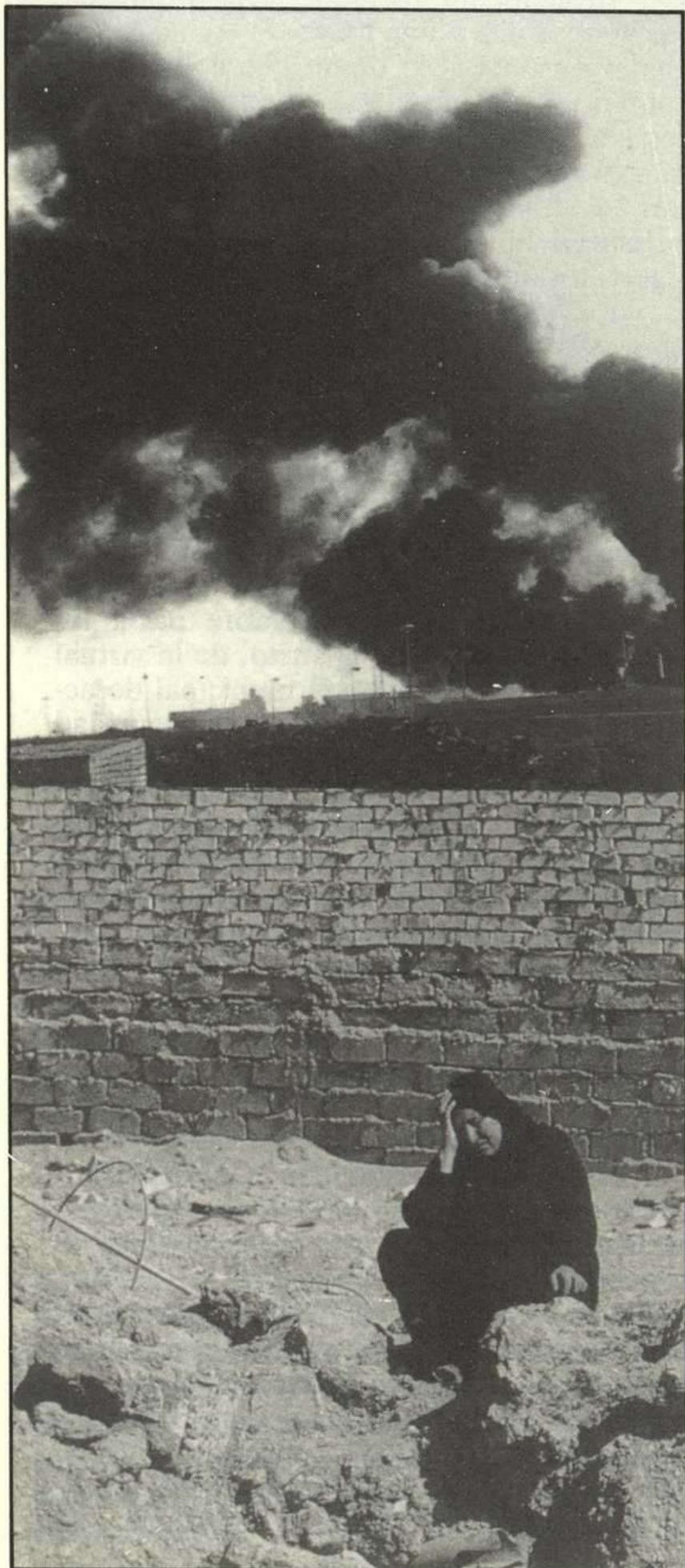
Estos definían para su acción cotidiana los siguientes objetivos: impedir la expulsión de las capas populares de las áreas centrales de las ciudades, mantener y proteger el empleo industrial, frenar la terciarización del centro, limitar el acceso del coche privado a las áreas centrales...; si analizamos uno a uno estos once grandes objetivos, vemos que se han incumplido. Y quien habla de la política urbanística, puede hablar de la inexistencia de planes de empleo juvenil, de la falta de voluntad política descentralizadora hacia las Juntas Municipales de Distrito, de la virtual desaparición del horizonte municipal de acciones concretas para mejorar la seguridad ciudadana, de la poca sensibilidad hacia las movilizaciones ciudadanas, que han venido demandando un transporte colectivo más eficaz, solución a los problemas del tráfico, iniciativas para frenar la contaminación atmosférica y un largo etcétera.

Es evidente, por lo demás, *la crisis de credibilidad que actualmente padecen las instituciones*. Los repetidos episodios de amiguismo, corruptelas y transfuguismo en los ayuntamientos, en opinión de Izquierda Unida, han deteriorado la imagen pública de las corporaciones ante los ciudadanos, al dar la impresión de que en las instituciones municipales existe un mercado de compra-venta de concejales.

En esta legislatura, el PSOE ha perdido el tren municipal por tres razones básicas: se han recluso en su fortaleza políticamente, no han combatido eficazmente las desigualdades urbanas y han carecido por completo de iniciativa en relación con tres cuestiones básicas: vivienda, tráfico e inseguridad ciudadana. ■

«La guerra en el golfo Pérsico no ha sido nunca la guerra del derecho»

Julio Anguita, en el Congreso de los Diputados

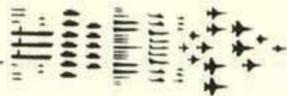


ERA costumbre en el período de la Alta Edad Media someter la justicia o la injusticia de una causa al resultado de un combate entre dos guerreros defensores, cada uno, de las posiciones en conflicto. Era el Juicio de Dios. El resultado de este singular combate no sólo daba o quitaba la razón, sino que permitía interpretar desde el lado del vencedor los acontecimientos, los hechos y las actitudes de quienes habían sido representados por el combatiente vencido.

Con posterioridad, la historia nos ha venido a enseñar que nuevas versiones del Juicio de Dios han sido utilizadas como método para explicar y justificar conductas de todo tipo. Desde la escritura de la historia por los vencedores hasta el «vae victis» (ay de los vencidos) se han sucedido multitud de métodos y de actuaciones que sin pudor alguno han hecho depender la realidad de los acontecimientos y la sanción moral de los mismos del triunfo de las armas.

IU-IC comparece en este debate y constata dos hechos: Iraq se retira de Kuwait y se ha conseguido un alto el fuego. Pero a partir de estos dos datos positivos que durante meses y meses hemos venido reclamando, tenemos que decir que ya no podemos estar de acuerdo ni en el método ni en las consecuencias que de ese método se derivan. La lógica de la guerra no conduce nunca a resultados esperanzadores para un futuro mejor. La lógica de la guerra paga un precio exorbitante en destrucción de vidas humanas, de bienes económicos y de bienes de la naturaleza por algo que podía haber sido obtenido desde lo que hemos venido manteniendo durante todo este tiempo: la lógica de la paz y el derecho.

La guerra en el golfo Pérsico no ha sido nunca la guerra del derecho (ninguna guerra lo es) y no lo ha sido porque, como ya hemos dicho en otras ocasiones, constituye un eje fundamental del Derecho el que la reparación de un mal no puede crear mayores males que la violación primitiva. No ha sido la guerra del derecho porque se ha puesto en marcha una acción bélica al margen de lo previsto en el capítulo VII de la Carta Fundacional de las Naciones Unidas. No ha sido la guerra del derecho porque la fuerza multinacional se ha excedido en la interpretación 678 del Consejo de Seguridad de la ONU. No ha sido la guerra del derecho porque éste manda suspender toda acción de violencia en el momento en que aparecen elementos claros de



aceptación de la norma por parte del infractor: La aceptación de Iraq, a propuesta de la Unión Soviética, de la resolución 660 abría un camino, que a cambio de una cierta lentitud podía haber liberado de la muerte a decenas de miles de hombres y mujeres. No ha sido la guerra del derecho porque los bombardeos sobre poblaciones civiles no pueden ser nunca cubiertos o amparados por el mando del derecho.

Dijimos aquí, en esta Cámara, que la potencia directora de la fuerza multinacional buscaba no la liberación de Kuwait, sino la destrucción del adversario; los hechos nos han dado la razón. Los hechos y las palabras dramáticas del secretario general de las NN.UU., señor Pérez de Cuéllar: «Esta no es la guerra de las NN.UU.».

Los que hemos mantenido durante todo el conflicto que éste podía ser resuelto desde la lógica de la paz y del derecho, no podemos pasar por alto afirmaciones o valoraciones que se han hecho desde el Gobierno o desde las fuerzas políticas que con el Gobierno se han instalado en la lógica de la guerra. Y no las podemos pasar por alto, porque si no se denuncian, estaremos colaborando a que éstas cobren carta de identidad en nuestro pueblo y sirvan para ulteriores justificaciones de nuevas barbaridades y nuevas masacres.

Hemos oído que nuestra participación en la guerra (el llamado apoyo logístico ha sido una aportación básica y fundamental en la guerra) rompía una situación de aislamiento en la que nuestro pueblo se había instalado. También hemos podido oír que por primera vez en la historia contemporánea España había estado a la altura de su historia, de su cultura, de su geografía y de su responsabilidad. Semejante disparate, semejante fraude, no puede quedar sin contestación.

España pertenece a la Comunidad Europea. Es miembro del Parlamento Europeo, del Consejo de Europa, toma parte en las decisiones que la Comunidad Europea produce en cada momento. Es miembro de las NN.UU. y, en contra de nuestro parecer, forma parte de la OTAN y de la UEO. El Gobierno ha establecido relaciones con otros países, mandata-

rios extranjeros van y vienen a España y el propio presidente del Gobierno viaja con frecuencia a cualquier punto del planeta. El año próximo seremos sede de eventos que sirven de encuentro con todos los países del mundo: Juegos Olímpicos y la Expo-92. ¿Dónde está el aislamiento de España?

El 21 de noviembre del pasado año, el presidente del Gobierno, junto con los jefes de Estado y de Gobierno de EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Portugal, etcétera, firmó un documento de importancia extraordinaria: La Carta de París. Un

documento en el que a través de la firma del señor González nuestro país se incorporaba como coprotagonista al diseño de un nuevo orden mundial. Un documento del que entresacamos tres párrafos importantísimos:

«Reafirmamos nuestro compromiso de resolver las disputas por medios pacíficos.»

«Reiteramos nuestra determinación a no recurrir a las amenazas o al empleo de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de todo Estado.»

«Renovaremos nuestros esfuerzos para encontrar soluciones viables y pacíficas a los actuales problemas y tensiones en la región mediterránea.»

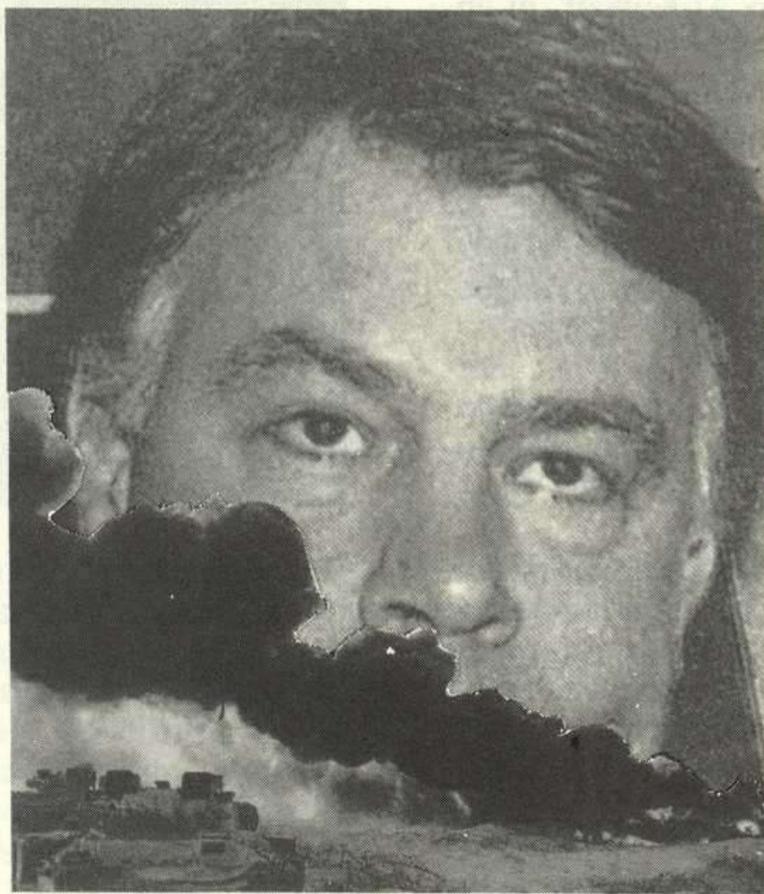
Está claro que nuestro país se encuentra plenamente integrado en las relaciones internacionales sin tener que involucrarse en acciones militares que no solamente han conculcado el derecho internacional, sino que han ido en franca con-

tradicción con los documentos firmados en la Carta de París. Si la Carta de París rechaza la guerra como instrumento de acción política, ¿cómo puede mantenerse que su cumplimiento aisle a nuestro país, que es un firmante de la misma?

¿Acaso hay acuerdos que no conocemos?

Afirmar que el aislamiento, el supuesto aislamiento, se combate con la incorporación a una acción bélica es un argumento de barbarie.

Nuestra historia, en toda la Edad Contemporánea, ha sido la de un país y la de un pueblo que ha luchado por modernizarse, superando sus enfrentamientos internos y sin embarcarse en los conflictos que asolaron Europa en los siglos XIX y XX. Y con



Señor González, usted ha optado libremente y nos ha incorporado a una operación en la que el móvil que le ha guiado ha sido el que le viene guiando desde que su señoría es presidente del Gobierno: Engancharse aunque sea de manera subalterna o gregaria a cualquier política, la que sea, con tal de figurar en la foto de las grandes potencias

esa lucha, haciéndola buena, debemos participar en la política internacional sin tener que recurrir a la guerra.

La cultura española ha parido a un Bartolomé de las Casas, defensor del derecho de los indígenas y de los pueblos oprimidos. A un Padre Vitoria, figura señera del Derecho Internacional. A un Padre Suárez, insigne figura del Derecho Político, y como síntesis de universalidad y de cultura, a un Pablo Picasso, que, enlazando con las denuncias de la guerra del genial Goya, nos muestra en su *Guernica* lo que nadie puede hacer sin mancharse, ni en Al-Kuwait, ni en Bagdad, ni en Basora.

No reneguemos de lo que la historia y la geografía nos legaron. España es un país de síntesis cultural, quiera o no quiera su señoría, señor presidente. Un país que es puente entre Europa, Latinoamérica, el Mediterráneo y el Próximo Oriente. Su toma de partido, su apoyo más que activo en la guerra, nos ha aislado de aquellos con los que teníamos que haber mantenido la función de interlocutores para la causa de la paz. Su acción de gobierno nos ha impedido ejercer el papel para el que estábamos llamados. No hemos estado a la altura de nuestra historia, de nuestra cultura ni de nuestra geografía.

Pero tampoco hemos estado a la altura de lo que su señoría ha calificado como responsabilidad política. ¿Qué responsabilidad política? En la comparecencia del 29 de agosto, en la Comisión de Asuntos Exteriores, el señor Fernández Ordóñez lo dijo bien claro: «No teníamos obligación ni jurídica ni política»; ¿por qué se ha hecho entonces? ¿Son los recuerdos de la Armada Invencible o nostalgias de los Tercios de Flandes? Señor González, usted ha optado libremente y nos ha incorporado a una operación en la que el móvil que le ha guiado ha sido el que lo viene guiando desde que su señoría es presidente del Gobierno: Engancharse aunque sea de manera subalterna o gregaria a cualquier política, la que sea, con tal de figurar en la foto de las grandes potencias. Y esa actitud, aparte de demostrar la carencia total y absoluta de proyecto político propio, es un peligro para un desarrollo pacífico cara a un deseable nuevo orden político internacional democrático.

Solamente los convencidos en un proyecto propio lo explicitan con claridad y sin titubeos. Aquellos que tienen una propuesta clara para su país no dudan en explicarla a su población sin ocultarle nada de lo que ese proyecto contiene. El oportunismo político de su señoría se ha plasmado, durante meses y meses, en medias verdades, contradicciones, desinformación, etcétera. Una carta a Bush pidiendo el cese de los bombardeos, una rectificación apresurada después, un apoyo a la iniciativa soviética, un renovado compromiso de apoyo también a la fuerza multinacional; quedar bien con todos sin contentar a nadie. ¿Dónde está su proyecto político?

Su mal calculada ambigüedad jugó a la posibilidad de que no estallase el conflicto bélico. Olvidó su señoría que cuando se instala uno en la lógica de la



guerra, se coloca en una pendiente imparable por la que se deslizan los gobiernos a una velocidad progresiva. Después su mal calculada ambigüedad apostó por una guerra relámpago sin apenas muertos, sin apenas destrucción; pero cuando se juega con la lógica de la guerra, se comienza por enviar unos barcos en misión de paz y se termina por coadyuvar a la masacre cediendo el uso de las bases, más allá de la legalidad, a los B-52 y haciéndolo en silencio, sin información, consciente de que no sólo se estaban violando las condiciones del referéndum, sino también los convenios firmados con EE.UU. y ratificados por este Parlamento.

Su señoría ha estado dispuesto en todo momento a que nuestro país tuviese mayor protagonismo bélico, y si ninguna unidad de combate española ha participado en la primera línea de fuego, no ha sido por la previsión de su señoría sino por la presión en la calle, en los medios de comunicación, en los foros intelectuales de todos aquellos que nos hemos moviliado durante todo este período. La movilización de todos aquellos que hemos sido calumniados y motejados con los insultos más increíbles. Y la prueba de lo que estoy diciendo viene del Gobierno de su señoría. ¿No eran los documentos de Papa Golf y Papa Tango planes pormenorizados para algunas unidades españolas que estaban a tal nivel de desarrollo que sólo le faltaba la luz verde del Gobierno? El señor Fernández Ordóñez ha sido muy claro cuando ha dicho públicamente que el Gobierno ha tenido que luchar contra una opinión pública totalmente adversa, lo cual ha obligado a mantener posturas de contención. Pero más claro aún y es estremecedor cuando, confiando en que la opinión pública española cambie de opinión, ha dicho: «Para la próxima ocasión



tendremos las manos más libres». Esperemos que para esa próxima ocasión la opinión pública no deje las manos libres a ninguna lógica de guerra; nosotros, desde luego, seguiremos manteniendo nuestra postura, incardinada en la lógica de la paz. Y, por cierto, ¿prevé alguna próxima ocasión?

Su señoría ha manifestado que la paz no podía obtenerse a cualquier precio. Esa suele ser una expresión que se pronuncia casi siempre cuando hay voluntad de seguir con los tambores de guerra. ¿Cuál ha sido el precio de este alto el fuego? ¿Más de cien mil muertos, militares y civiles? Ciudades destruidas, bienes materiales arrasados, violación de la Convención de Ginebra por parte de Sadam Husein con los prisioneros y con la población de Kuwait, violación de la Convención de Ginebra por parte de la fuerza multinacional también con los prisioneros de guerra y con el ametrallamiento a columnas militares iraquíes en franca retirada. Contaminación de las aguas con millones de litros de crudo por parte de Sadam Husein, utilización del napalm (el arma maldita de Vietnam) de manera sobreabundante.

El precio de la paz que proponíamos era simplemente la paciencia, la firmeza y la aplicación consecuente de la Carta Fundacional de las NN.UU. Un precio que comparado con el de este alto el fuego no sólo era mucho más barato y mucho más humano, sino más concorde con los documentos firmados en las cancillerías a bombo y platillo y sobre todo más conforme con los derechos humanos y las expectativas creadas como consecuencia de la distensión entre el Este y el Oeste.

La paz no puede comprarse a cualquier precio, ha dicho S. S. ¿Qué clase de problemas ha solucionado la guerra? Israel sigue ocupando territorios que ad-

La cultura española ha parido a un Bartolomé de las Casas, defensor del derecho de los indígenas y de los pueblos oprimidos. A un Padre Vitoria, figura señera del Derecho Internacional. A un Padre Suárez, insigne figura del Derecho Político, y como síntesis de universalidad y de cultura, a un Pablo Picasso, que, enlazando con las denuncias de la guerra del genial Goya, nos muestra en su Guernica lo que nadie puede hacer sin mancharse, ni en Al-Kuwait, ni en Bagdad, ni en Basora

quirió de la misma manera que Sadam Husein se anexionó Kuwait. Cientos de miles de palestinos ven su causa en una situación más difícil que nunca, con un Israel apoyado moral y económicamente por las potencias occidentales. En la zona sigue habiendo un exceso de armamentos, que continúan produciendo progresivos desequilibrios. No parece que haya una democratización de los regímenes políticos de Arabia Saudita o de Kuwait y otros; y para acabar de definir el cuadro, la contestación interna en Irak a Sadam Husein le está viniendo de aquellos sectores frente a los cuales Occidente armó al propio Sadam Husein. Sin olvidar algo que ya denunciábamos en el anterior debate, el sentir de los gobiernos árabes contrapuestos al sentir de sus pueblos.

La paz no puede comprarse a cualquier precio, ha dicho S. S. ¿Sabe S. S. lo que han comprado con la guerra?

— Han comprado con la guerra el descrédito de las NN.UU. y conviene, cuanto antes, desde la necesidad de su existencia, acometer no sólo su democratización, sino también su inmediato y exclusivo protagonismo en la solución de los problemas internacionales, empezando por éste.

— Han comprado un serio revés a la construcción europea. Europa se ha mostrado sin unión política, sin proyecto autónomo, sin capacidad de respuesta propia, manteniendo como necesaria la supervivencia de la OTAN cuando ya no existe el Pacto de Varsovia. Una Europa cuya unidad es hoy más necesaria que nunca y sobre todo extendida a más países que los doce. Una Europa con su propia política de seguridad. Sin la OTAN y sin la UEO. Una Europa que sólo podrá ser construida desde la izquierda, de tal manera que algunos estados miembros de la ac-

tual composición tengan que optar en breve plazo entre apoyar sin reservas la construcción europea y optar por otras alianzas.

— Han comprado el mantenimiento del viejo orden internacional, asentado ahora sobre una única potencia. Causa asombro y estupor el silencio con que ustedes, señores presidentes del gobierno de Europa, han acogido el discurso del presidente Bush en el debate de la Unión. Del señor Bush podremos decir muchas cosas, menos que no ha sido claro a la hora de manifestar sus designios. Escuchemos algunas de sus palabras:

- «... Esta noche lideramos al mundo haciendo frente a la amenaza contra la decencia y la humanidad.»

- «Hoy, en un mundo que cambia rápidamente, el liderazgo americano es indispensable.»

- «Tenemos que preparar el próximo siglo americano.»

- «Como americanos, sabemos que hay ocasiones en las que debemos ir por delante y aceptar nuestra responsabilidad de dirigir el mundo fuera del negro caos de los dictadores.»

- «EE.UU. es la única nación con autoridad moral y capacidad para dirigir la implantación de un nuevo orden político internacional.»

La primera potencia militar del mundo en declive económico y tecnológico explica sus designios, que reclama la emergencia de un poder político europeo. Porque en ese mismo discurso, el presidente Bush mantiene y dirige el programa de la iniciativa de defensa estratégica. Un proyecto que significa drenaje de recursos económicos y tecnológicos hacia el complejo militar estadounidense. Una lógica incompatible con el desarme y la aplicación civil de la tecnología para la paz, el desarrollo y la cooperación de los pueblos.

Y no es un problema del país llamado EE.UU. de América, sino el de la fuerza política que lo gobierna: La derecha conservadora del partido republicano. Porque, señor González, los gobiernos en los sistemas democráticos se ejercen por el mandato que los pueblos depositan en los partidos políticos victoriosos en las elecciones. Su señoría es presidente de Gobierno porque el pueblo español votó mayoritariamente al Partido Socialista Obrero Español y en la guerra del golfo Pérsico su señoría ha formado una auténtica piña con gobiernos de los partidos más conservadores de Europa. Esta coincidencia, extraordinariamente ilustrativa, contrasta con la actitud tomada por partes importantes del Partido Socialdemócrata Alemán, de los laboristas ingleses y de sectores nada despreciables del Parti-

do Socialista Francés (cuyo caso más relevante ha sido la dimisión del ministro Chèvenement). Sin olvidar las posiciones de muchísimos senadores y congresistas del Partido Demócrata de los EE.UU.

La paz no se puede comprar a cualquier precio, dice su señoría. ¿Se da su señoría cuenta de lo que han comprado con la guerra?

Señor González, en la lógica de la guerra sólo hay vencedores en el terreno militar, porque en el terreno moral y en el terreno político, todos los que se embarcan en ella son unos vencidos.

Su señoría es un vencido por el contraste existente entre los valores de su propuesta de cambio,

explicitados en discursos que le comportaron junto al voto popular apoyos del mundo del pensamiento y la práctica de esta política de la más clara factura conservadora.

Porque ha vuelto a abrir con su participación en la guerra las heridas mal cicatrizadas del debate sobre la OTAN.

Por su paulatina y creciente soledad en el ámbito no sólo de la izquierda europea, sino de sus propios correligionarios.

Su señoría es un vencido como jefe de Gobierno que no podrá ver, en esta ocasión, a los miembros de nuestro ejército, como en otras ocasiones, tocados con el casco azul de las NN.UU. Y no podrá verlos porque la participación española en el conflicto lo impide. Que no hay misión militar más noble, más justa y más patriótica que la aportación al ejército de la paz.

Porque, lógicamente, ha tenido que contemplar cómo los más apasionados defensores de su política han sido los bandos de la derecha, la estatal, la nacionalista y algunos más, entre ellos, la derecha económica. Ellos le han hecho el discurso y usted lo ha puesto en práctica de manera vergonzante, a hurtadillas.

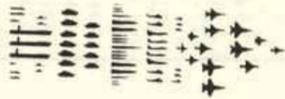
Su señoría es un vencido entre los vencidos de Europa que, abandonando en la práctica la construcción de la misma, pugnan como en una reedición de «Bienvenido, Mister Marshall» para conseguir en el botín de la reconstrucción de Kuwait la mejor tajada para sus empresas.

Su señoría es un vencido que viene aquí a explicar lo correcta que ha sido la actuación de la fuerza multinacional y de su Gobierno, porque usted se apuntó al guerrero vencedor en este Juicio de Dios.

No ha habido ni una sola vez que IU-IC haya subido a esta tribuna sin plantear alternativas y propuestas concretas. Con voluntad de diálogo y de construcción compartida de una lógica de paz, a pesar de las posiciones de cada cual, le proponemos



Su señoría es un vencido entre los vencidos de Europa que, abandonando en la práctica la construcción de la misma, pugnan como en una reedición de «Bienvenido, Mister Marshall» para conseguir en el botín de la reconstrucción de Kuwait la mejor tajada para sus empresas. Su señoría es un vencido que viene aquí a explicar lo correcta que ha sido la actuación de la fuerza multinacional y de su Gobierno, porque usted se apuntó al guerrero vencedor en este Juicio de Dios



El precio de la paz que proponíamos era simplemente la paciencia, la firmeza y la aplicación consecuente de la Carta Fundacional de las NN.UU. Un precio que comparado con el de este alto el fuego no sólo era mucho más barato y mucho más humano, sino más concorde con los documentos firmados en las cancillerías a bombo y platillo y sobre todo más conforme con los derechos humanos y las expectativas creadas como consecuencia de la distensión entre el Este y el Oeste

acciones concretas que contribuyan a un plan de paz en Oriente Medio y a una posición española creíble en relación con esta zona:

1. Potenciar la convocatoria de una Conferencia Internacional de Paz, que, sobre la base de las resoluciones de las NN.UU. y con la participación de todas las partes interesadas, incluida la OLP como único y legítimo representante del pueblo palestino, garantice a éste la autodeterminación y el establecimiento de un Estado independiente, y a todos los estados de la región, incluido Israel, una completa seguridad dentro de las fronteras internacionalmente reconocidas. Israel debe retirarse de todos los territorios árabes ocupados.

2. Exigir a Turquía su inmediata retirada de Chipre.

3. Apostar por la construcción de un Magreb estable y en paz, para lo que es imprescindible garantizar al pueblo saharauí la autodeterminación y la independencia, a través de un referéndum como el diseñado por la ONU; España debe participar activamente en la convocatoria y organización del mismo.

4. El Gobierno debería comenzar a estudiar la denuncia del Tratado Bilateral con los Estados Unidos.

5. Promover la desmilitarización del Mediterráneo y del Próximo Oriente, para lo que España debería reducir progresivamente la venta de armas a los países de la zona y cesarla a aquellos que se encuentren involucrados en cualquier tipo de conflicto. ■



Reflexiones para un mundo democrático

La situación internacional tras la guerra

Francisco Palero y Juan B. Berga

CRECIMOS en un mundo bipolar donde todo, o casi todo, tenía explicación bajo la lógica de las grandes potencias y sistemas de pensamiento. Hemos creído, sin embargo, en la necesidad de un orden de justicia, libertad y cooperación entre los pueblos.

Los últimos años comenzaban a diseñar ese orden. Nuevos centros políticos rompían la lógica bipolar y daban un impulso desconocido a las instituciones internacionales y a las Naciones Unidas (N.U.).

La nueva política diseñada por Gorbachov en la esfera internacional, propiciadora del diálogo e impulsora del desarme, jugó un papel trascendental en ese impulso.

La otra gran potencia, los Estados Unidos, se caracterizaban por su incomparable potencial militar, que contrastaba con su situación económica de crisis acentuada.

Estados Unidos arrastró el diseño de un crecimiento centrado, prioritariamente, en el complejo militar industrial y un creciente desprestigio internacional, que, procedente de Vietnam, se acentúa tras sus acciones belicistas en Granada, Nicaragua y Panamá.

De no producirse un cambio espectacular en el mun-

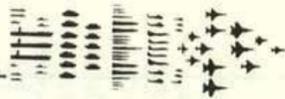
do, los Estados Unidos (E.E.UU.) no podían jugar con todo su vigor el papel de primera potencia hegemónica al que históricamente aspira y que necesita para superar o alargar su declive.

Sadam Husein le proporcionó a Bush el aliento que necesitaba. Ningún aliado incondicional hubiera facilitado mejor ayuda a la Administración de E.E.UU. para recuperar una posición hegemónica en la esfera mundial.

1. EL ORIGEN DEL CONFLICTO IRAQ-KUWAIT

El conflicto entre Kuwait e Iraq es un caso típico de un conflicto interestatal. Recordemos que entre estos dos países árabes existen reivindicaciones territoriales por la competición por el control de fuentes petrolíferas y por diferencias sobre políticas de precios de petróleo.

Kuwait era en el momento de la crisis una economía cuyos ingresos por la extracción del petróleo eran superados por los beneficios de las inversiones desarrolladas en el extranjero (en España, el famoso KIO). Con esta realidad ha actuado, en el seno de la OPEP, en no po-



cas ocasiones en la fijación de precios de «dumping», produciendo una caída en los precios del crudo, con el consiguiente deterioro para los países cuya única fuente de ingresos es la extracción del petróleo.

A estos datos se unieron la gravísima situación financiera de Iraq, consecuencia de la larga y costosa guerra con Irán. Recordemos que la mayoría de los préstamos de Occidente a Iraq fueron endosados a Kuwait, que pretendió durante los años 1989-90 reembolsarlos exigiendo a Iraq el pago de sumas fabulosas, imposible para su maltrecha economía.

Estos elementos, unidos al intento iraquí de relanzar su propia hegemonía en el área, son la génesis del conflicto.

2. LOS PAISES ARABES EN EL CONFLICTO Y LA POSGUERRA

Probablemente, uno de los errores de cálculo de Husein fue no prever la capacidad norteamericana de incluir en las fuerzas multinacionales a países árabes: Siria, Egipto, Arabia Saudita, Marruecos, por ejemplo.

La implicación israelita en el conflicto, una parte esencial de la estrategia iraquí, podría haber afectado este comportamiento. Se ha producido; sin embargo, una ruptura peligrosa entre muchos gobiernos árabes y sus pueblos, cuyas consecuencias son difíciles de prever.

Las manifestaciones en Argelia, Jordania y Marruecos (no se puede saber, como es habitual, lo ocurrido en Trípoli o Damasco) son una fuerte señal de deslegitimación de las clases dirigentes de estos países.

Argelia es, en este sentido, el país más afectado. Que su régimen sea considerado hoy «siervo de Bush» aliena las aspiraciones integristas que alcanzaron un notable éxito en los últimos comicios. El caso de Túnez es algo similar.

Para Egipto el análisis es distinto. Miles de trabajadores conocen la situación en Iraq. Pero si en Egipto, Husein no es el pretexto para contestar el liderazgo de Mubarak, hay que considerar que los «hermanos musulmanes» son muy fuertes y pueden utilizar la presencia occidental en la zona para obtener más concesiones sobre la «Sharia» (ley islámica).

Atención especial debe prestarse a la evolución de dos países: Jordania y Arabia Saudita.

En el caso de Jordania, la población ha identificado su suerte con la de Bagdad. A Husein le será difícil mantenerse al margen de las consecuencias que de ello se derivan. Más aún, si en un próximo futuro se recupera la vieja idea de convertir Jordania en un «hecho negociable» en relación con el problema palestino, pretensión tradicional de Israel.

Para el caso de las monarquías del golfo, Arabia Saudita al frente, la situación es distinta. En estos países no se producen problemas de consenso interno, pero la

presencia militar de EE.UU., sostenida en el tiempo como se prevé, amenaza lo único que legitima el poder saudí: la custodia de los lugares santos; un patrimonio de valor inestimable que muchos no desean dejar en manos del rey Fahd.

La evolución de esta confrontación tendrá mucho que ver con el futuro de Iraq y la forma de gobierno que se adopte.

En estos momentos es imprevisible la suerte de Husein. Pero es difícil encontrar una alternativa al régimen del Baas a no ser que fuese sustituido por los chiítas, lo que acentuaría la influencia de Irán y el fundamentalismo.

Esta doble contradicción es la que conduce a una tesis del mantenimiento de las fuerzas de EE.UU. en el área y a una organización de seguridad, por ellos controlada, en la zona.

3. PALESTINA Y LA OLP

La guerra del golfo Pérsico ha hecho todavía más difícil una solución política a la cuestión palestina y, al tiempo, ha herido seriamente el liderazgo que, en esta cuestión, le corresponde a la OLP.

La evaluación de la opción adoptada por la OLP sólo es posible tras una consideración de los cambios políticos que se han producido.

En el período que va de agosto al 15 de enero se han sucedido el veto estadounidense a una intervención de las NN.UU. en los territorios ocupados, la ruptura del diálogo iniciado entre Washington y la OLP, la aproximación entre Siria y Egipto (muy favorable al plan Baker), seguido de un nuevo lenguaje de Siria hacia Israel.

En este contexto, la posición política de la OLP ha atravesado tres fases que conviene señalar.

No suele recordarse que en el momento de la invasión de Kuwait, la OLP era presidente de turno de la Liga Árabe. En ese momento ha propuesto una solución árabe.

La estrategia de los primeros días del conflicto era mantener un ojo mirando a Bagdad y otro a Ginebra, pretendiendo utilizar al máximo el espacio de iniciativa política y diplomática abierto por la crisis del golfo Pérsico. A partir de la mitad de agosto, más precisamente a partir del día 12 en que Husein plantea por primera vez el problema palestino, ante la unanimidad internacional de la condena, la OLP reforma su propuesta poniendo la solución interárabe bajo «control internacional en una iniciativa global que asuma las resoluciones sobre Medio Oriente».

La OLP quiso forzar más su estrategia promoviendo una negociación que ofreciese a Husein una vía de salida, al tiempo que situase la cuestión palestina en el centro de la atención internacional.

A partir de la ruptura política de la Liga Árabe y aunque se mantienen propuestas negociadoras, decae su in-

LA estrategia norteamericana ha conseguido que el Consejo de Seguridad haya adoptado determinadas resoluciones, pero sin permitirle la gestión de la crisis. De hecho, todo indica que una de las obsesiones estadounidenses ha sido impedir que las NN.UU. fueran un sujeto político real

fluencia, que, por cierto, había sido importante en la crisis de los rehenes.

Los efectos de esta guerra son notables en los territorios ocupados. Por una parte, aumenta la represión sobre los palestinos, que alcanza su máximo nivel el 2 de octubre con la matanza en la explanada de las mezquitas. Por otra, durante la guerra, se acentúa con la retención masiva de todo el pueblo palestino.

El fortalecimiento de Israel, político y militar, en el conflicto ha conducido a cuestionar en la esfera internacional a la OLP como interlocutor para la solución del problema palestino. Si los gobiernos occidentales siguiesen ese camino, cometerían un grave error. Es evidente que sin la solución del problema palestino no existirá paz en la zona.

Igualmente, sería un error no aplicar con rigor las resoluciones de la ONU que fijan el estado palestino en los territorios ocupados.

4. EL PAPEL DE LAS NACIONES UNIDAS

La interdependencia del mundo en todos los campos y la superación de la lógica imperante en las guerras mundiales abren la posibilidad real de superar los problemas políticos en una lógica de democracia que anule el valor político y jurídico de la guerra con el impulso de las instituciones internacionales. Esta es una de las cuestiones claves en este conflicto.

Las nuevas circunstancias mundiales no pueden ser afrontadas por un derecho internacional propio de la lógica de bloques.

Interpretado el derecho internacional del modo que se ha aplicado en el golfo, conduce a sustituir el bipolarismo de la época pasada por el unilateralismo que intenta anular la acción de una institución internacional pluralista.

La internacionalización del conflicto ha sido posible por el cambio de panorama que se había producido en las relaciones Este-Oeste. Se trata de que, a diferencia del pasado, un conflicto no determina el riesgo de confrontación EE.UU.-URSS.

Este dato, sin duda alguna positivo, hacía posible una regulación internacional de los conflictos políticos para solucionarlos de forma pacífica. La firma de la Carta de París, el pasado noviembre, parecía haber confirmado la lógica de la negociación para la solución de los conflictos.

Siendo objetivo el poderío militar norteamericano y su probada vocación hegemónica, este proceso de regulación requería el protagonismo de otros actores internacionales.

Por el contrario, la debilidad europea, la crisis de la URSS y el repliegue de China a sus problemas internos ha favorecido un cambio de estrategia norteamericana (como se comentará más adelante) hacia un unilateralismo que ha tenido en la presión sobre las NN.UU. su primera expresión.

En primer lugar, los EE.UU. necesitaban una «legitimación internacional» y no estaban en condiciones de

gestionar esta crisis en solitario. En segundo, y explicando lo anterior, el papel norteamericano de liderazgo en la operación se mantiene sólo en el plano militar y no estaba en situación de sostenerlo con instrumentos políticos y económicos.

En esta medida, el papel de los otros protagonistas no ha considerado estas circunstancias, o no ha querido considerarlas, devaluando su papel político y su protagonismo en la esfera internacional.

Esta estrategia norteamericana ha conseguido que el Consejo de Seguridad haya adoptado determinadas resoluciones, pero sin permitirle la gestión de la crisis. De hecho, todo indica que una de las obsesiones estadounidenses ha sido impedir que las NN.UU. fueran un sujeto político real.

La lógica de embargo (la única resolución auspiciada de forma autónoma sin que fuera una legalización de hechos consumados) estaba demostrando su eficacia. De haber continuado ese camino se hubiera roto la estrategia hegemónica de EE.UU.

De hecho, esta guerra, que pretende justificarse en la resolución 678 del Consejo de Seguridad (en estricta legalidad esto no es posible), tiene el efecto de deslegitimar a una organización que, a pesar de su debilidad, es el único instrumento de regulación de conflictos del que dispone el orden internacional.

Tanto en una perspectiva de regulación futura del orden internacional como en la superación del propio conflicto, cualquier estrategia política debe considerar la recuperación del protagonismo de las NN.UU.

5. EL PAPEL DE EE.UU.

La pretensión norteamericana es, en estos momentos, clara.

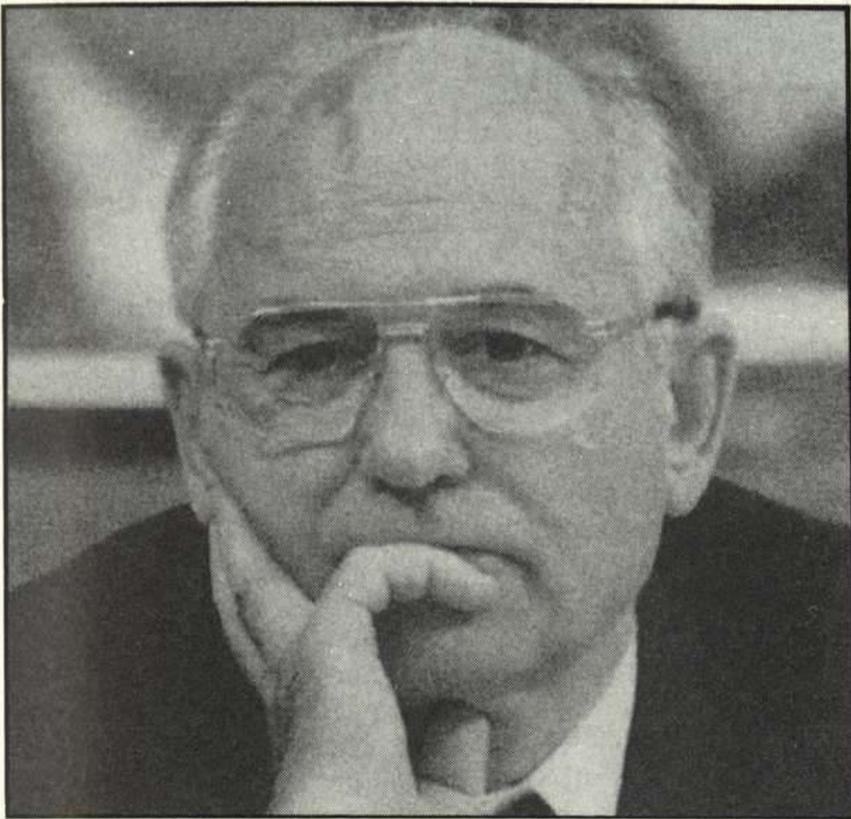
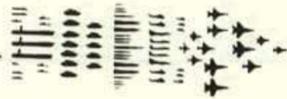
Hoy parece probado que la opción de salida bélica al conflicto fue perseguida al menos desde la mitad de septiembre. La acumulación desmesurada de tropas en la zona bajo el argumento de cumplir el embargo decretado por la ONU eran los preparativos para la confrontación. En el fondo de la intervención de EE.UU. subyace la pretensión de confirmarse ante el mundo como única potencia capaz de intervenir militarmente (y ganar) en cualquier parte del planeta y aglutinar alrededor de su intervención a aliados occidentales y del tercer mundo.

Estos dos elementos de fondo determinan la estrategia de EE.UU.

Estos elementos no pueden ser definidos por los términos tradicionales de guerra económica. Aunque coyunturalmente puede producirse una «primavera económica» que mejore la situación estadounidense.

En primer lugar, el esfuerzo bélico agrava el necesario ajuste a que está abocada la economía norteamericana y amenaza con acentuar estructuralmente su declive económico.

El ajuste de la economía norteamericana debía producirse en frío. La extensión del presupuesto bélico y la costosísima operación militar (aunque sea cofinancia-



Las importantes propuestas de paz soviéticas desarrolladas en los últimos días de la guerra llegaban tarde y no sirvieron para superar lo que podría haber evitado con otro tipo de acciones anteriores, entre otras, negándose a avalar la resolución del ultimátum

da por países que integran la fuerza multinacional) es lo contrario a lo que reclamaba su economía.

En el mismo sentido, parece difícil reconducir esta crisis a una tendencia del sistema económico a producir guerras. Esta es una idea del análisis económico marxista que en el actual contexto económico no está clara.

En el pasado esta tendencia se refería al final de una fase económica que requería una nueva articulación de mercados y, en ningún caso, a un estancamiento de ciclo económico como el que parece estar produciéndose.

La fase económica, que se inició tras la reestructuración de principios de los ochenta, es la de una economía global, a partir de la revolución tecnológica, que requiere de la expansión de mercados de consumo que en estos momentos sería incompatible con una detención o ausencia de capitales a causa de una operación bélica.

En definitiva, el difícil pilotaje del ajuste económico y el coste económico de la operación debe conducirnos a situar el comportamiento norteamericano en otro plano.

La reacción norteamericana tiene su origen precisamente en que (en una situación de declive económico) una demostración de debilidad hubiera reducido a cero la credibilidad de EE.UU. como sujeto activo en un nuevo orden internacional.

La reacción norteamericana parece haber atravesado dos fases.

Una primera, centrada sobre el embargo, presionando su conversión en bloqueo con la intención de impe-

dir la extensión del conflicto hacia Arabia Saudita. Una segunda, en que Washington dirigió sus esfuerzos diplomáticos a obtener un ultimátum que legalizara la guerra mientras redoblaba su presencia militar.

Las razones para este cambio de estrategia pueden ser varias: Los ritmos internos de la vida política norteamericana (en la primera fase de la crisis se desarrolla una campaña electoral para la renovación del Congreso y el Senado), la resistencia de Sadam Husein a la intimidación militar y, muy probablemente, la debilidad de la cohesión internacional a largo plazo, vinculada a un inicial protagonismo de las NN.UU.

Desde la firma, el pasado noviembre, en París de la llamada Carta Europea, todo indicaba un relanzamiento de instituciones y foros internacionales. Desde esa perspectiva se encaró desde las NN.UU. la fase del embargo que abría un período político en que la primacía de EE.UU. no era hegemónica.

Ello explica que la primera parte de la estrategia norteamericana se orientara a vaciar el protagonismo y la dirección de las NN.UU. A medida que los otros actores internacionales (Comunidad Europea, URSS, etc.) se plegaban a ese comportamiento, se pudo imponer en los EE.UU. la estrategia que el propio James Baker había denominado «nuevo atlantismo».

6. LA COMUNIDAD EUROPEA

¿Ha hecho Europa todo lo posible para evitar la guerra? La respuesta parece negativa en lo que se refiere a todas sus instituciones. Para el Consejo de Ministros, la Comisión de Bruselas, la Cooperación Política y, también aunque en menor medida, el Parlamento Europeo.

Una actitud positiva habría exigido una fuerte capacidad de los doce, y de sus instituciones, para no alinearse acríticamente sobre las posiciones de EE.UU. y para desarrollar al máximo la visión europea de Oriente Medio que la Comunidad viene madurando desde la declaración de Venecia en 1980.

Esta actitud tiene consecuencias evidentes. No sólo ha renunciado a fortalecer la posición política de los doce, sino que ha cosechado el doble resultado negativo de alentar las conocidas posiciones «autonomistas» de Francia (es obvio que Inglaterra camina a otro ritmo) y debilitar el impacto que esta propuesta hubiera podido ejercer.

Italia y España podrían haber insistido en dar a su iniciativa de conferencias al modo de Helsinki una dimensión operativa en este conflicto.

El hecho es que la situación puede resumirse en tres aspectos:

— El fervor del último semestre europeo de 1990 sobre la unión política, sobre la política exterior y de seguridad, se ha disuelto, confirmando que tenía más de declaración voluntarista que de realidad.

— La iniciativa europea hubiera podido tener éxito de no subordinarse tan explícitamente a la opción norteamericana.

— Los «autonomistas» han acabado por aceptar lisa y llanamente la dirección norteamericana.

En esencia, Europa se ha posicionado en esta crisis con una mentalidad de guerra fría, propiciando un alineamiento que puede percibirse en términos negativos.

Al tiempo que se señala esta realidad, lógicamente, debe constatar que esta crisis ha sobrevenido en un momento crítico para el desarrollo de las instituciones europeas.

En cualquier caso, parece evidente que la alternativa al unipolarismo que pretende gestarse por los EE.UU. exige protagonistas internacionales y muy específicamente el europeo. En este sentido, cualquier retraso en la Unidad Política Europea coincidirá con la estrategia norteamericana.

Esta unidad debe dotarse rápidamente de contenidos precisos, muy especialmente en materia de una «comunitarización» de la política exterior, que preste una especial atención tanto a la situación del sur —y los conflictos de baja intensidad que se desarrollan— como a la situación en la URSS y Centroeuropa.

En el terreno mediorientista es preceptivo construir políticas que tiendan a resolver el problema palestino.

7. ISRAEL

Iraq ha pretendido, desde el primer momento, la implicación israelita en el conflicto como parte de su estrategia de vinculación entre la confrontación árabe-israelí y la guerra en curso.

La «moderación» israelita tiene un precio que puede haber sido garantizado por Bush a Shamir en dos terrenos: el proceso palestino y la futura ordenación de la zona.

El camino de la Conferencia de Paz (grandes potencias, Israel, Estados Arabes y OLP) estaba bloqueado por los EE.UU. con la intención de desplazar a la URSS y la OLP del proceso negociador. Este bloqueo pareció desaparecer tras la cumbre de Helsinki (septiembre), en la que se mostró la disponibilidad soviética a cooperar con EE.UU. en el conflicto del golfo.

Inmediatamente, la Administración norteamericana desarrolló un nuevo argumento de veto, señalando la imposibilidad de vincular avances en este terreno y la gestión de la guerra.

Más allá de este argumento todo indica que la posición israelita y norteamericana se alejan tanto de esta conferencia como, incluso, de la alternativa de EE.UU.: el plan Baker, condenable desde cualquier lógica que pretenda una solución real al conflicto.

Como se recordará, este plan preveía, con una mediación egípcia y norteamericana, un entendimiento entre Israel y una representación palestina determinada por un proceso electoral a realizar en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, excluyendo a la OLP.

En las actuales circunstancias, hasta esta tibia propuesta parece decaer. Israel mantiene que el Plan de Paz israelí de 1989 sigue vigente, pero ha aparecido, en

la misma lógica de EE.UU., una idea de «estabilización» vinculada a un desarme militar del área, que aleja obviamente cualquier perspectiva de conferencia, al menos en la voluntad norteamericana e israelita.

8. TURQUÍA

La opción turca es, también, un esfuerzo rentabilizador tanto en su dimensión europea como en la perspectiva del área.

El régimen de Ozal reivindica, desde hace tiempo, una amplia región en la frontera iraquí, en la que se encuentra el territorio kurdo (otra de las cuestiones que esta guerra dejará pendiente). Turquía pretende, ante un eventual cambio de régimen en Iraq, utilizar su colaboración en el operativo bélico para regular esta antigua cuestión.

La dimensión europea de la estrategia turca parece menos operativa a corto plazo, es impensable el acercamiento a la CE mientras persista la situación de ocupación turca de Chipre.

9. LA URSS ANTE LA GUERRA Y LA POSGUERRA

La agresión iraquí a Kuwait llegaba en el momento en que la ofensiva reformadora de Gorbachov había llegado a su cumbre.

Desde esa lógica son entendibles sus primeros apoyos a las resoluciones del Congreso de Seguridad; pero no lo es, y menos compartible, el apoyo a la resolución 678; auténtico instrumento de EE.UU. para el ejercicio de la acción bélica, que por añadidura dejaba a la URSS sin capacidad real para incidir en una solución positiva en la crisis.

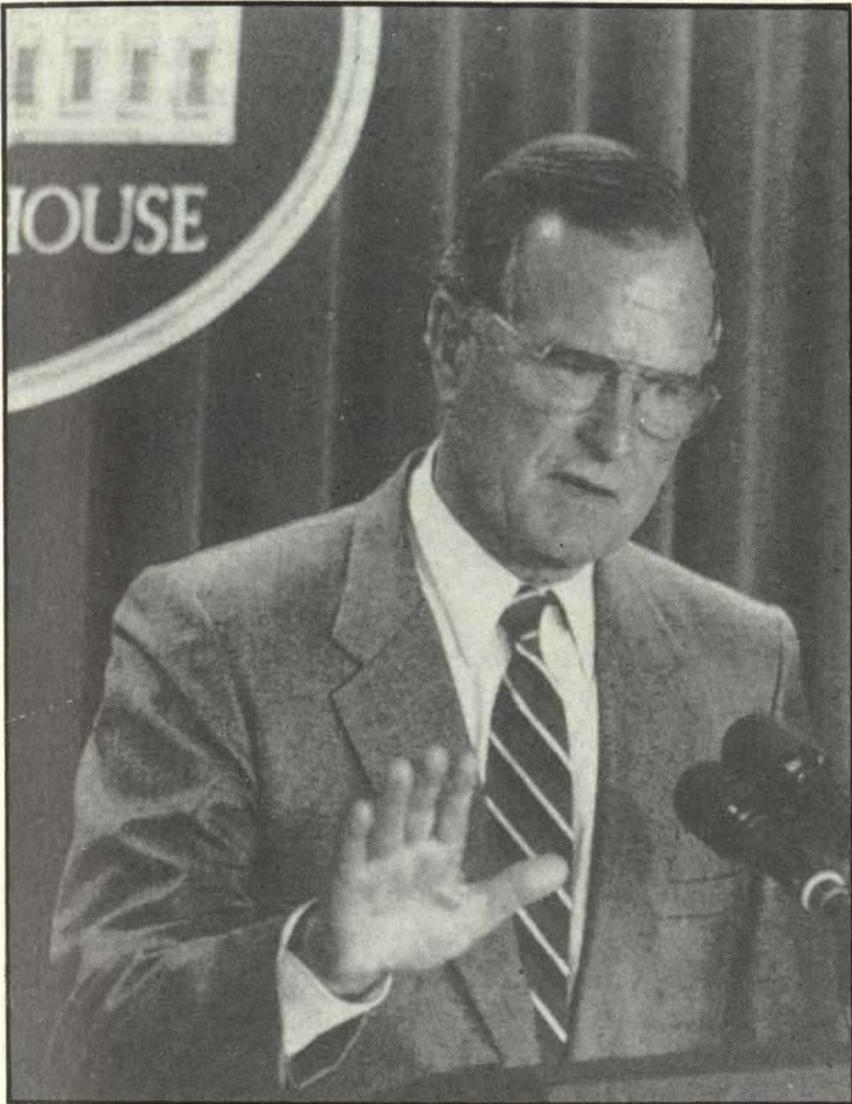
En el proceso de gestación de la fuerza multinacional, los EE.UU. han obtenido el apoyo soviético a cambio del inmovilismo norteamericano en relación con la crisis de la Unión Soviética.

Parece evidente que el agravamiento de la crisis soviética (en particular la crisis báltica) han conducido a la URSS a seguir, antes que a rechazar o a condicionar, la opción norteamericana. El repliegue de China hacia sus problemas internos (y de su interés predominante en recuperar imagen tras los sucesos de Tiannanmen) opera en la misma dirección.

Las importantes propuestas de paz soviéticas desarrolladas en los últimos días de la guerra llegaban tarde y no sirvieron para superar lo que podría haber evitado con otro tipo de acciones anteriores, entre otras, negándose a avalar la resolución del ultimátum.

A pesar de ello, estas propuestas le han hecho recobrar un cierto prestigio entre las fuerzas árabes progresistas, aunque su protagonismo en el Oriente Próximo, tal y como se han desarrollado los acontecimientos, será limitado.

En esta zona, la Unión Soviética podrá comportarse en función de dos criterios: el interés nacional de evitar



La reacción norteamericana tiene su origen precisamente en que (en una situación de declive económico) una demostración de debilidad hubiera reducido a cero la credibilidad de EE.UU. como sujeto activo en un nuevo orden internacional

tensiones islámicas en el interior y evitar una presencia militar de EE.UU. permanente en la zona, para lo cual puede pretender recuperar su lógica de gran potencia, sin impulsar los organismos internacionales.

En este sentido, la Comunidad Europea debiera asumir un nuevo protagonismo en esta crisis para evitar cualquier tentación de retorno a una lógica bipolar, de reparto de influencia en el área.

10. ECONOMIA

Los factores económicos han contado de forma relevante en la decisión iraquí de invadir Kuwait. No han sido, por el contrario, directamente determinantes en la decisión norteamericana.

La guerra tendrá consecuencias importantes en la dimensión económica de las relaciones internacionales. Aparte de las dimensiones más evidentes (efectos financieros, impactos sobre procesos recesivos...), pueden ponerse de relieve dos cuestiones políticas.

Sadam Husein le proporcionó a Bush el aliento que necesitaba. Ningún aliado incondicional hubiera facilitado mejor ayuda a la Administración de EE.UU. para recuperar una posición hegemónica en la esfera mundial

La primera es que los EE.UU. entran de forma determinante en un área de la que dependen, sobre todo, para sus abastecimientos energéticos, Japón y Europa. Los EE.UU. adquieren un potencial para explotar, en su competición con la CE y Japón y en las negociaciones económicas internacionales (por ejemplo, el Gatt).

Por otra, la debilidad del papel europeo demuestra que la perspectiva de constituir un bloque regional integrado, en torno a la CE, proyectado hacia el Mediterráneo y el Oriente Medio, es hoy muy remota.

Se deben excluir interpretaciones simplistas y extremas. No parece posible un impacto catastrófico del aumento de los precios del petróleo: el incendio de los pozos de Kuwait puede acarrear graves daños al ambiente, pero no influir a medio plazo en el precio del petróleo.

No parece posible que se repita el ejemplo de los años cuarenta cuando los EE.UU. resolvieron su recesión en la guerra; la situación económica es muy distinta.

Hoy, se admite la existencia de una recesión; el análisis que prevalece es el siguiente. Puede ser fuerte, pero

ciertamente breve. Se dice que, a lo máximo, en 1992 podría producirse una fase de expansión vinculada a la formación de los mercados del Este.

Este escenario es posible pero su desarrollo no está garantizado debido a las extremas dificultades de estos países para iniciar el proceso ahora que se reducen especialmente las ayudas.

En el Sur la situación se ha agravado por la deuda que ha obligado, en los últimos años, a transferir riqueza financiera hacia los países industrializados.

La acumulación de la deuda en buena parte de los países del Sur y algunos países del Norte, las transformaciones en curso en el Este, la dramática situación del conjunto del Sur, están haciendo emerger una característica específica de la actual fase económica: la escasez de capitales. Problema más grave en la medida que las políticas económicas se han orientado progresivamente a estimular el desarrollo.

La recesión interfiere en este estado de cosas, agravándolo, y hace más difícil la situación de los países del Sur, más difícil la situación de los países ricos endeudados, más grave la falta de recursos financieros para transferir al Este y al Sur.

La guerra opera en la misma dirección, ya que, a medio plazo, agravará la escasez de recursos que ya hoy se desplazan hacia inversiones bélicas, agravando la distorsión en el uso de los recursos reales.

11. LA ESTABILIDAD EN LA POSGUERRA

De los datos que se han apuntado en páginas precedentes se desprende que la guerra agravará los problemas políticos tanto en el área como en el diseño de un nuevo orden mundial.

En la zona, el conflicto político se articulará alrededor de tres factores.

En primer lugar, el desequilibrio que se genera en el área, tanto en lo que se refiere a la relación árabe-israelí como a la aparición de potencias emergentes.

En segundo término, debe considerarse el factor islámico.

Por último, la disparidad social y las diferencias de riqueza en el mundo árabe entre los regímenes petrolíferos y los regímenes pobres del área.

Estos factores pueden combinarse con el antisemitismo y el antioccidentalismo, que se han reforzado notablemente.

Resulta imposible aislar el problema palestino o subsumirlo en un conjunto genérico de cuestiones. Como ya hemos señalado, las posibilidades de resolver esta cuestión se han reducido notablemente tras el conflicto, con las nuevas posiciones norteamericanas e israelitas y el debilitamiento de la OLP.

Los EE.UU. tendrán, tras la guerra, la dificultad de conciliar las presiones de los regímenes árabes que le han apoyado y las exigencias de Israel. Probablemente los EE.UU. buscarán reforzar una serie de relaciones bilaterales, relegando a un futuro, más o menos lejano, la Conferencia de Paz.

La Comunidad Europea parece desplazarse también en la dirección de la «globalización» del problema del área, al sustituir la propuesta de conferencia nacida en 1980, en la declaración de Venecia, por una idea de procesos negociadores al modelo de Helsinki, que contemple el conjunto de los problemas políticos, económicos y militares del área.

Un proceso de estabilización en la zona sólo puede apoyarse en el ejercicio del derecho de autodeterminación y el desarrollo de un mapa completo de derechos humanos; empezando por el desarrollo político de la democracia y concluyendo por los económicos.

12. DESARME EN LA ZONA

Como consecuencia de la guerra y de su nivel tecnológico, las tendencias al rearme en el área tenderán de nuevo a intensificarse.

A favor de una nueva espiral de rearme juegan ya las nuevas aportaciones de material bélico norteamericano, tanto a los miembros árabes de las fuerzas multinacionales (incluida Siria) como a Israel.

Dado el peso que los apoyos exteriores (occidentales y soviéticos) han tenido en el rearme en el área y la calidad de tal rearme (armas químicas, misiles y tendencial proliferación nuclear), deben abordarse iniciativas esenciales en materia de comercio de armas y de límites antinucleares.

La reducción drástica de las exportaciones de armas a la zona exige formas específicas de embargo reguladas internacionalmente.

Líneas antinucleares implican para ser aceptadas—no sólo en el área sino en todos los países del Sur—una neta reducción de los arsenales nucleares de EE.UU. y URSS y progresos significativos en la negociación STAR. Igualmente, es precisa la incorporación de las dos potencias nucleares europeas al proceso de desarme nuclear.

Partiendo de una idea global para la solución de los problemas del área, americanos e israelitas coinciden en un «tratado de desarme regional», del que podrían derivarse una estructura permanente de seguridad en el área y una institución similar al COCOM (Comité para el Control de Alta Tecnología), que gestione un acuerdo internacional sobre venta de armamentos al área, como se ha propuesto recientemente en la cumbre de Davos.

Un acuerdo de este tipo no garantiza el desarme del área, sino que provocará un desarrollo selectivo de los armamentos en función de criterios políticos, determinados por quienes hegemonicen la gestión de la posguerra. Parece que, por otra parte, se trata de evitar alternativas de embargo para provocar una nueva regulación de los complejos de la industria militar.

Hemos de resituar con fuerza todas las políticas relativas a la desaparición de los bloques militares. La desaparición de hecho y de derecho del Pacto de Varsovia acentuaba la crisis del Pacto de la OTAN y permitía instaurar un sistema de seguridad compartida, basa-



A diferencia de otros momentos históricos, una parte de la izquierda clásica unida a la izquierda emergente se ha negado a tomar partido entre los contendientes bélicos. Hemos optado por negar la lógica de guerra diseñada por Husein y Bush, apostando por una lógica de paz

do en el desarrollo de la CESCE. Hoy, esa crisis ha sufrido una inflexión, acentuándose las tendencias de reconversión de la OTAN para su mantenimiento, mirando hacia el sur de Europa sin descartar los argumentos que se basan en la inestabilidad de la URSS. Es otro de los efectos perniciosos de la guerra que nos hace retroceder varios años en una política de desarme que cada vez tenía mayor consenso social.

13. LA APUESTA POR LA PAZ

Para concluir, pongamos una nota positiva y de esperanza a este proceso: el relanzamiento de una izquierda nueva y transformadora que se ha movilizado activamente contra la guerra y sus consecuencias.

A diferencia de otros momentos históricos, una parte de la izquierda clásica unida a la izquierda emergente se ha negado a tomar partido entre los contendientes bélicos. Hemos optado por negar la lógica de guerra diseñada por Husein y Bush, apostando por una lógica de paz.

No ha sido nuestra opción contra esta guerra la pre-

tensión de convertir una supuesta guerra imperialista en una guerra revolucionaria. Hemos pensado que esa era una lógica pasada. Era y es posible, en los umbrales del siglo XXI, con un mundo interdependiente, desarrollar todo tipo de acción política para la preservación de la paz y desde el rechazo a la guerra como solución última para los conflictos internacionales.

Es un giro profundo que obliga a desarrollar una nueva teoría en todos los campos. Desde lo económico a lo social. Es una apuesta firme por el desarme, por la cooperación entre los pueblos, por la naturaleza como bien universal, por el desarrollo integral de los derechos humanos.

Es una apuesta por una cultura no militarista y de diálogo. Esta opción configura nuevos bloques de progreso, en lo nacional y lo internacional, y será instrumento de profundización y desarrollo de políticas concretas, para el diseño de un auténtico ordenamiento internacional democrático. Un ordenamiento incompatible con ese orden preconizado por Bush, y seguido por la mayoría de los gobiernos europeos, que sólo significa reiteración de lo viejo e imposibilidad de dar respuestas a las demandas de los tiempos venideros. ■



El conflicto del Golfo, el nuevo orden internacional y el papel de la izquierda europea

Manuel Monereo

1. La utopía del 89

Se ha escrito mucho y se ha hablado más sobre la nueva etapa abierta por los procesos democratizadores del Este y Centro europeos. El «inolvidable 1989» conforme se suceden los acontecimientos ha ido perdiendo su optimista imagen inicial y los colores oscuros se han hecho cada vez más predominantes.

La «Plataforma del 89», masivamente difundida por los lla-

mados medios de comunicación de masas, se podía resumir en cuatro ideas básicas:

1. La idea de que con la autodisolución del Pacto de Varsovia se inició un proceso de desintegración del orden bipolar dominante y su progresiva sustitución por un nuevo orden democrático, multipolar y pacífico.

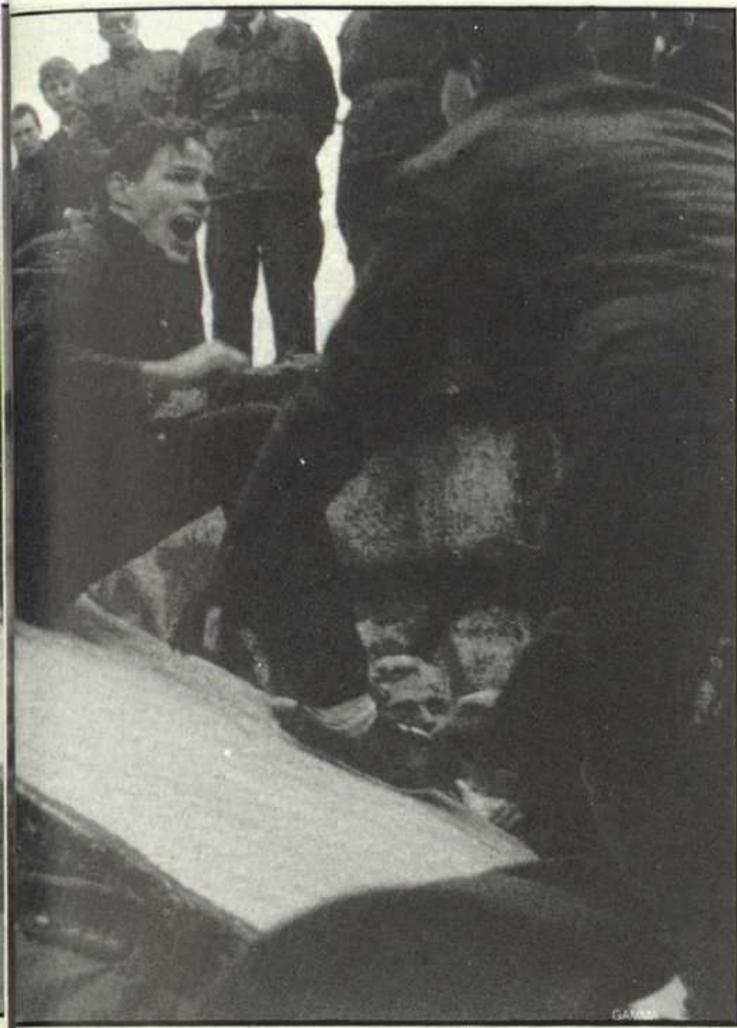
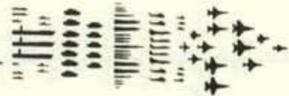
2. La idea de una homologación política y económica del Este a las pautas dominantes en el Oeste capitalista.

3. La idea de que tras la caída del «muro» de Berlín, el

proceso de unidad política y económica europea se aceleraría, superando ésta los estrechos límites de la actual CEE.

4. La idea de que con el derrumbe del socialismo real, el proyecto comunista carecía ya de sentido, apareciendo la socialdemocracia como el común y único referente de la izquierda.

Estas ideas, machaconamente repetidas, ponían de manifiesto, sin embargo, una mala percepción de la realidad y reflejaban un alarmante debilitamiento en la capacidad crítica



De la desintegración del llamado sistema socialista y de la progresiva disolución del Pacto de Varsovia no se podía sacar la conclusión de que la bipolaridad dominante podría ser sustituida sin más por un orden mundial democrático y pacífico. Los datos no apuntaban en esa dirección

de la izquierda. Del hecho evidente de la desintegración del llamado sistema socialista y de la progresiva disolución del Pacto de Varsovia no se podía sacar la conclusión de que la bipolaridad dominante podría ser sustituida sin más por un orden mundial democrático y pacífico. Los datos no apuntaban en esa dirección. Si bien es cierto que los acuerdos EE.UU.-URSS sobre reducción de arsenales nucleares y los pasos dados para disminuir las fuerzas convencionales crearon un clima favorable para un avance sus-

tancial en el camino de la paz, no es menos cierto que nunca por parte de la OTAN se han dado pasos reales para su autodisolución. Es más, ésta ha sido, desde el primer momento, desechada. Y es que, como ha señalado Fred Halliday, el error de ciertos análisis estaban en su incapacidad para entender que «no es lícito presentar el resultado como si los dos sistemas estuviesen igualmente debilitados o como si los cambios actuales guardasen algún tipo de simetría. Porque el fin de la guerra fría, en el primer sentido, y el clima prevaleciente de distensión en Europa y en la mayor parte del Tercer Mundo no se está alcanzando sobre la base de una convergencia de ambos sistemas o de una tregua negociada entre ellos, sino sobre la base del colapso de uno frente al otro» (1). Entre los muchos datos reales que apuntaban en esa dirección, ninguno tan sobresaliente como el proceso de unidad alemana: la absorción de la RDA por la RFA se hizo por el acuerdo expreso de que la Alemania unificada seguiría siendo un país miembro de la OTAN, ¿no resultaba algo paradójico que el proceso de distensión avanzara reforzando a uno de los bloques, mientras el otro se desintegraba?

Este «no tener en cuenta» que las relaciones políticas y económicas internacionales reflejan, también, un orden jerárquico basado en una desigual distribución de poder, impidió analizar críticamente el proceso de plena integración en el mercado capitalista mundial de los países del socialismo real.

La crisis económica, después de décadas de sostenido creci-

miento, ha sido un elemento central para explicar el colapso político de los regímenes del Centro y Este europeos. El fracaso económico de los sistemas de planificación burocrática ha creado un clima propicio en favor de la llamada «economía de libre mercado» en miles y miles de ciudadanos y ciudadanas que han visto cómo se degradaba rápidamente su nivel de vida. Ahora bien, como ha señalado Carlos Berzosa: «La inserción de algunas economías del Este dentro de la órbita capitalista y la ayuda económica que puedan recibir no supondrá, sin embargo, que consigan un desarrollo económico que les sitúe a un nivel europeo, sino que, por el contrario, su camino será el subdesarrollo capitalista jugando un papel subordinado en cuanto receptores de capital y donantes de mano de obra. La implantación de determinadas relaciones capitalistas y su introducción en circuitos europeos comunitarios generarán desigualdades económicas significativas, disfuncionalidades considerables y aparición del paro» (2).

Este diagnóstico, escrito en los primeros meses de 1990, no parece pesimista vista la realidad actual de muchos de estos países. Lo trágico de la situación (responsabilidad histórica de los anteriores dirigentes) estriba en que para los países del «socialismo irrealizado» es cada vez más difícil una homologación con el Occidente capitalista que no suponga una integración subordinada en el mismo. Como señaló hace ya tiempo J. Nagels: «Si esta hipótesis de un paso al capitalismo se confirma, no se trataría de la instauración de un “capitalismo civilizado”,

a la sueca o a la belga. Al contrario, se trataría más bien de un capitalismo salvaje» (3).

Los peligros no son solamente en el plano económico, ya que «es muy probable que una restauración capitalista instaure un autoritarismo progresivo dentro del entramado de las formas democráticas así como una perversión y erosión de dichas formas. En estos países, el Estado dirigirá unas economías dependientes, subordinadas al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial y a las principales potencias capitalistas. Será muy débil frente al capitalismo internacional; pero esto no le impedirá ser fuerte con respecto a sus propios ciudadanos» (4).

Tampoco parece muy realista pensar que con los cambios en el Este el proyecto europeo logre profundizar en sus contenidos más progresistas. La razón básica era la siguiente: el proceso de integración europeo, en el marco previsto del Acta Unica, se estaba desarrollando en lo fundamental según la lógica mercantil desplegada por los grandes poderes oligopolistas. A lo dicho en su tiempo por Duverger: «El Mercado Unico del 93 es un mercado thatcheriano, extremadamente peligroso para la legislación social» (5), sólo cabe añadirle hoy que esos peligros se han confirmado plenamente y que lo social (las llamadas medidas de cohesión económico-social) aparecen cada vez más como un conjunto de medidas dirigidas a legitimar la lógica económica y de poder predominante en la CE que como un proyecto solvente de transformación de la desigual realidad social imperante. En un aspecto, sin em-

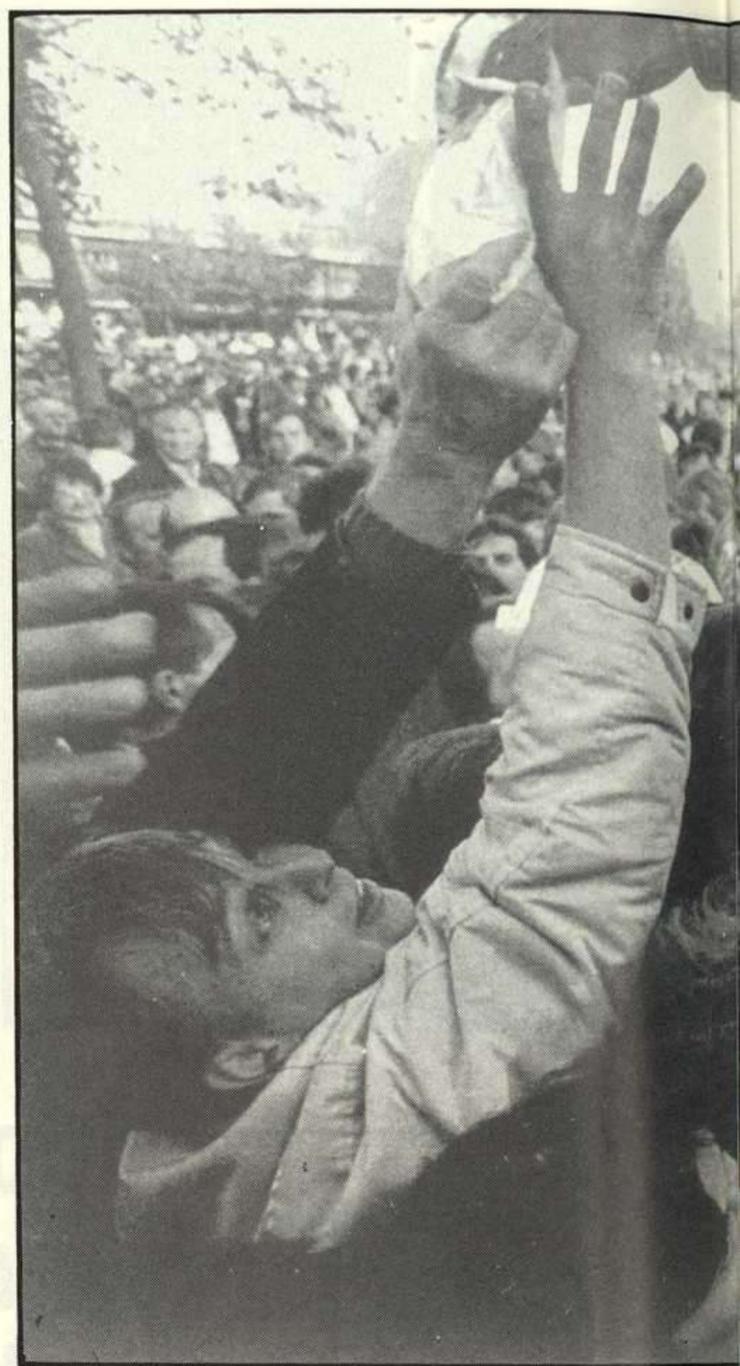
bargo, la crisis de los países del Este sí que va a tener un efecto extremadamente importante en la Comunidad Europea: consolidar, después de la absorción de la RDA, el predominio de la Alemania unida en el proceso de construcción europea.

Estas transformaciones han tenido consecuencias especialmente significativas en la izquierda del occidente capitalista. Sólo desde un tacticismo más o menos ciego es posible concluir que la crisis del socialismo real afecte sólo a una parte de la izquierda: a los comunistas.

Las dificultades de la izquierda europea (de toda la izquierda) comienzan en los años setenta y se agravan en la década de los ochenta, en el marco del proceso de reestructuración y modernización capitalista iniciado tras la crisis económica. La crisis del Este viene a agravarla al menos en dos sentidos: uno, por lo que significa de legitimación pasiva del sistema capitalista. Dos, por el cuestionamiento que produce de elementos sustanciales del patrimonio ideal y estratégico de la entera «cultura socialista».

2. El nuevo orden internacional y la crisis del Golfo Pérsico

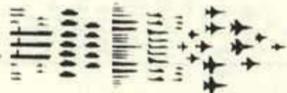
El larguísimo conflicto del Golfo ha terminado por poner de manifiesto la inconsistencia y el carácter unilateral de la «utopía del 89». Su breve vida, como diría Rossana Rossanda, tiene que ver también con el abandono por parte de la izquierda de postulados básicos del materialismo histórico, sin los cuales resulta difícil «leer»



las viejas y nuevas contradicciones de esta nueva etapa del capitalismo.

Resulta lamentable, a este respecto, la sorpresa de una parte de la izquierda ante el belicismo mostrado por EE.UU. en la resolución del conflicto (resolución militar del conflicto para ser más exactos, ya que la resolución política es otra cosa). Es más, causa perplejidad la extrañeza de esa misma izquierda ante las propuestas, realizadas en pleno bombardeo de la población civil iraquí, del presidente de EE.UU. de un nuevo orden internacional.

La apuesta de los EE.UU. por un nuevo orden internacional no surge del conflicto del



Lo trágico de la situación estriba en que para los países del «socialismo irrealizado» es cada vez más difícil una homologación con el Occidente capitalista que no suponga una integración subordinada en el mismo. Como señaló hace ya tiempo J. Nagels, «si esta hipótesis de un paso al capitalismo se confirma, no se trataría de la instauración de un “capitalismo civilizado”, a la sueca o a la belga. Al contrario, se trataría más bien de un capitalismo salvaje».

Golfo. Este (su génesis, desarrollo y sus posibles salidas) es el que se explica desde la búsqueda por parte de la clase dirigente norteamericana de un nuevo y más favorable marco internacional. La etapa final de Carter y el mandato, sobre todo, de Reagan señalan el paso a la contraofensiva sistemática. La «América fuerte» capaz de garantizar una mejor coordinación entre los centros decisivos del capitalismo mundial; el debilitamiento económico y militar de la URSS, y el freno a cualquier proceso de autonomía colectiva por parte de los países del llamado Tercer Mundo. No parece aventurado constatar que esta política

ha triunfado, en lo fundamental, y que el peligro hoy más grave es que el sistema bipolar, hasta ahora dominante, sea sustituido por un nuevo orden unipolar, de mando más o menos compartido por las grandes potencias capitalistas y bajo la conflictual hegemonía político-militar norteamericana.

El conflicto del Golfo hay que «leerlo» en este contexto. De ahí la gran importancia que va a tener en el futuro el tipo de salida que los EE.UU. han impuesto al conflicto: guerra o boicot económico; salida política o salida militar no eran simples opciones entre medios o fines, sino diseño estratégico contrapuesto que encontraban

en el conflicto del Golfo «el terreno de prueba» de las nuevas pautas dominantes tras la desintegración del orden bipolar.

La historia militar de EE.UU. y de sus aliados ha conseguido tres objetivos inmediatos: aniquilar la capacidad ofensiva del ejército iraquí, asegurar el control real de los pozos petroleros y liberar Kuwait. A medio plazo, los resultados son mucho más sobresalientes: asegurar la hegemonía norteamericana frente a unos aliados cada vez más poderosos, en el terreno que le eran más favorables, el político militar; poner de manifiesto que no hay ningún «contrapeso» real al poder

norteamericano y que carecen de viabilidad práctica los proyectos que pretendan romper con la lógica económica y de poder dominante; imponer un orden económico internacional aún más favorable a la libre expansión de los grandes oligopolios transnacionales, poniendo freno a los tímidos intentos de construir un orden económico más igualitario y democrático; perpetuar organismos como la OTAN como medio para garantizar la hegemonía político militar norteamericana.

Sobre estos últimos aspectos, el conflicto del Golfo ha dado mucha luz. Todas las fuerzas más o menos democráticas de Occidente han defendido en distintos foros internacionales la necesidad de un orden político económico internacional más justo. En todos los programas políticos aparece con mucha fuerza la necesidad de políticas más audaces y solidarias de los países del Norte hacia los países del Sur. Es más, superado el conflicto Este-Oeste, se ha dicho, ha llegado el momento de afrontar el desafío de nuestra época: el conflicto Norte-Sur. Ahora bien, ¿qué se quiere decir realmente cuando se habla de construir un orden económico más equilibrado y equitativo? ¿Se quiere decir acaso que a este nuevo orden se llegará por graciosa concesión de los ricos del Norte? ¿Sin lucha? ¿Sin conflicto? La hipocresía no es sólo de los dirigentes norteamericanos. Un orden internacional más justo significa, entre otras cosas, la presencia de nuevos sujetos internacionales, con capacidad de decidir y un reparto más justo de la riqueza del planeta. Como intuyó Enrico Berlinguer, la lucha por un orden internacional democrático, pacífico e igualitario exigiría no sólo buenas palabras, sino una nueva concepción del desarrollo económico y un renovado esfuerzo internacionalista.



La hipocresía no es sólo de los dirigentes norteamericanos. Un orden internacional más justo significa, entre otras cosas, la presencia de nuevos sujetos internacionales, con capacidad de decidir y un reparto más justo de la riqueza del planeta. Como intuyó Enrico Berlinguer, la lucha por un orden internacional democrático, pacífico e igualitario exigiría no sólo buenas palabras, sino una nueva concepción del desarrollo económico y un renovado esfuerzo internacionalista

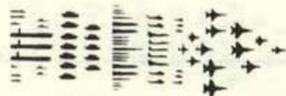
cha por un orden internacional democrático, pacífico e igualitario exigiría no sólo buenas palabras, sino una nueva concepción del desarrollo económico y un renovado esfuerzo internacionalista.

3. El conflicto del Golfo y el papel de la izquierda europea

Se ha hablado mucho de la izquierda europea en estos últimos años. Definirse «parte de»

la izquierda europea ha pasado a ser, por lo visto, un elemento fundamental de la nueva identidad de las distintas izquierdas en estos tiempos de crisis. Sin embargo, lo paradójico es que estas teóricas afirmaciones no se corresponden con la realidad de lo que está sucediendo: cuando más se habla de la izquierda europea más evidente resulta su inexistencia como realidad política actuante y como proyecto autónomo.

Quizá, nada puede ejemplifi-



Cuando más se habla de la izquierda europea, más evidente resulta su inexistencia como realidad política actuante y como proyecto autónomo. Quizá, nada puede ejemplificar mejor lo que acabamos de decir que la dramática escena de un Ochetto pidiendo a la Internacional Socialista que realizara un postrer esfuerzo para evitar la guerra, horas antes de expirar el ultimátum norteamericano.

car mejor lo que acabamos de decir que la dramática escena de un Ochetto pidiendo a la Internacional Socialista que realizara un postrer esfuerzo para evitar la guerra, horas antes de expirar el ultimátum norteamericano.

El problema no es nuevo y ha sido una constante en los últimos años. La izquierda europea, precisamente cuando más se habla de ella, ha sido incapaz de encontrar vías reales de intervención autónoma en los grandes problemas políticos y

sociales que están prefigurando los grandes ejes de la orientación futura de Europa.

Así, la izquierda ha permanecido pasiva ante los grandes debates: la paz y el desarme, la unidad alemana, la dramática asimetría entre la Europa mercantil y la Europa social, el grave problema de la emigración extracomunitaria y los decisivos problemas culturales de una Europa cada vez más colonizada por las grandes transnacionales de la comunicación. Su actuación durante la guerra del

Golfo Pérsico ha sido la demostración palpable de su inexistencia. La izquierda europea, en la medida que sea algo más que una simple homologación a los postulados de la socialdemocracia, necesita ser constituida como sujeto programáticamente autónomo y como realidad capaz de articular la pluralidad real de sus componentes. Como se ha señalado recientemente, «pensamos en la necesidad de una articulación que recoja no sólo la vieja rama del movimiento obrero —que tampoco se reduce a los partidos de la Internacional Socialista y a los comunistas de filiación en la Tercera Internacional— sino, asimismo, lo nuevo, que no es sólo lo verde.

La articulación no debe ser exclusivamente de fuerzas propiamente políticas, sino también sociales y prevé no sólo formas de acción institucional. En efecto, hay que avanzar en la reflexión sobre la forma de intervención política, que gravitan en exceso sobre el eje electoral, institucional y partidista, o más que sobre éste, sobre la cúpula de los partidos, lo que agrava la pasividad de los ciudadanos y tienden a ampliar el distanciamiento entre sociedad civil y Estado» (6). ■

NOTAS

(1) Fred Halliday: *Revista Debats*, septiembre 1990, n.º 33.

(2) Carlos Berzosa: «Mercado Unico y reforma en los países del Este». *Revista Contrarios*, n.º 4. Junio 1990.

(3) «Del socialismo pervertido al capitalismo salvaje». *Cuadernos marxistas*, Bélgica, n.º 17.

(4) Ralph Miliband: *El Socialismo del Futuro*, n.º 2. 1990.

(5) Diario *El País*, abril 1988.

(6) «Construir la izquierda europea», trabajo colectivo del Area de Debate Político Cultural del PCE.



LA «PAX» AMERICANA

José Cabo

NUESTRO sufrido y zaran-deado siglo XX se apaga en medio de una de las más grandes tragedias. Afecta, una vez más, al conjunto de los pueblos árabes e islámicos.

El fin de la confrontación de bloques y la distensión en Europa no conllevan una disminución de la potencia norteamericana en el mundo.

Más bien al contrario. Se refuerza y reenfoca la OTAN, se revitaliza la UEO, a la vez que asistimos a un nuevo despliegue, al inicio de una nueva estrategia

de guerras coloniales contra el llamado Tercer Mundo.

En ese sentido, las sucesivas afirmaciones sobre «el fin de la guerra fría» no reflejan *toda* la realidad actual; escamotean los peligros y limitaciones que tienen la Paz, la Seguridad y el Desarme en el mundo.

La Nueva Mentalidad Política (la Perestroika, la lucha por la paz, el desarme y la distensión que ésta articuló e impulsó) ha contribuido a poner al desnudo la verdadera naturaleza del imperialismo contemporáneo. La dialéctica Norte/Sur aparece hoy

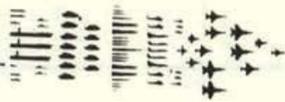
con fuerza en primerísima línea de la política y de las relaciones internacionales. Ese plano ocupa hoy el escenario y hacia él se trasladan y articulan las grandes estrategias de dominación.

Parece evidente que la guerra del Golfo no es un hecho coyuntural e inconexo. Se enmarca dentro de un contexto y de una operación de proyección planetaria: la del diseño de un «nuevo» *orden mundial*, estimulado y alentado a partir de los profundos cambios ocurridos en la política internacional reciente.

La guerra del Golfo pone crudamente en evidencia la actual estrategia imperial: *mundializar la doctrina Monroe*, en virtud de la cual se decreta e impone al conjunto de la humanidad la soberanía limitada y la sumisión y la subsidiariedad a los sacrosantos intereses del imperio. Más clarificador no podría ser al respecto el discurso de Bush sobre el Estado de la Unión de enero de 1991: «Aquí y ahora mandan los Estados Unidos de América. Somos la única nación del mundo con fuerza suficiente y autoridad moral para mantener el orden».

Este dictado iba dirigido al Tercer Mundo, a esas tres cuartas partes de la humanidad en las cuales la inestabilidad es tan aguda y crítica como tan crítica y aguda es su situación vital y su propia existencia. Detrás de la explosión del Golfo, de Oriente Medio y del Magreb, aparece el grito angustioso, la rebelión desesperada de los países pobres contra los ricos. Laten, en su trasfondo, profundos sentimientos de indignación y rabia generados por la injusticia y la opresión, la humillación y el engaño de que han sido objeto durante decenios y decenios.

Pero fue también un discurso amenazador, una advertencia, para otros, para el resto de Occidente, para los llamados amigos y aliados. ¡Que nadie se atre-



va a cuestionar, a poner en entredicho el rol piloto de USA en el mundo de hoy! ¡Que nadie se atreva a sugerir, aunque sea en voz baja, hegemonismos compartidos, ni siquiera valiéndose de su condición de potencia económica!

Estamos hoy ante un mundo estructuralmente injusto, insolidario e inhumano. Cruzado de intereses contrapuestos, de nudos y de conflictos. Es, además, un mundo unidireccional, desequilibrado, sin contrapeso. Se parece a una enorme finca privada donde la veda está abierta para saciar los apetitos del imperio.

En efecto, ¿cuál es hoy el panorama político?

— Un subcontinente americano institucionalmente rechazado, con la única y honrosa excepción de Cuba.

— Un continente africano en estado de coma, hundido y exhausto, anclado extramuros del desarrollo.

— Una región Asia-Pacífico intensamente tensionada y militarizada.

— Una Europa «reunificada», con la anexión del Este por el Norte, y con clara primacía de políticas neoliberales y conservadoras, en la que se desarrolla una intensa ofensiva ideológica, no exenta de éxitos, tendente a desarmar, neutralizar y desactivar a las opciones revolucionarias de transformación social.

— Una Unión Soviética en gran medida replegada sobre sí misma, desconcertada y desconcertante, sumida en una búsqueda de soluciones y vías para hacer frente a sus gravísimos conflictos y a las fuertes presiones antisocialistas.

Sobre este panorama desolador se asienta a la vez un dominio económico, financiero y comercial tripartito: Japón, Alemania y EE.UU., cada uno de ellos con sus respectivas zonas de influencia y entregados entre sí a

una intensa guerra comercial por la conquista de nuevos mercados.

Es claro que la neutralización y desactivación del Este conlleva objetivamente dos fenómenos:

1. El centro de gravedad se ha desplazado de la confrontación Este/Oeste a la dialéctica descarnada Norte/Sur. Representa el contrapunto de la distensión.

2. El recrudecimiento de las contradicciones de fondo intercapitalistas. Los litigios USA/Japón y el fracaso de la reciente cumbre de París del GATT son claros exponentes de la cuestión.

Disponer del control y dominio de los inmensos yacimientos petrolíferos del Golfo representa, para la Administración USA, una palanca de intervención directa en las economías y en el desarrollo de Japón y Alemania, así como para hipotecar y condicionar el proyecto de unidad europea de 1992

Si la pre-guerra y la guerra del Golfo significaron, entre otros aspectos, un enorme negocio de venta de armas y de sofisticados equipos e instalaciones militares, cifrado en billones y billones de dólares, la post-guerra, tras la destrucción salvaje de Kuwait y de Iraq, es también hoy un escenario donde se confrontan las grandes potencias y sus multinacionales. Están ya de por medio suculentos —billonarios— negocios y contratos que los emires kuwaitíes se encargarán de administrar en relación directa con los servicios prestados durante la guerra. Todos viajan ahora apresuradamente a New York (es una forma de situarse en Kuwait-City) para sacar tajada del fastuoso botín.

La santa alianza internacional, el bloque occidental conoce sus propias tensiones internas.

Los países más beligerantes y agresivos en la guerra del Golfo han sido, por orden decreciente, los EE.UU., Inglaterra y Francia.

La característica de esos países (para Francia e Inglaterra) es que se trata de dos imperios decadentes, en parte desclasados en la jerarquía económica mundial. Los EE.UU. están igualmente en pérdida de velocidad en el plano económico y en vías de decadencia.

Estos países utilizan lo que aún les caracteriza: la fuerza militar para controlar la renta petrolífera en el mundo a expensas de los pueblos del Sur y también de las economías de Japón y Alemania, países éstos que aparecen como nuevas potencias económicas ascendentes.

Es una lucha entre el capital decadente, que se orienta al control de la renta, y el capital productivo, ascendente y agresivo, pero que puede verse dificultado en su dinámica debido a la ausencia de control sobre los recursos petroleros y a la carencia de potencia militar para protegerle.

En definitiva, se trata de una lucha entre unas economías cada vez más frágiles, pero poseedoras de potencia militar mediante la cual aseguran su hegemonismo, y unas economías ascendentes, pero sin medios coercitivos a escala mundial como para afirmar su liderazgo.

Luego, más allá de la unidad aparente del bloque occidental, se esconde esa realidad profunda de lucha intercapitalista, fruto de sus propias contradicciones y de su desarrollo desigual.

Junto a ello conviene señalar que los EE.UU., Inglaterra y Francia son países que, en gran medida, no dependen del acopio exterior de petróleo, a diferencia de Japón y Alemania, países éstos de gran dependencia energé-

tica. Disponer del control y dominio de los inmensos yacimientos petrolíferos del Golfo representa, para la Administración USA, una palanca de intervención directa en las economías y en el desarrollo de Japón y Alemania, así como para hipotecar y condicionar el proyecto de unidad europea de 1992.

Otro elemento que caracteriza a estos tres países (USA, Inglaterra, Francia) es la presencia de un fuerte y pujante lobby judío que controla las estructuras comerciales y financieras, detentador de una parte importante de ese capital. Para este lobby judío se da, pues, una convergencia de intereses concernientes tanto al control de la renta como al mantenimiento de un equilibrio en la región de Oriente Medio favorable a Israel.

Por el contrario, esa presencia judía es débil, cuando no inexistente, en países como Alemania y Japón.

Todo ello puede indicar que las dos potencias ascendentes, Japón y Alemania (¡como si no hubiese habido Segunda Guerra Mundial!) tienen un interés objetivo en favorecer la emergencia de diferentes polos militares en el mundo. Con ello se abriría la vía que les permitiría dotarse de la potencia militar necesaria para el florecimiento de su rol de liderazgo económico mundial.

Más allá del asunto de Kuwait y más allá de los eslóganes enarbolados por Occidente relativos a la legalidad y al derecho internacional; más allá de la supuesta defensa de valores para la cual, por cierto, Occidente carece de toda credibilidad y de autoridad moral, se esconde la estrategia del nuevo orden unipolar yanqui, un nuevo orden que se asienta en algo tan viejo y rancio como el propio imperialismo: militarismo y dominación.

Ese nuevo orden conlleva de hecho igualmente la negación total, para los países subdesarrolla-

dos, al acceso a un rol que no sea otro que el de satélites dentro del sistema mundial.

Los países subdesarrollados, impedidos al control y dominio de sus recursos y riquezas, impedidos al dominio de la tecnología avanzada, se ven cada vez más marginalizados en el marco de la lógica de la división internacional del trabajo que el capitalismo internacional impone, y que les mantiene en la periferia del desarrollo y de la modernidad.

Desde este punto de vista también, la guerra del Golfo adquiere el carácter de una lucha abierta Norte-Sur.

Esta guerra ha puesto en evidencia la dependencia de los países subdesarrollados que soportan las presiones, los chantajes y el dictado de los países occidentales involucrados en la guerra contra Iraq, castigando a países que en este conflicto se han situado en la lógica de la paz. En este orden tiene interés conocer el siguiente dato: dirigiéndose al representante del Yemen que acababa de votar en contra de la resolución 678 (junto con Cuba) en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el embajador americano espetó: «Este es el voto más caro de su vida». Efectivamente. Para 1991, los EE.UU. otorgaron, a finales de enero, una «ayuda» económica a Yemen de dos millones de dólares. El año pasado, la «ayuda» fue de 22 millones de dólares. ¡Ese voto le costó a Yemen 20 millones de dólares!

La crisis y guerra del Golfo no sólo ha revelado los límites y el contenido engañoso de algunos valores proclamados por Occidente (como la democracia, los derechos humanos, la legalidad y el derecho internacional); no sólo ha dinamitado el mito occidental de la libertad de prensa y de expresión (¡menudo espectáculo!), sino que ha puesto al desnudo las verdaderas intenciones de Occidente con relación al Tercer Mundo.

Con el restablecimiento del ca-

pitalismo en el Este de Europa y con el debilitamiento de la URSS, el mundo imperialista se envalentona y reencuentra su arrogancia de la mejor época colonial. Mientras, según informe de las Naciones Unidas, 50 millones de seres humanos murieron el año pasado por hambre y malnutrición en el Tercer Mundo (lo que representa un Hiroshima cada día), la guerra del Golfo y su desenlace son la culminación de toda una trama orientada contra los pueblos y sus aspiraciones emancipadoras.

Completando la estrategia de «los conflictos de baja intensidad» elaborada hace años en Santa Fe, los americanos acaban de experimentar contra los pueblos árabes, por primera vez, «la guerra de media intensidad», elaborada precisamente para la lucha contra los países del Tercer Mundo.

Se trata de «panamizar» la región del Golfo: eliminar a Iraq como potencia regional emergente, utilizar la intervención directa y mantener fuerzas armadas en la zona.

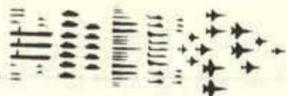
Más allá, se trata de fomentar y mantener focos de tensión con costes humanos dramáticos pero económica y políticamente rentables para el imperio.

No es ni mucho menos casual, a este respecto, la actual escalada de la tensión y militarización en la península coreana, generada por la provocación USA a través de las amenazadoras maniobras militares «Team Spirit 91».

Los pueblos palestino, libanés, kurdo, chipriota, los pueblos de Israel y de ese enclave medieval y anacrónico llamado Península Arábiga, a los pueblos de esa región en general les esperan duras pruebas y aún mayores sacrificios.

Sobre Oriente Medio va a asentarse ahora una estructura de dominación imperial, con sus mecanismos apropiados, a semejanza de lo que ocurrió en Europa occidental tras la segunda guerra mundial.

Ya vemos, en el proceso actual



de post-guerra, en qué consiste la «estrategia de paz» que el imperialismo va imponiendo en esa zona de Oriente Medio:

— Una nueva OTAN-árabe —el Pacto de Damasco— y su vinculación directa con el Pentágono. Un bloque de 6 + 2 (las monarquías y emiratos de la Península Arábiga, más Siria y Egipto) altamente militarizado, con la presencia en sus flancos de dos potencias regionales armadas hasta los dientes, que son Israel y Turquía, ejes de la estrategia OTAN-USA en la zona.

— Proyecto de «solución a la baja» de la cuestión palestina mediante la previa descalificación de la OLP y el arrinconamiento de Jordania, en un intento de revitalizar, actualizándolo, el famoso Plan Shamir. Proyecto de «solución» que tiende a dejar sin participación en el mismo a la URSS y a Europa.

— Proceso de reconocimiento y de legitimación de Israel y de su política, mediante el establecimiento de relaciones diplomáticas por parte de varios países árabes. Hasta el conflicto y la guerra del Golfo, Egipto era el único país árabe que mantenía relaciones diplomáticas con Israel (Acuerdos de Camp David).

— Establecimiento de un nuevo equilibrio económico en la región, en base a un «nuevo Plan Marshall», a partir de los petrodólares, y una distribución sesgada y discriminatoria de la renta petrolífera que generan sobre todo Kuwait y Arabia Saudí. No es previsible, sobre esa base, el necesario desarrollo equilibrado y equitativo de la región.

El Pacto de Damasco concentra de hecho en sí mismo el poder militar, económico y político. *Es el nuevo mapa de Oriente Medio*, favorable al imperio USA y que hace muy difícil la recuperación de la unidad árabe y la recomposición de su Liga.

La guerra del Golfo revela más cosas aún, como por ejemplo:

• Que sigue existiendo el imperialismo, ¡y de qué manera! Afirmar esto sería mera obviedad si no fuera por algunas voces y pensamientos sesudos que, aquí y allá, nos han querido vender gato por liebre. Pretendiendo rehuir de las mentalidades dogmáticas, algunas opiniones se instalan, por efecto de péndulo, en el entreguismo a la ideología dominante. Hay muchas diferencias de formas, métodos y perfiles entre la guerra imperialista de 1914-1918 (Primera Guerra Mundial) y la muy reciente guerra imperialista del Golfo. Son también muy distintos los momentos y contextos en que una y otra se dieron. Pero, yendo más allá, una y otra guerra fueron la expresión directa de la agudización de las contradiccio-



Con el restablecimiento del capitalismo en el Este de Europa y con el debilitamiento de la URSS, el mundo imperialista se envalentona y reencuentra su arrogancia de la mejor época colonial

nes intercapitalistas, en aras de conquistar nuevos escenarios de poder y de dominación y de nuevos mercados. Una y otra, en esencia, se enmarcaron en la estrategia del diseño de un nuevo mapa mundial; nuevo orden que, entonces, tras la primera guerra mundial, y ahora, tras la guerra del Golfo, se abate sobre los pueblos como una camisola de fuerza, maniatándolos.

• Que el imperialismo, el moderno y «civilizado» imperialismo que sufrimos hoy, sigue necesitando la guerra como válvula de escape a sus tensiones internas y en aras de una cierta reactivación económica en etapa de recesión y de desequilibrios. La Segunda Guerra Mundial generó un aumento de 40 por 100 de la

actividad económica de los EE.UU., la guerra de Corea, un 7 por 100. ¡Feliz guerra, esta del Golfo, que trae la prosperidad a los EE.UU.!

Este nuevo orden mundial —la pax yanqui— se sitúa en las antípodas de las nuevas necesidades y aspiraciones del conjunto de la humanidad.

Representa el contrapunto provocador de la Nueva Mentalidad Política que tan audazmente impulsó la URSS. Este orden mundial unipolar yanqui sigue impregnado hasta la médula de la lógica militarista y de la mentalidad de Clausewitz.

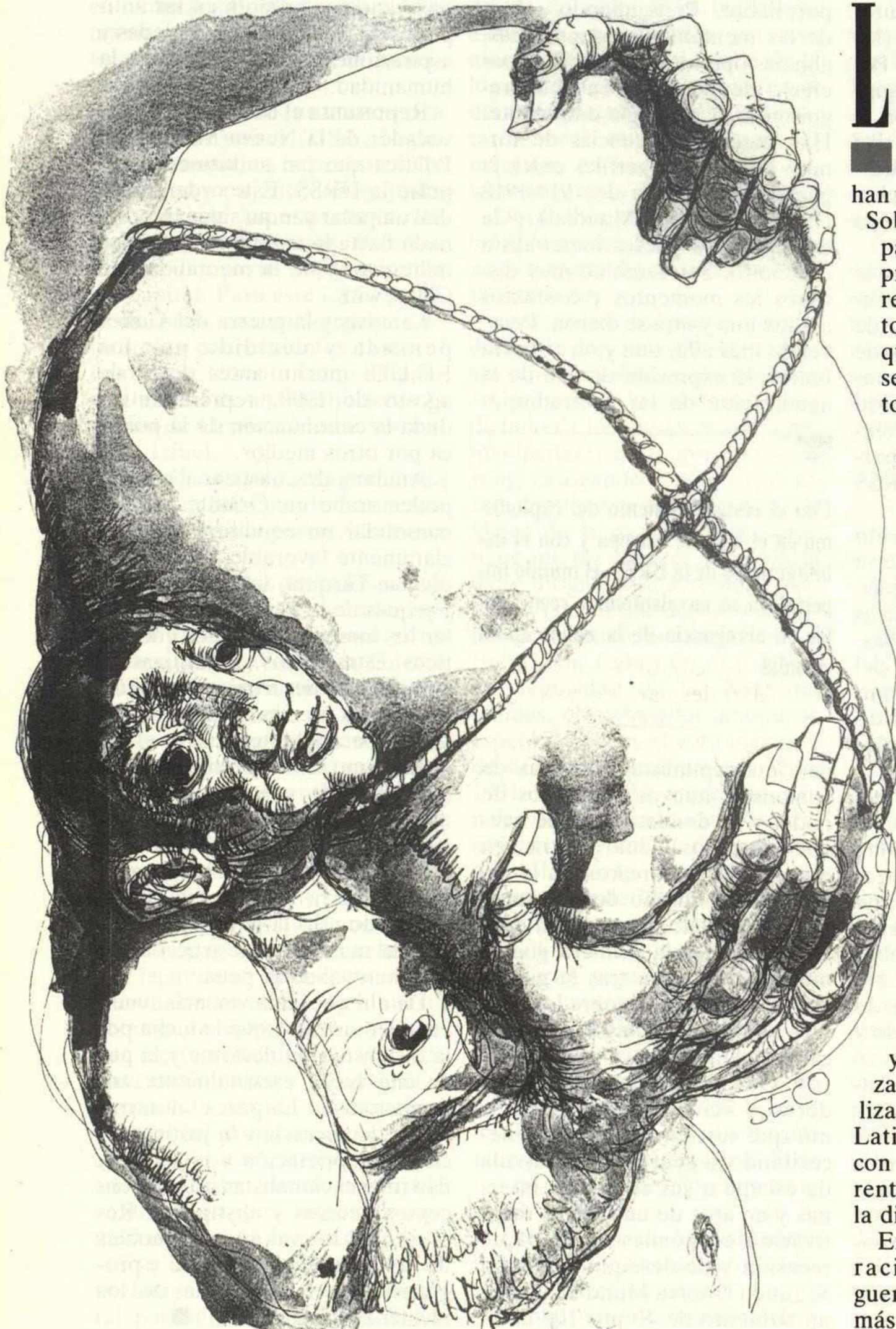
La crisis y la guerra del Golfo, pensada y decidida por los EE.UU. mucho antes del 2 de agosto de 1990, representa sin duda la continuación de la política por otros medios.

Anular y descuartizar al contrapoder árabe en Oriente Medio, consolidar un equilibrio regional claramente favorable a Israel (sin olvidar Turquía, los reyes emires y jeques de la Península), controlar los inmensos recursos energéticos estratégicos, garantizar la continuidad de acopios petrolíferos a bajos precios, asentar en esa zona especialmente sensible el hegemonismo USA como pieza fundamental de ese nuevo orden mundial, reactivar la investigación y la industria de guerra y armamentista, incluido el programa IDS (Guerra de las Galaxias): para todo esto la guerra del Golfo y la masacre y destrucción de Iraq han valido la pena.

De ahí que, una vez más, vuelva a demostrarse que la lucha por la distensión, el desarme y la paz es una lucha esencialmente antiimperialista. La paz, el desarrollo, la democracia y la justicia social, la cooperación y la solidaridad internacionalistas no son conceptos neutros y abstractos. Representan los valores más nobles de la humanidad avanzada y progresista. Son la esencia de los ideales del socialismo. ■

LA FACTURA DE LA GUERRA

Héctor Maravall



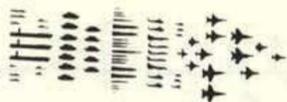
LOS costes humanos, las consecuencias éticas y morales y las repercusiones sociales y políticas de la guerra del Golfo serán una terrible losa para todos los pueblos que de una u otra forma se han visto afectados por la misma. Sobre ello se escribe en otras páginas de la revista. En el presente artículo nos centraremos, por tanto, en los efectos económicos de la guerra, que en cualquier caso siempre serán cualitativamente distintos e inferiores a los otros.

Hay una primera cuestión sobre la que reflexionar. Los gastos que ha conllevado la intervención militar y su traducción a medidas de carácter humanitario, sean en el terreno de la educación, de la sanidad, de la vivienda, etcétera.

Tras el impresionante despilfarro, que sólo en lo que se refiere a los Estados Unidos supera los 11 billones de pesetas, habría habido una posibilidad histórica de articular un plan de ayuda humanitaria al tercer mundo, que hubiera dejado en mantillas al Plan Marshall, posterior a la Segunda Guerra Mundial.

O bien se podría haber zanjado la deuda externa que atenaza al tercer mundo y que está obligando a realizar durísimos planes de estabilización a numerosos países de Latinoamérica, Africa y Asia, con sensibles retrocesos en su renta per cápita y desde luego en la distribución de la misma.

En las movilizaciones y declaraciones públicas contra la guerra han salido a relucir datos más que elocuentes de los costes,



desde una bala a un misil, pasando por los aviones Harrier o los tanques. A ellos me remito.

En definitiva, lo cierto es que se ha preferido, en unos casos, desempolvar los terribles arsenales acumulados en largos años de guerra fría; en otros, probar nuevo material, no utilizado hasta ahora y experimentado sólo a nivel teórico o de laboratorios. Cualquier cosa menos contribuir a sacar de la miseria a la mayoría de la población del planeta.

LOS QUE YA ESTAN PAGANDO LA FACTURA

En segundo lugar, si nos olvidamos, que ya es decir, del uso alternativo de ese despilfarro belicista, hay que valorar las destrucciones que se han producido principalmente en Iraq, pero también en Kuwait, y en muy menor medida en Jordania, Líbano, Arabia e Israel.

Si los daños materiales son injustificables en países que están, exceptuando el caso de Israel y en cierta forma Kuwait, por debajo de un necesario desarrollo económico, industrial, urbanístico, de infraestructuras sociales, etcétera, en el caso de Iraq supone lisa y llanamente el hacer retroceder a un país que había hecho un esfuerzo en las dos últimas décadas de modernización y desarrollo, a un nivel de subdesarrollo importantísimo.

Al igual que sucedió en Vietnam, Laos y Camboya, y a pesar de esas falsas coartadas de los blancos selectivos, la realidad es que las decenas de miles de bombardeos, superiores a los acaecidos en la Segunda Guerra Mundial, han producido un daño económico a Iraq del que tardará largos años en salir.

Es posible que en un futuro, y sobre ello volveré después, se plantee por las potencias occidentales un cierto plan de ayuda a la reconstrucción de Iraq. Pero

también tenemos la experiencia del sudeste asiático, en el que, a pesar de las simbólicas ayudas norteamericanas, hoy, más de quince años después de finalizada la guerra, la economía vietnamita sigue sin recuperarse de los terribles efectos destructores de los bombardeos norteamericanos.

Como también habría que evaluar los costes económicos del petróleo destruido en Kuwait, que si bien hoy está en manos de familias oligárquicas o de empresas multinacionales, es una fuente de riqueza del pueblo árabe, que ha sufrido igualmente una tremenda pérdida, por no hablar de los efectos ecológicos que ello ha tenido y que sin duda persistirán durante tiempo.

Pero la guerra no sólo ha destruido un país y dañado otros. Hay que contabilizar las consecuencias en términos de incremento del paro, de enfermedades, de retrocesos en la educación, de desarticulación de redes comerciales, etcétera. Sin olvidarnos de otras cuestiones muy concretas, como las consecuencias salariales para los palestinos encerrados en los guetos de los territorios ocupados, sometidos a permanentes estados de excepción, o los cientos de miles de emigrantes egipcios en Iraq, que ahora tendrán que regresar a su país, donde tampoco encontrarán trabajo.

Y no sólo los escenarios directos de la guerra han sufrido esos retrocesos en términos económicos. Todo el norte de Africa se ha visto afectado, de una u otra forma, por los efectos bélicos. En unos casos, como Egipto, Túnez o Marruecos, por la caída en picado del turismo occidental, fuente importante de divisas, imprescindibles para el comercio de estos países subdesarrollados. En otros y en especial Argelia, por el inmediato retraimiento de la inversión extranjera, con las evidentes consecuencias para sus

objetivos de desarrollo económico.

Si la parte esencial de la factura económica de la guerra la van a pagar las masas populares árabes y en especial las iraquíes, también las clases populares de la coalición agresora van a sufrir los efectos de la misma.

Para empezar, podríamos hablar de los nuevos recortes en los Programas Sociales de los Presupuestos Norteamericanos, ya bien deteriorados tras ocho años de mandato reaganista. En Estados Unidos van a pagar la factura los «hombres», los sin casa, que se van incrementando día a día; las ayudas sociales a las minorías raciales, que son precisamente las que aportan una parte sustancial de los soldados destinados al golfo; los programas de lucha contra la droga, el Sida y la marginación social.

Tampoco habría que desdeñar los efectos psíquicos de la guerra en los ex combatientes, con sus posibles consecuencias de desarraigo social, problemas de readaptación laboral, etcétera, que podría llevar a bastantes de ellos, más allá de la parafernalia patrioterica de las primeras semanas, a la expulsión, antes o después, de muchos de estos jóvenes del sistema productivo, con todo lo que ello supone. Y de nuevo podemos referirnos, aunque las características sean bien distintas, a la experiencia de la guerra de Vietnam, con los miles de veteranos paseando su odio, su marginación o su desesperación por las calles de Norteamérica, ante la indiferencia de las autoridades y de sus conciudadanos.

Otro coste difícil de evaluar, pero que básicamente pagarán soldados pertenecientes a las clases populares.

Y junto a esto, los efectos de acentuación de la recesión que la guerra está provocando en determinados sectores de la economía norteamericana, con las repercu-

siones de aumento de parados o de deterioro de las condiciones de trabajo y salario, y ya estamos asistiendo a despidos en actividades como la turística, agencias de viajes, compañías aéreas, etcétera.

Los restantes países de la coalición también tienen una factura importante. En unos casos, como Gran Bretaña, Italia, Francia, con gastos derivados de su propia intervención militar directa. En otros, como Alemania y Japón, pagando el canon que les ha impuesto EE.UU. y que supone una importantísima cifra de miles de millones de dólares.

En estos dos últimos casos ya se han adoptado medidas fiscales, con inmediatas subidas de los impuestos para sufragar ese canon, denunciadas por los sindicatos y la oposición política. Y esto también va a repercutir desfavorablemente, en lo que se refiere a Alemania, en las inversiones en la antigua RDA.

Todo ello en un contexto económico, no lo olvidemos, en el que se estaban produciendo síntomas crecientes de repunte de la inflación, de recesión, de aumentos del paro y de recortes de gastos sociales.

También se han producido claros movimientos especulativos en el precio de los productos derivados del petróleo, en el que las sucesivas variaciones de los precios pagados por las grandes compañías no han llevado el mismo compás en la evolución de los precios pagados por los usuarios.

Por último, podríamos referirnos a los efectos negativos que las oscilaciones de las Bolsas, con bruscas caídas y ascensos, han podido producir a sectores de pequeños inversores.

LOS BENEFICIARIOS DE LA GUERRA

Pero si ha habido un sector de la población Occidental y del ter-

cer mundo que está pagando la factura, hay otros claros beneficiarios de la guerra. Y no se trata sólo de analizar el cambio en la correlación de fuerzas mundial, la derrota política del tercer mundo o el reforzamiento global del sistema capitalista y muy en especial de los Estados Unidos, aspectos cuyas consecuencias se harán sentir en los próximos años. Es que en lo concreto ha habido beneficiarios contantes y sonantes.

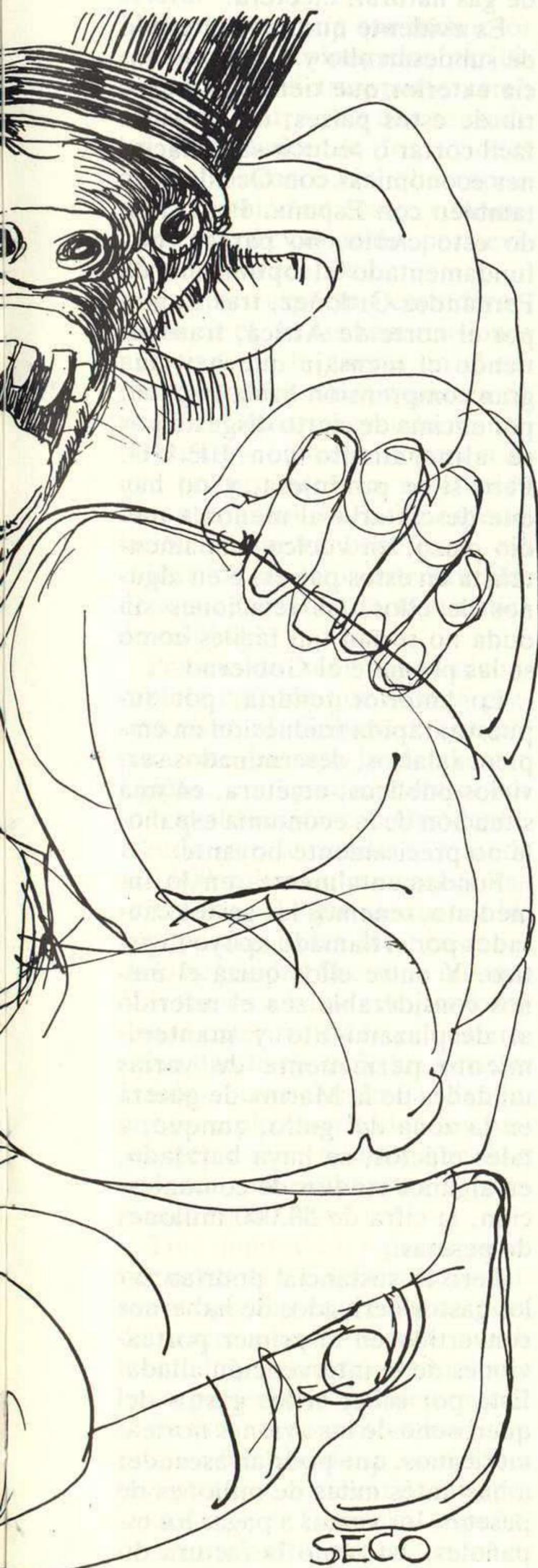
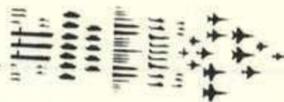
Para empezar, tenemos a la poderosísima industria militar y sus derivados, que en un período que se aventuraba sombrío para ellos, tras el final de la guerra fría y la atenuación de importantes conflictos bélicos locales como los del Chad, Angola y Mozambique, Líbano o Afganistán, han conseguido que se vacíen los almacenes de material militar y que incluso se hayan abierto unas importantes expectativas de nuevas producciones.

Solamente la reposición de los miles de millones de toneladas de bombas lanzadas, superiores a la Segunda Guerra Mundial y a toda la guerra del Vietnam, pueden suponer una especie de «contrato del siglo» para la industria armamentística.

Por supuesto ha cambiado, nuevamente, la tendencia que lentamente se estaba abriendo camino en los últimos tiempos, tras la disolución del Pacto de Varsovia, de recortar gastos militares o por lo menos congelarlos. Y ya en todos los países implicados y muy en especial en los países Arabes coaligados contra Iraq, en Israel y, desde luego, en los Estados de la OTAN, se están levantando importantes e influyentes voces exigiendo reforzar los gastos militares y seguramente uno de los primeros encargos que hará el repuesto emir feudal de Kuwait será, precisamente, de sofisticado armamento.

El propio programa norteamericano de la Guerra de las Ga-





laxias, frenado en los últimos años, sin duda conocerá un relanzamiento, tras los buenos resultados de los misiles Patriot frente a los Scud.

Además, la guerra, como ya he comentado antes, ha sido una gigantesca mesa de pruebas, donde se han experimentado en vivo y en directo muchos de los avances del armamento militar de los últimos años.

Lógicamente, las experiencias de la guerra habrán abierto «nuevas ideas» para los científicos y expertos de la técnica de la muerte, perfeccionando el material, realizando nuevos «avances» tecnológicos. Los departamentos de ventas y marketing de la industria de la guerra, incluyendo los constructores de bunkers, ya estarán preparando sus maletas para iniciar giras por todo el mundo.

Y junto a la industria militar, tenemos a las grandes compañías multinacionales de la construcción de los servicios, de las telecomunicaciones, que ávidas están contemplando los negocios que se les presentan en la fase de reconstrucción en Kuwait y en Iraq. Ni siquiera tienen el pudor de disimular y ya se habla abiertamente en los medios de comunicación de los planes que tienen y hasta se conocen intentos de reparto del mercado entre los diversos países e intereses económicos.

Y si en Kuwait pronto ofertarán a los emires reconstruir las autopistas en el desierto, los lujosísimos hoteles y palacios, en Iraq impondrán unas condiciones leoninas, contribuyendo a aumentar aún más el déficit exterior y la deuda de este país.

La tercera gran beneficiaria de la guerra es toda la industria ligada al petróleo. A lo ya conseguido con los aumentos de los precios en estos seis meses, que, como ya he indicado, no guardan paralelo a las oscilaciones de los costes, se añade las buenas pers-

pectivas que se vislumbran tras el acogotamiento de Iraq, y la advertencia que ello conlleva a todos los países productores que sean díscolos a las directrices de Estados Unidos y de sus aliados.

Presumiblemente, a partir de ahora el petróleo será bastante más barato, y esa sustancial caída contribuirá a frenar los riesgos de recesión en Occidente, disminuyendo la inflación, al abaratar relativamente los precios energéticos. Y aunque de esta operación saldrán beneficiados los consumidores de los grandes países occidentales, y esa era una justificación más o menos explícita de la guerra, sin duda alguna también tendrán importantes beneficios las compañías multinacionales del sector.

EL REFORZAMIENTO DEL PODER NORTEAMERICANO

A la par que estos beneficiarios sectoriales, se va a producir con carácter más general un serio intento de reajuste dentro de la correlación de fuerzas del sistema capitalista, a favor de los Estados Unidos.

Efectivamente, el imperio norteamericano había iniciado una lenta pero perceptible decadencia a lo largo de la década pasada, empezando a perder la batalla tecnológica, frente al Japón, la RFA y los países de la llamada cuenca del Pacífico. Y como muy bien estudiaron en su día algunos analistas, como Wallerstein o nuestro conocido Ludolfo Paramio (antes, claro está de convertirse en un pragmático miembro de la Comisión Ejecutiva del PSOE), la pérdida de la hegemonía tecnológica es la antesala para la pérdida del poder político y militar de los imperios.

El propio proceso, contradictorio pero irreversible, de integración de la Comunidad Europea, con el papel destacado de una potente Alemania reunificada, está

suponiendo graves interrogantes sobre las perspectivas futuras de los Estados Unidos.

Está claro que los procesos de decadencia imperial son largos y complejos, y en este caso tampoco se vislumbra, como ha sucedido en otros períodos históricos, un imperio emergente, aunque éste bien podría adoptar formas nuevas, de una coalición de Estados, bien en el Pacífico o bien la propia Comunidad Económica Europea.

Pero sin duda, los Estados Unidos van a intentar pasar su factura, planteándose equiparar su hegemonía política y militar actual, claramente reforzada tras la guerra y el desmoronamiento de la URSS, a su hegemonía económica, invirtiendo o al menos deteniendo el proceso de decadencia.

Las pretensiones de obstaculizar el camino de la integración europea, o las reflexiones que en algunos sectores norteamericanos se están haciendo sobre la conveniencia de que se siga manteniendo por mandato constitucional un reducido gasto militar en Japón y Alemania, con el juego que ello les permite para desarrollar su industria civil, van en la misma dirección: acompañar el poder económico al político y militar.

Que consigan o no esos objetivos de retomar la hegemonía económica, dificultando la unidad europea y poniendo obstáculos de carácter proteccionista, intercambios comerciales, inversiones, etcétera, al Japón y a otros países del Pacífico, es algo que está por ver y se puede pensar que es un intento vano, al menos a largo plazo. Y aunque en estos momentos hay sin duda un frenazo en los procesos de integración europea, especialmente en el terreno político y no digamos social, la integración económica, quizá modificando algo los plazos y tras asimilar el nuevo papel de Alemania, es algo ya imparable.

Hay quienes incluso prevén

que a principios de la próxima década, EE.UU. será tan sólo una potencia regional. Pero en cualquier caso, sea cual sea el discurrir de la historia, en lo inmediato parece claro que los Estados Unidos no se van a resignar a ser tan sólo el gendarme mundial del sistema, en provecho de todos los demás. Por el contrario, van a conseguir, al menos temporalmente, ventajas económicas concretas en su propio beneficio, a costa en la mayoría de los casos del tercer mundo, pero también de Europa, del Japón y del Pacífico.

NUESTROS análisis no son producto de ideas preconcebidas, ni mucho menos de concepciones novelísticas de la historia, como ahora dice el señor Semprún. Para quien tenga dudas, ahí están las reacciones fulminantes de uno de los instrumentos más sensibles del sistema: las Bolsas

LA FACTURA ESPAÑOLA

Aunque a lo largo de estos meses se nos ha intentado convencer desde el Gobierno y sus aliados que comparativamente España ha salido bien librada de esta crisis, lo que si bien es cierto en términos de costes humanos, sin embargo en el terreno de la contribución económica, las cosas no están ni mucho menos tan claras.

En estos momentos se ciernen algunos nubarrones en nuestras relaciones comerciales con el mundo árabe y en primer término con el Magreb. Ya veremos qué pasa con nuestras inversiones en construcción o en equipamientos e infraestructuras, con las ventas de bienes de equipo,

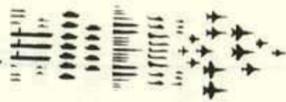
con las autorizaciones a compañías energéticas, los suministros de gas natural, etcétera.

Es evidente que, por el grado de subdesarrollo y de dependencia exterior que tienen la mayoría de estos países, no les sería fácil cortar o reducir sus relaciones económicas con Occidente y también con España. Pero siendo esto cierto, no parece muy fundamentado el optimismo de Fernández Ordóñez, tras su gira por el norte de África, transmitiendo el mensaje que hay una gran comprensión hacia España, por encima de cierto disgusto por su alineamiento con EE.UU. Pero si se produjera, y no hay que descartarlo al menos a medio plazo, un vuelco fundamentalista en estos países, o en algunos de ellos, las relaciones sin duda no serían tan fáciles como se las promete el Gobierno.

Lo anterior tendría, por supuesto, rápida traducción en empleo, salarios, determinados servicios públicos, etcétera, en una situación de la economía española no precisamente boyante.

Fundamentalmente, en lo inmediato, tenemos los gastos causados por el llamado apoyo logístico. Y entre ellos quizá el menos considerable sea el referido al desplazamiento y mantenimiento permanente de varias unidades de la Marina de guerra en la zona del golfo; aunque, a tales efectos, se haya barajado, en algunos medios de comunicación, la cifra de 50.000 millones de pesetas.

Pero lo sustancial podrían ser los gastos derivados de habernos convertido en el primer portaa-viones de la intervención aliada. Está por saber si los gastos del queroseno de los aviones norteamericanos, que podrían ascender a bastantes miles de millones de pesetas, los vamos a pagar los españoles, así como la factura difusa pero real de otros gastos de mantenimiento, de material, transporte, salarios de equipos



técnicos españoles, utilización de instalaciones y un largo etcétera.

También habría que incluir los evidentes y prolongados perjuicios que en el transporte aéreo civil de nuestro país han causado las prioridades de los aviones norteamericanos, lo que representa también un coste económico de difícil evaluación, pero evidente en su realidad.

Hay otro aspecto a considerar, como es el de las repercusiones negativas de la guerra en el turismo español, sector que ya de por sí estaba atravesando un mal momento, como consecuencia de una política errónea mantenida durante largos años, de especulación y rápidos beneficios, sin cuidar los aspectos estructurales de una adecuada oferta turística de calidad.

Por último, tenemos el inconcebible dato de que se está presionando al Gobierno español para que cancele la deuda con Egipto, en agradecimiento por su leal alineación con Occidente. Deuda que asciende a más de 120.000 millones; para tener una referencia, el equivalente a subir tres puntos todas las pensiones de la Seguridad Social en un año. Y si vamos a hablar de perdonar deuda externa, tendrían que empezar dando ejemplo los Estados Unidos, cancelando la deuda, por ejemplo, con todos los países del tercer mundo que han apoyado sus propuestas y posiciones en la ONU.

Tras numerosas y persistentes negativas de EE.UU. y otros países a cancelar la deuda externa del tercer mundo, resulta moralmente impresentable presionar a otros países para que den un trato de favor a determinados Estados, en función de su sumisión a los intereses occidentales. Esperamos que el Gobierno español no acepte participar en tan insultante aplicación de la ley del embudo.

Pero en España también hay

quienes se sitúan en el lado de los beneficiarios. Desde quienes han estado surtiendo de material militar a los países en guerra e incluso han eludido el bloqueo a Iraq, hasta los beneficios inesperados que han tenido las compañías energéticas, en un año como 1990, en el que por el descenso de las ventas de automóviles, se presentaba como negativo para el sector. Pues no lo ha sido, sino que mientras los ciudadanos hemos tenido que pagar más cara la gasolina, el gasóleo o el butano, estas empresas han tenido positivas cuentas de resultados.

AL igual que sucedió en Vietnam, Laos y Camboya, y a pesar de esas falsas coartadas de los blancos selectivos, la realidad es que las decenas de miles de bombardeos, superiores a los acaecidos en la Segunda Guerra Mundial, han producido un daño económico a Iraq del que tardará largos años en salir

Y hay también compañías españolas que ya están al tanto, por lo que pudieran pillar en las operaciones de reconstrucción.

EL CAPITALISMO NO HA CAMBIADO

Y hay una reflexión final.

Es evidente que desde sectores de progresistas reconvertidos, y no hay más que oír o leer algunos de ellos, se nos tacha de marxistas arcaicos o de gentes obsesionadas con una visión maniquea de la realidad. Es más, tras la crisis de los sistemas del Este de Europa, puede haber una cierta tendencia a mirar el sistema capitalista con mejores ojos, que influya incluso a los inasequibles al desaliento. Pero la rea-

lidad, desgraciadamente, es tozuda.

Nuestros análisis no son producto de ideas preconcebidas, ni mucho menos de concepciones novelísticas de la historia, como ahora dice el señor Semprún. Para quien tenga dudas, ahí están las reacciones fulminantes de uno de los instrumentos más sensibles del sistema: las Bolsas. Las subidas espectaculares e inmediatas de todas ellas al día siguiente del inicio de la guerra, su ralentización e incluso descenso tras la prolongación de la misma o las nuevas alzas tras el comienzo de las operaciones por tierra.

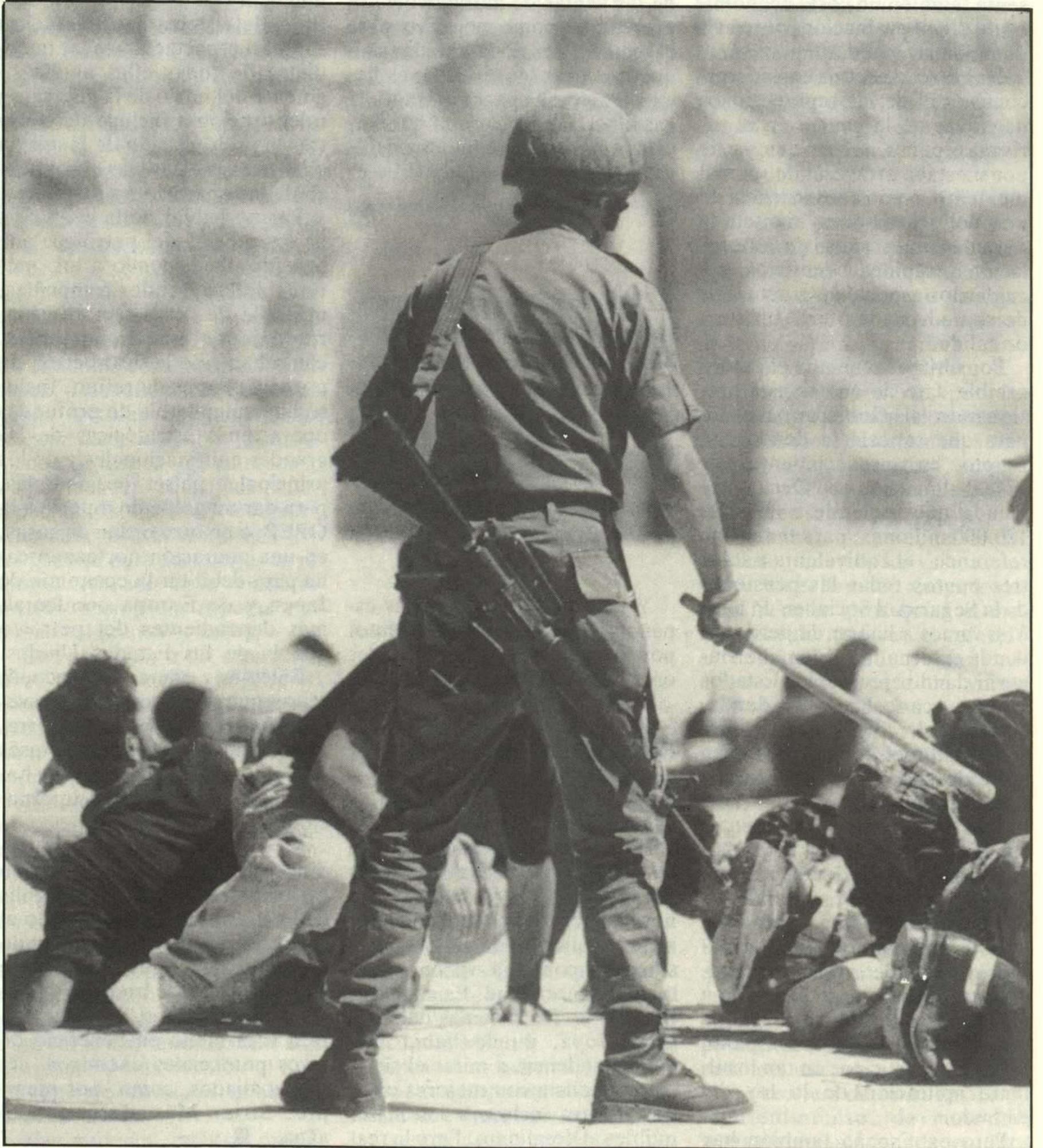
Por no hablar de la evolución de los precios del petróleo, que han ido obedeciendo a los intereses de las grandes compañías, más allá de otros factores aparentemente más importantes, como han sido la destrucción de pozos y plantas de refino. Incluso hay quien habla de profundas operaciones estratégicas de las grandes multinacionales y de los principales países occidentales, para dar un golpe de muerte a la OPEP; o en otro orden de cosas, en una operación norteamericana para debilitar la economía de Japón y de Europa occidental, más dependientes del petróleo que la de los Estados Unidos.

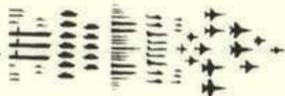
Cálculos y operaciones económicas que, una vez más, desvelan el carácter de esta guerra, por encima de esas bonitas frases de Felipe González acerca de hacer respetar el derecho internacional.

Pero quizá, como ya ha sucedido en otras ocasiones, quien mejor ha resumido el intríngulis de la guerra del Golfo ha sido el señor Henry Kissinger, cuando decía que había que dar un serio golpe al poder de Iraq, pero dentro de unos límites, no se les fuera a ir la mano en beneficio de otros potenciales enemigos, actuales aliados, como, por ejemplo, Siria. Más claro que el agua. ■

EL PAPEL DE ISRAEL EN EL ORIENTE MEDIO

José María Laso Prieto





UN factor que no se puede desconocer, en cualquier análisis riguroso del conflicto que ha desencadenado la guerra del Golfo Pérsico, es el constituido por la función distorsionante que el Estado de *Israel* ejerce sobre la situación política en el Oriente Medio. En consecuencia, no puede sorprender que pocos días después de la ocupación de *Kuwait*, por tropas iraquíes, *Sadam Husein* vinculase su retirada a la de una operación similar por parte de las fuerzas israelíes de los territorios árabes ocupados ilegalmente desde 1967. Concretamente, el 12-8-90 el presidente de Irak propuso un plan de paz global para el Oriente Medio que ligaba la retirada del ejército iraquí de *Kuwait* a la sustitución de las tropas norteamericanas situadas en la zona (Arabia Saudita y los emiratos del Golfo) por una fuerza árabe que no incluyese tropas egipcias, así como al fin de la ocupación de *Cisjordania*, *Gaza*, sur del *Líbano* y alturas del *Golán*, y a la salida del ejército sirio del territorio libanés. Es evidente que, cualquiera que fuese la intención de *Sadam Husein* al formular este plan, podía haber servido de base para una negociación que no se limitase al retorno a la situación anterior. No es menos obvio que, de haberse aceptado tan justas y racionales reivindicaciones árabes, el ejército iraquí se habría visto obligado a retirarse de *Kuwait*. Sin embargo, el Gobierno de EE.UU., siempre propicio a efectuar el «linkage» (de «to link»: conexionar, enlazar, etcétera) de problemas internacionales, en este caso rechazó rígidamente toda vinculación entre el conflicto del Golfo y las actuaciones del Estado de *Israel*. Rechazo vano, por otra parte, y no sólo por razones históricas, ya que *Sadam Husein* está cumpliendo su amenaza de considerar a *Israel* beligerante en la agresión que desde el 17 de enero está sufriendo *Irak*. En todo caso, cualquiera que pueda ser la reacción definitiva de *Israel*, ante los misiles que regularmente las tropas iraquíes lanzan contra su territorio, nadie puede seriamente negar el condicionamiento negativo que la actuación del Estado de *Israel* ejerce sobre la situación general en el Oriente Medio. Condicionamiento que tiene ya su origen en el desarrollo del movimiento sionista, antes incluso de la fundación del Estado de *Israel* en 1948.

Sionismo y antisemitismo

En su obra «El sionismo, una forma del imperialismo», *Joaquín Bollo Muro* precisa bien los orígenes del sionismo religioso y del sionismo político, así como su íntima relación con el antisemitismo. Así, según puntualiza Bollo, «la Tierra Santa, poder alcanzar *Sión*, simbolizaba las esperanzas espirituales de los judíos creyentes diseminados por el

mundo y era, por así decirlo, su único lazo de unión. Todas sus plegarias iban encaminadas a la reconstrucción del Templo de Jerusalén. En este sentido religioso se puede decir que el sionismo, esto es, llegar a *Sión*, ha constituido una aspiración básica de su religión, al igual que conquistar el paraíso lo ha sido para la cristiana. Sin embargo, a finales del siglo XIX este sionismo religioso tomó un aspecto político como consecuencia de la oleada de antisemitismo que padeció Europa y que acompañó el auge del moderno imperialismo. El sionismo político se planteó, desde su iniciación, la creación y la existencia de un Estado judío» (1).

Ahora bien, en sentido riguroso, los judíos no han constituido nunca una nación. Históricamente lo único que ha existido son comunidades judías insertadas en diversos Estados y cuyo fundamental rasgo diferenciador era la práctica de ritos religiosos diferentes de los de la mayoría de la nación de la que formaban parte. En ese sentido, ser judío constituye, esencialmente, una categoría religiosa y no política ni cultural. Inicialmente se daba el nombre de «judíos» a los miembros de la tribu de Judá, que se establecieron en la zona sur de la actual Palestina, dos milenios antes de nuestra era, y que vivieron allí hasta la conquista de su territorio por el Imperio romano. En el año 70 de nuestra era, el emperador Tito destruyó su capital, Jerusalén, y 130 años después el emperador Adriano les expulsó de Judea y comienza la Diáspora que les ha dispersado por diversos países. Durante todo ese amplio período, los judíos sólo gozaron de autogobierno unos 150 años y el resto formaron parte de otros Estados. En la diáspora el único elemento aglutinante fue de nuevo la religión, pues era imposible establecer una identidad biológica determinada. Sectores relevantes de las comunidades judías no son étnicamente semitas, así, por ejemplo, los askenazis de Europa oriental o los judíos procedentes de Etiopía. Otros sectores se integraron totalmente en las poblaciones donde se insertaron. En ese sentido, como ya señaló *Marx*, el judaísmo ha sobrevivido «no ya a pesar de la historia, sino durante la historia y a través de la historia».

En esa supervivencia, además del ya citado factor religioso, ha pesado otro derivado de la discriminación que sufrieron a consecuencia del ejercicio de sus creencias religiosas. Por no ser cristianos se les prohibió el desarrollo de las actividades profesionales nobles. A su vez, la prohibición por la Iglesia, a sus fieles, del préstamo con interés —que era considerado usura— hizo de los judíos los representantes de una economía monetaria en un contexto económico en que predominaba una economía natural. Ese factor de supervivencia fue también de aislamiento. Así lo describe *Bollo Muro* en su perspicaz descripción de los orígenes del sionismo: «Lo que aisló a los judíos fue que significaban

la economía de mercado dentro de la economía natural. Ese carácter de mercaderes que tuvieron la mayoría de los judíos fue lo que hizo que al pasar la Europa cristiana del feudalismo al capitalismo, pasara en cierto modo a ser judía, esto es a judaizarse, en cuanto a que los judíos constituían la representación humana visible de un nuevo sistema económico. Para Marx, el judaísmo no era sino un reflejo de la forma de pensar burguesa y, por eso, su ideal no era la igualdad de judíos y gentiles en una sociedad capitalista cuya forma de vida se basaba en las actividades que, originalmente, habían desempeñado los judíos de manera fundamental, actividades que, por otra parte, desarrollaron debido a los prejuicios religiosos que les impidieron desempeñar otras (...). Y el modo de vida burgués lo representaban más que nadie los judíos. Esta es la razón de la importancia que empiezan a cobrar, como poseedores de los recursos financieros, para los monarcas europeos empeñados en doblegar el poder de la nobleza y crear así las nacionalidades modernas (...). Probablemente si el antisemitismo, derivado de factores religiosos y de los económicos señalados, no hubiera tenido unas raíces tan profundas en la civilización cristiano-europea, las comunidades judías habrían sido asimiladas. Uno de los factores que ha dado vida una y otra vez al judaísmo ha sido la hostilidad del medio ambiente» (2).

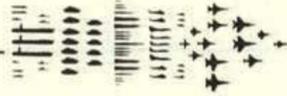
El tránsito del sionismo religioso al sionismo político se produce como consecuencia del auge del antisemitismo. Este se recrudeció mucho en Alemania en 1880. El mismo año tuvieron lugar en Rusia distintos «progroms» antijudíos. Bajo su impacto se celebró en *Katowice* (noviembre de 1884) la primera conferencia sionista. En ella se aprobaron los principios de una organización que acabaría distorsionando toda la situación del Oriente Medio. Ya entre 1870 y 1896, *Moses Montefiori* y el barón de *Rothschild* se dedicaron a fundar colonias judías en Palestina. Asimismo, las pasiones suscitadas por el «affaire» *Dreyffus* hicieron de un periodista vienés, instalado en París, *Teodoro Herzl* (1860-1904), un apasionado defensor de la causa sionista. En 1879, *Herzl* presidió en *Basilea* el primer congreso sionista. Nace así el sionismo político que halla su expresión teórica en los libros «Autoemancipación» (1882) de *León Pinsker* y «El Estado judío» (1896) de *Theodor Herzl*. Según su primera definición congresual, «el objetivo del sionismo es crear para el pueblo judío una patria en Eretz Israel reconocida por el Derecho Internacional». Para *Herzl* y muchos de sus seguidores, la ubicación geográfica de ese Estado judío no tenía importancia. Consideraba igualmente aceptables Argentina que Palestina y trató de que fuera aceptado un ofrecimiento británico para que se estableciera en Uganda. Empero, para otros sionistas, principalmente

de Europa oriental, un Estado judío sólo podía existir en Palestina. Así, para *David Ben Gurión*, la base del Estado judío en Palestina «se encuentra en la idea mesiánica de la redención del pueblo judío y de toda la humanidad». Ello «constituye el alma de las profecías judías, en todas sus formas y metamorfosis hasta la actualidad y constituye el secreto de la devoción del judaísmo mundial hacia el Estado de Israel». (Discurso en el XXV Congreso Sionista Mundial de 25-XII-1960.)

El sionismo no constituye sólo una ideología, sino que es también un movimiento organizado a escala mundial. Así, en su XXIII Congreso, celebrado después del nacimiento del Estado de Israel, se definió su objetivo: «La tarea del sionismo consiste en la consolidación del Estado de Israel, el reagrupamiento de los exiliados en Eretz Israel y el fortalecimiento de la unidad del pueblo judío». De ahí que pueda considerarse a *Israel* como la madre patria de *todos* los judíos, a la que debe volver «la totalidad de la nación judía del mundo, diseminada por la diáspora». Empero nunca todos los judíos han sido, o son, sionistas. Ese fue el caso de *Marx*, que en su trabajo juvenil «La cuestión judía» («Zur Judenfrage») negó la necesidad de una emancipación específicamente judía. *Marx* afirmó rotundamente que el problema de la liberación de los judíos carecía de una solución independiente, pues todos los esfuerzos debían dirigirse a emancipar al conjunto de la sociedad del capitalismo. Una vez destruido el poder capitalista, todos los componentes de la sociedad, incluidos los judíos, disfrutarían de los mismos derechos políticos y sociales. Ese es también el caso del gran biógrafo de *Trotsky*, *Isaac Deutscher*, quien finaliza así su ensayo «El judío no sionista»: «Espero que, junto con otras naciones, los judíos se den cuenta de lo inadecuado que es el concepto de la nación-estado y sean capaces de captar la herencia moral y política de los judíos que han ido más allá del judaísmo: el mensaje de una emancipación humana universal» (3). Es igualmente el caso de muchos luchadores judíos antifascistas, intelectuales, etcétera, y el del ex canciller austríaco *Bruno Kreisky*, decidido defensor de la causa del pueblo palestino.

La fundación del Estado de Israel

No obstante, la colonización judía financiada por *Rotschild*, la población de Palestina estaba compuesta en 1918 por 599.000 árabes y 67.000 judíos. Respecto a la propiedad de la tierra, sobre 2.632.302 hectáreas disponibles, 65.000 pertenecían a los judíos (4). Durante el mandato británico sobre Palestina (1918-48), la población judía pasó del 11 al 31 por 100. Como en otros casos de descolonización, la explicación del fenómeno radica en



En general, los dirigentes sionistas de Israel han tratado de basar la seguridad de su país en una política de agresivo expansionismo en relación con los pueblos árabes, que han colocado a Israel junto a las fuerzas del imperialismo de manera especialmente directa en el Oriente Medio, donde la participación israelí en apoyo de las fuerzas más reaccionarias de los países árabes ha sido constante

el doble juego británico. Durante la Primera Guerra Mundial (1914-18), Gran Bretaña trató de obtener el apoyo de árabes y judíos en su lucha contra los imperios centrales y su aliado turco. Las promesas de independencia formuladas a los árabes por el coronel *Lawrence* fueron doblemente traicionadas por los acuerdos secretos *Sykes-Picot* (1916) y la Declaración *Balfour* (1917). En aplicación de los acuerdos, franceses y británicos se repartieron Siria, Líbano, Palestina, Iraq y Transjordania, bien en forma de mandato de la Sociedad de Naciones o de monarquías dependientes. Mediante la Declaración *Balfour*, el Gobierno británico se comprometía a apoyar «un hogar nacional judío en Palestina», reconociendo la existencia de una nacionalidad judía, distinta de la árabe, en la región. Bajo el mandato británico se produce una masiva emigración judía hacia Palestina, especialmente al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Esta última emigración, apoyada por la simpatía general suscitada por los supervivientes del holocausto nazi. Naturalmente, también con la oposición de los palestinos que eran gradualmente despojados de las mejores tierras por la superioridad financiera de los sionistas. En los últimos años de su mandato, el Gobierno británico restringió fuertemente la emigración judía a Palestina e intentó dilatar la creación de un Estado judío independiente. Como consecuencia, el terrorismo sionista —que ya venía actuando contra la población palestina— atacó sistemáticamente a las tropas británicas hasta culminar en la voladura del Hotel Rey David (Cuartel General británico en Palestina) causando centenares de víctimas. En 1947, los británicos decidieron poner fin a su mandato, bajo el pretexto de que la situación existente en el territorio les impedía ejercerlo. Su representante en la ONU se abstuvo de votar la resolución de 29-11-1947, que establecía la

partición de Palestina en un Estado judío y otro árabe. La esperanza británica radicaba en que la partición resultase imposible a causa del antagonismo entre judíos y árabes. Ante el caos que ello produciría, no sería difícil que la ONU decidiese prolongar su mandato. Para *Joaquín Bollo*, tras la actitud británica se ocultaba un enfrentamiento entre británicos y norteamericanos por el control del petróleo de la región. Así se explica que fuera Gran Bretaña la que impulsara a los Estados árabes a atacar a Israel, cuando éste se proclamó Estado independiente el 14 de mayo de 1948. No se debe olvidar que entonces tales Estados árabes estaban controlados por los británicos y sus ejércitos comandados por oficiales del Imperio.

Por otra parte, el terrorismo sionista se agudizó a comienzos de 1948, ante la perspectiva de que el plan de partición de la ONU diese lugar a la fundación de un Estado árabe palestino. Como ello suponía un obstáculo para la realización del proyecto sionista del «Gran Israel» —de dimensiones muy superiores al propuesto por la ONU—, ningún medio dejó de utilizarse para sabotear la formación de ese Estado árabe. El terrorismo alcanzó su máximo nivel mediante la actuación de organizaciones sionistas especializadas en el ejercicio del terror: «Haganá», «Irgun Tz-vai Leumi», «Stern», «Palmah», etcétera. Sólo entre diciembre de 1947 y febrero de 1948 estos grupos terroristas cometieron más de dos mil agresiones armadas contra civiles árabes, para obligarles a abandonar sus hogares. En la noche del 10 de abril de 1948, los grupos terroristas «Stern» e «Irgun» asaltaron el poblado árabe de *Deir Yassin* y exterminaron a sangre fría a todos sus habitantes, comprendidos ancianos y niños. En total, 254 personas. El terrorista *Menahem Beguin* —posterior primer ministro de Israel— justificó la matanza en estos términos: «Esta hecatom-

be estaba más que justificada. Sin la victoria de Deir Yashin no habría habido Estado de Israel». Con la creación, por tales métodos, del Estado de Israel se originó un conflicto en el Oriente Medio que todavía dura y que ha convertido en apátridas a casi un millón de palestinos. Más del 70 por 100 de la población palestina quedó sin hogar. Así surgió el problema de los refugiados palestinos —y en un plano más amplio—, el problema del pueblo palestino. Pueblo privado de los derechos más elementales y, ante todo, del de vivir sobre su tierra ancestral.

El Estado de *Israel* nació como consecuencia de la resolución n.º 181 (II), aprobada el 29-11-1947 en la Asamblea General de la ONU por 33 votos a favor, trece en contra y nueve abstenciones (5). La reacción armada de los Estados árabes fue derrotada por la superioridad técnica que las fuerzas israelíes consiguieron gracias a la ayuda de los EE.UU. Los armisticios firmados en Rodas, en 1949, pusieron fin a esta primera fase de la contienda. Desde el punto de vista político, el tipo de Estado previsto por la resolución 181/II de la ONU nada tenía que ver con el establecido por el sionismo, destinado exclusivamente a los judíos, sin tener en cuenta la existencia de la población árabe. Por el contrario, los representantes del pueblo palestino propugnaron siempre un Estado democrático y laico donde judíos y árabes pudiesen convivir pacíficamente. Según el departamento de Información de la OLP, «los palestinos, después de haberles impedido erigir su propio Estado en 1948, se dividieron en dos grupos: el primero comprende los palestinos que viven sobre la tierra palestina. Representan la mayoría de la población de Galilea en Israel (60 por 100 actualmente) y del sector de Gaza administrado por las autoridades egipcias al principio y luego en colaboración con una Asamblea Legislativa de la zona. Esta administración ha funcionado hasta la ocupación del sector por las fuerzas israelíes en 1967. Este primer grupo comprende también los palestinos instalados en Cisjordania que fueron totalmente sometidos a la administración hachemita. El segundo grupo, comprende los refugiados o los emigrados; los que se han dispersado en los países árabes vecinos: Jordania, Siria, Egipto y Líbano. Un cierto número de estos refugiados, después reemigraron a otros países árabes en busca de trabajo» (6).

La función estratégica de Israel

La relevancia estratégica del Oriente Medio tiene una tradición milenaria. Sus tierras sufrieron las grandes emigraciones de pueblos y fueron el objetivo de los más destacados conquistadores. Y no sólo por la riqueza natural del denominado «cre-

ciente fértil», sino también por constituir la encrucijada donde confluyen Europa, Asia y África. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los británicos priorizaron su control por la relevancia que tenía para las comunicaciones de su Imperio. El proceso descolonizador de postguerra, y su debilidad económica, les obligó a retirarse. Y ello en el momento en que a su relevancia estratégica se había sumado en el Oriente Medio la eclosión de su riqueza petrolífera. Al pasar a ser EE.UU. la potencia hegemónica del campo imperialista, ya no era posible controlar el Oriente Medio por los métodos colonialistas tradicionales. Necesitaba un gendarme, o gendarmes, situado en la región. El Irán del Sha desempeñó, en parte, esa misión en las décadas del 60 y 70. *Israel* permanentemente, desde su fundación en 1948. Esa función la refleja muy bien Joaquín Bollo en su obra sobre el sionismo: «Israel nació como un dardo clavado en el centro de los países productores de petróleo, con la misión de actuar de gendarme del imperialismo norteamericano frente a los mismos. Esa función se ha visto coronada por la paz egipcio-israelí, consagrada en los acuerdos de Camp David, y que no son sino un intento desesperado de iniciar una nueva etapa en la forma de controlar el petróleo árabe. Israel nació, ha existido y existirá sólo en cuanto represente y sirva fielmente los intereses del imperialismo» (7). A la misma conclusión llega Abu-El Ezz, delegado de la OLP para España, en su trabajo «El problema palestino», al precisar que «el imperialismo británico pudo implantar el odio antes de retirarse de la India. En el mundo árabe implantó el Estado llamado *Israel* y a consecuencia de ello dispersó al pueblo palestino y separó la parte este del oeste del mundo árabe. Convirtió a *Israel* en el ejecutor de la política colonialista en la zona, de la forma más tremenda que contempla la humanidad a través de la historia» (8).

Al caracterizar la función de *Israel* en el Oriente Medio, no pretendemos situar a todos los israelíes al servicio del imperialismo. No se puede desconocer que en el Estado de *Israel* existen una serie de organizaciones y grupos que se oponen a la política imperialista del sionismo. Entre ellos destaca el «Ha'olam Haza-Koah Hadash», la Unión de la Izquierda Socialista, el Siah (Nueva Izquierda Israelí), el Movimiento por la Paz y la Seguridad, que incluye varios grupos y personalidades. Además, numerosos representantes de la vida universitaria, intelectual y profesional israelí se han manifestado en diversas ocasiones contra la política expansionista de los Gobiernos de Israel. También ha habido manifestaciones públicas de israelíes contra la represión de la *Intifada* y diversos jóvenes se han negado a prestar su servicio militar en los territorios ocupados a los árabes. En todas estas actividades anti-imperialistas ha estado presente el Partido



Comunista de Israel que, por otra parte, es el único partido político israelí que cuenta con el apoyo de parte de la población árabe de *Israel*, hasta el extremo de que el porcentaje de votos árabes que obtiene en las elecciones oscila, por término medio, entre el 30 y el 40 por 100. Crece también en los medios intelectuales de *Israel* el sector partidario de negociar con la OLP el mutuo reconocimiento del derecho a la existencia del Estado de *Israel* y de un Estado *palestino* árabe. Aunque los contactos entre intelectuales israelíes y palestinos han sido reprimidos por el Gobierno de *Israel*, no por ello han cesado. Los repetidos intentos israelíes por destruir, o aislar, a la OLP han fracasado, a pesar de haber adoptado formas tan variadas como la concertación de los acuerdos de Camp David o la invasión del Líbano. En general, los dirigentes sionistas de *Israel* han tratado de basar la seguridad de su país en una política de agresivo expansionismo en relación con los pueblos árabes, que ha colocado a *Israel* junto a las fuerzas del imperialismo de manera especialmente directa en el Oriente Medio, donde la participación israelí en apoyo de las fuerzas más reaccionarias de los países árabes ha sido constante. Sin embargo, esta política ha acabado mellándose ante la resistencia del pueblo palestino. Resistencia que ha revestido formas heroicas en la *Intifada*, contribuyendo a acentuar el viraje de la opinión pública a favor de la causa palestina.

El conflicto del Golfo Pérsico ha contribuido a concienciar a esa opinión pública hacia la comprensión de que no pueden resolverse los problemas del Oriente Medio sin satisfacer las justas reivindicaciones del pueblo palestino.

Para lograrlo, se requiere la celebración de una Conferencia internacional en la que participen todas las partes afectadas. Incluyendo, por supuesto, a *Israel* y a la OLP, única organización que repre-



Aunque los contactos entre intelectuales israelíes y palestinos han sido reprimidos por el Gobierno de Israel, no por ello han cesado. Los repetidos intentos israelíes por destruir o aislar, a la OLP han fracasado

senta legítimamente al pueblo palestino. La resistencia de los Gobiernos de *Israel* y los EE.UU. a la celebración de esa Conferencia, no podrá mantenerse indefinidamente frente a la creciente presión de la opinión pública mundial. El estallido bélico en el Golfo no va a modificar esta situación, cualquiera que sea su desarrollo. Tampoco la explotación demagógica que el Gobierno israelí pretende realizar de su contención frente al impacto de los misiles Scud. No cabe siquiera invocar el derecho a la legítima defensa. La actuación de *Israel* en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza constituye ya una agresión general permanente contra toda la nación árabe. El bombardeo israelí de la planta de refinado de material nuclear de Iraq—en situación no bélica—constituyó una agresión específica contra el pueblo iraquí. En todo caso, al final de las hostilidades actuales habrá que resolver el problema palestino sobre la base del recíproco reconocimiento del derecho a la existencia del Estado de *Israel* y de un *Estado palestino*. ■

NOTAS

- (1) Joaquín Bollo Muro: «El sionismo, una forma del imperialismo». Akal, editor. Madrid 1982, pág. 18.
- (2) Op. cit. pág. 14 y sig.
- (3) Isaac Deutscher: «El judío no sionista». Editorial Ayuso. Madrid 1971, pág. 67.
- (4) Lorand Gaspar: «Historia de Palestina». Miguel Castellote, editor. Madrid 1976, pág. 119.
- (5) Domingo Amuchástegui y otros: «Problemas actuales del mundo árabe». Editorial de Ciencias Sociales. La Habana 1988, pág. 4.
- (6) OLP, departamento de Información: «El pueblo palestino y su derecho a regir su Estado independiente». Madrid 1977, págs. 28 y 29.
- (7) Joaquín Bollo Muro, op. cit. pág. 169.
- (8) Luis Sanz: «Guerra y Revolución en Palestina». Editorial Zero. Bilbao 1976, pág. 135.

BREVES REFLEXIONES SOBRE LA PAZ Y LA GUERRA

Andrés Sorel

1. LA INFORMACION

SE ha dicho tantas veces: una de las mayores virtudes de la democracia es la libertad de expresión, la información absoluta. No deja de ser una falacia. A veces, desinformados, estábamos más informados: cabían interpretaciones, lucha de tendencias, contratos extraoficiales que podían ser más creíbles que los oficiales. Ahora no. La guerra la inicia, en la desinformación, la CNN. Las cadenas de televisión son norteamericanas. Como los reporteros y los analistas. La abundancia de información no contrastada, monolítica, va calando en la gente, introduciéndose en sus pensamientos, manipulando sus opiniones. Algunos medios periodísticos, minoritarios, luchan contra esa atroz mentira: poco pueden hacer frente al control «visual» y los grandes medios oficiales.

Los periodistas, se dice igualmente, no tienen hoy ideología, son imagólogos. No: los periodistas adoptan y transmiten la ideología de la clase en el poder, a ella sirven, y su comunicación tiende a perpetuarla.

Tras destruir, encoger por el terror y las bombas a Iraq, semi-destruirle, la llamada Coalición Internacional decide terminar con él. Y en esa hora, el Pentágono anuncia: censura total. Sólo un pequeño grupo de fieles yanquis, que además son periodistas, pueden «ver» la guerra, no informar sobre ella. La jugada es perfecta. Ahora el silencio. Y después, cuando la guerra acabe, el «montaje» realizado en colaboración

con los generales y la CIA para dar la «versión», única versión que ellos, quieren de lo que la guerra fue. ¿Dónde quedan los adoradores de la galaxia Gutenberg? Y el resto de los informadores, fieles y con la impotencia silenciando sus crónicas, aceptan su papel: eso sí, cuando vuelvan a sus lugares de origen continuarán hablando de las virtudes de las democracias y la libertad de expresión. Vigilándoles, el gran Estado, el gran censor.

2. LA GUERRA

Iraq no es un régimen democrático. Kuwait no sólo no es régimen democrático, ni tan siquiera es país. Unas familias que se enriquecen a sí mismas para servir los intereses de los países que en el trono las colocaron: los anglosajones. No se trataba de liberar Kuwait. Se trataba de terminar con el poder de Iraq. Guerra económica, guerra política, guerra estratégica: todas las condiciones que llevan al imperialismo siempre a la expansión. En el centro de la contienda, Israel: el más imperialista estado de la región. Así se dominará el petróleo —la economía—, el golfo Pérsico en sus fronteras más conflictivas —estrategia militar—, y se habrá dividido a los países árabes y consolidado al Estado de Israel —razones políticas.

No es lugar éste, por otra parte, ni momento para analizar los errores que han llevado al fin, ¿o al inicio?, de las democracias socialistas en los países del Este de Europa, a su reconversión en democracias al servicio de los intereses occidentales. Sí es hora de

señalar que el triunfo de Estados Unidos ha sido total: al debilitar su fuerza, al transformar su poder, al integrarlas en su sistema, romper el cordón umbilical en que se sustentaba el equilibrio del terror y que a veces les impedía actuar con avidez en sus planes coloniales e imperialistas. La debilidad, en estos momentos, de la URSS les dejó las manos libres para intervenir. ¿Quién puede detenerles? Debiéramos reflexionar sobre este hecho terrible, hecho que ha debilitado no sólo a los países del Este, sino que ha dejado inermes, indefensos, a todos los pueblos del Sur, a las víctimas del colonialismo.

La causa árabe. La causa de los pueblos asiáticos. La causa de los pueblos de América Latina, la causa que a veces justifica la creación de un novelista auténticamente comprometido, como es el caso del peruano José María Arguedas, quien antes de morir y hablando de su novela «Agua» declaraba:

«Agua, sí, fue escrita con odio, con el arrebatado de un odio puro; aquel que brota de los amores universales, allí, en las regiones del mundo donde existen dos bandos enfrentados con implacable crueldad, uno que esquilma y otro que sangra.»

Ese odio implacable, esa solidaridad con los pueblos que sufren y son sangrados, es el que mueve estas reflexiones.

3. LA PAZ

Pero, ¿cuándo han hablado de paz los imperios? El imperio sólo quiere aniquilar al que se opone a sus planes expansionistas. Por

eso los pacifistas son combatidos, aislados, en circunstancias de crisis, aniquilados. Porque quien habla de paz quiere ser ciudadano libre, con sus dudas y sus esperanzas, sus realidades y sus utopías, no quiere ser engullido por ese «nuevo orden» que anuncia Bush y que no es sino el más viejo orden que han impuesto siempre los fascismos. El pacifismo lleva a la alianza con el débil, con el explotado, con la víctima de los sistemas coloniales, es un grito contra la manipulación ideológica y política, una denuncia de la falacia de palabras y conceptos que algunos consideran sagrados y no están sino manchados de sangre y corrupción, como democracia, mundo libre, libertad de información, justicia social, etc. El pacifismo es el claustro que acoge muchas veces a los impotentes, a las víctimas del poder impuesto por los estados capitalistas, siempre a la sombra del manto protector del gran hermano del norte. No ignorando que a éste le preocupa más —y por eso le combatirá con más violencia, terror de Estado— que los pacifistas reacciones como las que motivan las palabras de Umberto Eco, que no es sólo el autor de una novela al uso para las multinacionales del gusto literario, sino de importantes obras teóricas que envuelven reflexiones como la siguiente:

«Es justamente porque existen las multinacionales por lo que la idea de la revolución de Che Guevara ha devenido imposible. Cuando se vive en un universo en el que un sistema de intereses productivos se sale del equilibrio atómico para imponer una paz injusta y poner en órbita satélites que se vigilan recíprocamente, llegado a este punto, la revolución nacional es imposible de hacer porque todo se decide en otro lugar... El único incidente serio sería la extensión simultánea del terrorismo a todo el territorio



mundial, un terrorismo masivo: pero el sistema de las multinacionales sabe bien la medida en que los sistemas conocen que esta hipótesis puede descartarse... La lucha se desarrolla entre grandes fuerzas y no entre demonios y héroes.»

4. ESPAÑA. EUROPA

Escribe Cioran: «En su lecho de muerte, Felipe II hizo venir a su hijo y le dijo: He aquí donde acaba todo, incluso la monarquía. En la cabecera de esta Europa, no sé qué voz me advierte: he aquí donde acaba todo, incluso la civilización».

No está mal esta referencia a Felipe II, el monarca absoluto de España. Otro Felipe, González, monarca absoluto del que un día fuera llamado partido socialista, ha llevado al más abyecto lugar la

esclavización del poder, la sumisión al Imperio. Tanto, que ha conseguido reavivar el recuerdo de Franco. El mismo tan cadáver como el del otro político que le acompaña en esta hégira: Aznar. Y los cadáveres no merecen votos. No entienden, tal vez, otro lenguaje que el de la violencia, aunque nosotros nos quedemos en la verbal.

Y de Europa, ¿qué decir?, ¿existió alguna vez? Sí: los cronistas parecen olvidar quiénes fueron, siguen siendo Inglaterra, Francia, Holanda... Siglos de destrucción sistemática de la razón de ser, de la propia existencia, de los pueblos por ellos oprimidos: expoliación de riquezas, torturas, inquisiciones, reparto de territorios, esclavitud. ¿Pero qué ha hecho Inglaterra, la «civilizada» Inglaterra en la historia, sino asesinar, mentir, robar? Ah, los lenguajes: cómo olvidan la realidad de la historia. Inglaterra: qué asco...

5. CODA FINAL

Dejadme copiar un poema, apenas unos versos, para esta mañana del domingo 24 de febrero de 1991, en que los puros, los utópicos, los auténticos seres humanos, salen a las calles, a gritar contra los señores de la guerra, González, Bush, sus maquinarias militares-económicas-administrativas, asesinas y embusteras, cínicas y genocidas. Es un pequeño poema de Baudelaire, con el que termino estas apresuradas reflexiones:

Veo largos entierros, sin tambores ni música,
que desfilan por mi alma, lentamente; vencida,
la Esperanza solloza, y la Angustia, despótica,
clava sobre mi cráneo una negra bandera. ■

ESTA GUERRA LA PERDEREMOS LOS JOVENES

Vicencio Gómez

PARECIA, así nos lo querían hacer creer algunos, que las guerras habían pasado a la historia, que después de haberse enterrado lo que llamaran la guerra fría, la humanidad se encontraba con una nueva fase de la historia, en la que la paz, la solidaridad y la equidad entre los pueblos serían los principios que regirían el mundo. Pero desafortunadamente era una gran falacia.

La efímera paz que aparecía delante de nuestros ojos no era más que un ideal sin ningún fundamento. Las relaciones socio-políticas entre países no habían cambiado, seguían fundamentándose en los viejos criterios de Estados ricos y pobres, de explotadores y explotados, de superiores e inferiores. En definitiva, lo único que había cambiado era el miedo de las superpotencias a su propia destrucción.

La guerra del Golfo Pérsico no es más que la consecuencia de siglos de colonialismo y explotación, de la esquilma continua de los países pobres por los ricos. Después de muchos años de darse la contradicción de que países como Iraq, a pesar de controlar un porcentaje importante de la producción de petróleo, deban vender sus productos al precio que los países ricos deseen y, por tanto, estén condenados a la eterna pobreza, era normal que se produjese un conflicto bélico por el control de los precios del petróleo.

La prepotencia de los países oc-

cidentales, que han llegado incluso a secuestrar la ONU, para dar una aureola jurídica a su ataque a Iraq, y el oportunismo de Sadam Husein, con el pretexto de defender a la nación árabe del imperalismo occidental, nos están llevando a una situación en la que todas, especialmente las clases sociales, van a tardar años en recuperarse.

Parados, trabajadores eventuales, asalariados con escasas cualificaciones y, sobre todo, jóvenes serán los más afectados de una guerra de la que ni siquiera tenemos derecho de estar informados verazmente.

¿Por qué los jóvenes serán los que más sufrirán las consecuencias del desastre bélico?

Ya no sólo porque ellos son los que se encuentran pisando las arenas del desierto y arriesgando sus vidas por el bien del mundo árabe o del mundo occidental. Sobre todo porque nos están negando la posibilidad de crear un nuevo mundo sobre la base de criterios diferentes a la solución de los problemas por la vía de las armas. Después de este conflicto las relaciones futuras entre los países árabes y el resto del mundo serán más complicadas de lo que ya eran; las heridas históricas se enquistarán y el odio fanático se multiplicará. Ese será el mundo que los jóvenes de hoy tendremos que heredar.

Por mucho que nos digan lo contrario, y eso lo sabe todo aquel que conozca un poco la historia, la Paz no se logra a caño-



nazos. La Paz es un estado al que se llega a través de muchos años de consenso, de respeto mutuo entre los pueblos, y sobre todo, de búsqueda de soluciones pacíficas a todos los problemas. Es decir, de todo lo contrario de lo que hoy está pasando.

Este viejo mundo que heredamos los jóvenes impedirá prácticamente la lucha por una tierra sin armas y sin ejércitos. El movimiento pacifista ha vuelto a recibir una gran puñalada en la espalda. Cuando termine la guerra todos se horrorizarán por la cifra de muertos, de familias sin hogar, del hambre, de la destrucción..., pero a pesar de ello los gobiernos seguirán destinando un gran porcentaje de sus presupuestos a rearmar sus ejércitos, con la excusa de que «otro Sadam Husein puede aparecer algún día y hay que estar preparado», lo mismo que decían hace unos años, sólo que entonces el peligro era otro: Hitler.

Los jóvenes seguiremos siendo obligados a participar de la cultura de la guerra, a soportar estructuras dictatoriales en el ejército, a perder todos los derechos en pos de la defensa de un modelo



Los jóvenes seguiremos siendo obligados a participar de la cultura de la guerra, a soportar estructuras dictatoriales en el Ejército, a perder todos los derechos en pos de la defensa de un modelo de vida que se nos hace creer que es el correcto

de vida que se nos hace creer que es el correcto.

En definitiva, los jóvenes continuaremos siendo las marionetas sin voluntad, los peones fácilmente sacrificables para defender unos sistemas que bastante poco nos ofrecen.

Si bien esto es lo que, desde un punto de vista socio-militar, nos espera, las previsiones en otros campos no son más halagüeñas.

En nuestro Estado, el número de jóvenes en paro es enorme, y mayor el porcentaje de jóvenes que sufren contrataciones eventuales, gracias a la complicidad de un gobierno que bajo la excusa de fomentar el empleo juvenil, lo que fomenta es el beneficio empresarial y la pobreza y la superexplotación de los jóvenes. Y lo paradójico es que esto se producía dentro de una bonanza económica —otra cosa es el reparto de ese bienestar económico.

¿Qué ocurrirá ahora, cuando después de una guerra nos encontremos con una nueva crisis económica? Las consecuencias para los jóvenes son evidentes; a todos aquellos que en la actualidad se encuentran en paro les será más difícil salir de esa situación.

Aquellos que se encuentren vi- viendo de un contrato eventual tendrán todas las papeletas para engrosar la larga lista de las oficinas de empleo, y aquellos que afortunadamente gocen de un salario estable, verán como el aumento de sus sueldos será inferior al IPC, y por tanto, percibirán menos salario que el año anterior.

Los jóvenes no tendríamos más remedio que irnos a la economía sumergida, para que después, al perder todos nuestros derechos como trabajadores, podamos subsistir con las migajas de los que se aprovechan de la superabundancia de la mano de obra. Seguramente no seremos los únicos que padeceremos estas consecuencias, pero sí seremos el grupo social que más lo padecerá.

Los jóvenes nos veremos, una vez más, en la obligación de convertirnos en mano de obra barata para el sostenimiento de un sistema que nos niega, en la práctica, derechos fundamentales, como el derecho a un trabajo digno y bien remunerado. Nos convertirán, si no lo somos ya, en el grupo social que impedirá la aprobación de convenios colectivos dignos y el éxito de las movilizaciones de los trabajadores. Una vez más se jugará con la situación precaria de la juventud para limitar los derechos de los trabajadores y la posibilidad de mejorar sus condiciones de trabajo.

Los jóvenes somos los que más tenemos que perder en esta locura.

Gane quien gane la guerra, el ser humano será quien más pierda, y especialmente aquellos que por más tiempo formaremos parte de eso que se llama la humanidad.

Por ello, y no podía ser de otro modo, el componente juvenil, organizado o no, ha sido el que más ha criticado la guerra y a los que participan en ella. Las movilizaciones de estudiantes han sido enormes, las huelgas en los centros de estudio, prácticamente to-

tales: los gritos por la paz y en contra de la guerra han sido mayoritariamente de los jóvenes. Nadie puede negar la importancia que ha tenido la juventud en la lucha por la paz.

Pero no debemos quedarnos ahí. Ocurra lo que ocurra en la guerra, la gane quien la gane, tenemos que darnos cuenta que bajo las actuales estructuras, hoy es la guerra de Iraq, pero mañana será otra, y pasado otra, y así continuamente hasta que o desaparezca la humanidad o logremos cambiar de raíz esa cultura que nos intentan imponer. La formación de plataformas amplias, que como la Iniciativa Juvenil por la Paz intentan agrupar a todos los jóvenes que quieran trabajar por la paz, se extiende por todo el Estado, y no únicamente con el objetivo de parar esta guerra, sino con el de parar todas las guerras, luchar por un mundo y por unas sociedades donde lo bélico desaparezca inmediatamente, donde los jóvenes no seamos la carne de cañón y el escudo de todas aquellas aves de rapiña que se enriquecen con lo bélico.

Todos los jóvenes que apostamos por una sociedad pacífica debemos unirnos, superando nuestras diferencias ideológicas, lograr una apuesta alternativa y conjunta que termine con la estupidez que ha demostrado durante siglos el género humano.

Los jóvenes somos y hemos sido el componente social que más ha luchado en la calle en los últimos años (movilizaciones estudiantiles, referéndum de la OTAN, 14-D). Ahora debemos demostrar, una vez más, que no queremos que hipotequen nuestro futuro por la arrogancia y prepotencia de unos gobiernos que no toman en consideración nuestras opiniones.

Nos estamos jugando nuestro futuro, nuestro modelo de sociedad y, sobre todo, nos estamos jugando la paz. ■

LOS GRANDES PERSUASORES

La primera guerra de la era de la información

Juan B. Berga

ESTE artículo nace de una conversación con Pedro Marset, el primer día de la guerra, sobre la función de las televisiones en la guerra.

Se ha redactado varias veces a lo largo del conflicto; a cada gesto de irracionalidad y renuncia a la política, de los muchos que hemos vivido este mes, las televisiones respondían con un esquema similar.

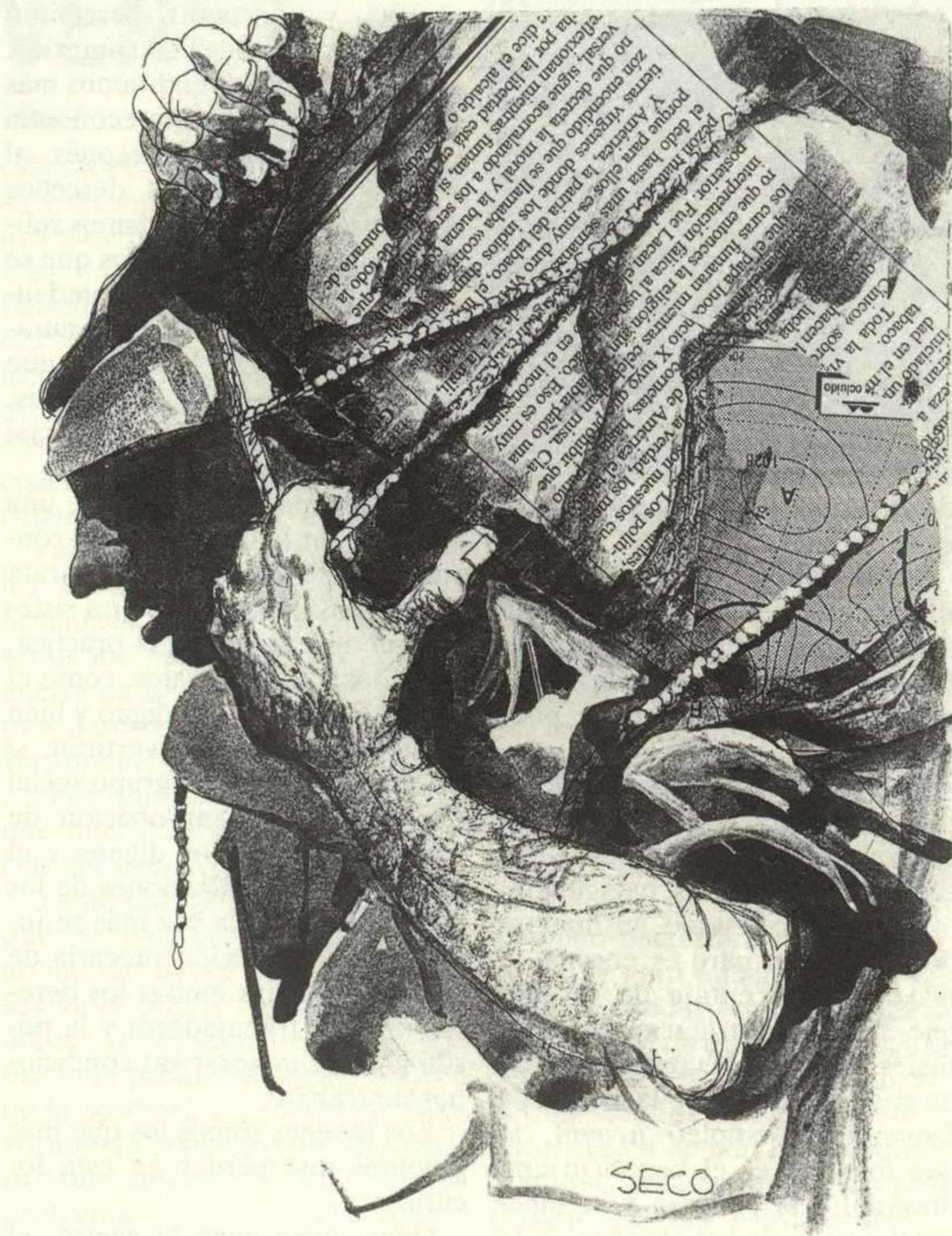
El dato, común a todos esos momentos, que interesa para encabezar estas notas es que, incluso con censura informativa, apenas hemos tardado segundos en conocer la evolución de los hechos. Se trata de la primera guerra informada en tiempo real de la historia.

Probablemente los ordenadores del Pentágono no incluyeron el dato en su agenda: el día que nació la guerra muchas sociedades científicas celebraban el décimo aniversario de la muerte de McLuhan; el sociólogo canadiense que en los años 50 empezó a discurrir sobre expresiones entonces inexplicables: «aldea global» y «comunicación en tiempo real».

El objetivo de estas notas es la función ejercida en esta guerra por la televisión. Sin embargo, conviene resaltar algunas características del procesamiento de la información que define la época que vivimos.

Guerra tecnológica y era de la información

Un dato llamativo puede extraerse del primer período de guerra. La modernísima y ultratec-

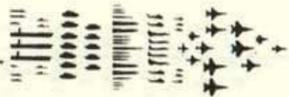


nológica maquinaria bélica norteamericana necesita prácticamente un mes para interrumpir el sistema de comunicación iraquí. La razón, según muchos expertos, es que la primera es demasiado sofisticada y el segundo muy rudimentario.

Dicho en términos coloquiales, no eran sistemas compatibles y la superinteligencia de los armamentos no ha podido, en algunos

momentos, distinguir equipos bélicos falsos o verdaderos.

Se plantea, en consecuencia, un problema serio de relación entre costes elevadísimos y eficacia limitada del armamento electrónico. Una característica que puede generalizarse al conjunto de la producción y tratamiento de información en las sociedades modernas.



Esta guerra ha demostrado que ya no son útiles nuestras ideas de seguridad o de defensa. Lo que parece evidente para futuras perspectivas militares es el incontestable predominio de una tecnología que permanecerá en pocas manos (lo del COCOM no era una obsesión). Los ojos, los oídos y los cerebros de una operación militar son las tecnologías de la información y los satélites. ¿Quiénes poseen satélites y tecnología para procesar su información?: Estados Unidos y Unión Soviética; Gran Bretaña parece próxima; Israel tiene acceso a ambas cosas; Francia, Italia y España tendrán que esperar cuatro años a disponer de satélite (proyecto Hermes) y algunos más en articular la tecnología necesaria.

También parece cierto que se confirma la temida incapacidad humana de leer, interpretar y dirigir la enorme cantidad de información producida incesantemente por los satélites y la electrónica. Una dificultad real percibida ya por la sabiduría popular que ha acuñado una pintada que es toda una tesis: «Las armas son inteligentes, pero los militares no».

Otro dato relevante es reseñable. Se ha dicho que hay algo de inmoral en el hecho de que el efecto del primer bombardeo sobre Bagdad y otros «éxitos» militares sea un aumento en las cotizaciones de bolsa.

No se trata de una cuestión moral, sino de una de las características de lo que venimos denominando economía global: la regulación homogénea de los procesos políticos y económicos. La comunicación en tiempo real exige que las bolsas funcionen en mercado continuo (compras regidas por ordenador que en sus programas incluyen determinadas variables incluidas las operaciones bélicas).

Por último, en esta introducción, que no pretende ni puede

agotar la reflexión, caben dos apreciaciones políticas de carácter general.

En primer término, es inevitable referirse a una de las grandes paradojas de la condición moderna: la brecha que existe entre la capilaridad, la difusión de la información y el enrocamiento del poder en sus posiciones. Dicho de otra manera, a todos se nos permite conocer la fecha de una guerra, pero el ritmo de una respuesta social —que sigue cánones de comunicación distintos— hace difícil incidir en el diseño de tales operaciones.

SE confirma la temida incapacidad humana de leer, interpretar y dirigir la enorme cantidad de información producida incesantemente por los satélites y la electrónica. Una dificultad real percibida ya por la sabiduría popular que ha acuñado una pintada que es toda tesis: «Las armas son inteligentes, pero los militares no»

Por último, es preciso detectar cómo la comunicación en tiempo real modifica esencialmente las formas políticas de gestionar las crisis. El último ejemplo de la propuesta de paz soviética lo indica. El portavoz de Gorbachov formula su propuesta ante los medios de comunicación (cabe suponer que la remite por vía del fax diplomático) y apenas media hora después había recibido la respuesta de Bush, ¿qué tipo de diplomacia, de debate político, de convocatoria institucional puede ejercerse en media hora?

Todas estas son razones para afirmar que el problema del nuevo orden mundial no es sólo de protagonistas, sino de nuevas re-

glas coherentes con el nuevo tipo de sociedad en la que vivimos.

El efecto mediático

Empiezan a publicarse, en Europa, los primeros estudios sociológicos sobre los cambios de comportamiento que ha producido esta guerra. Aunque en España aún no se ha publicado ninguno, los distintos trabajos que se editan ofrecen conclusiones homogéneas en todo el continente.

Hace poco más de un mes éramos distintos; más alegres y gastadores, menos familiares y con hábitos de vida menos domésticos. En el mundo de los mayores de sesenta y cinco años estos cambios de comportamiento tienen efectos psíquicos y físicos: inapetencia, angustia y turbación del sueño. No está menos lejos de una patología negativa el universo de los niños; mientras los menores de seis años están siendo afectados por la tensión y la violencia que se desprende de la idea de guerra, los mayores de esta edad corren serios riesgos de ser confundidos por el modelo de video-juego con que se está presentando la guerra.

En cualquier caso, todos los trabajos coinciden en el papel dominante que juega en este cambio de hábitos la televisión frente a un papel prácticamente inexistente de los otros medios. El hecho de que culturas muy distintas estén reaccionando de forma similar revela lo que en numerosas ocasiones se ha denunciado: que el sistema informativo se diseña para asegurar la mayor homogeneidad posible de la opinión pública, no sólo occidental sino mundial.

Pero no se trata sólo de televisión, sino de un soporte televisivo muy concreto: hemos vivido el apogeo de la televisión por cable, el satélite y el lenguaje del video.

Una estructura diferente a otras guerras posteriores a la II Mundial; como se recordará, la guerra de Corea fue cubierta por la prensa escrita y la guerra de Vietnam fue televisada, pero con una técnica cinematográfica (en consecuencia más realista).

Desde esta perspectiva, del nuevo formato y lenguaje televisivo cabe analizar el papel de la televisión en esta guerra.

Guerra televisada o censura global

En rigor no puede hablarse de guerra televisada. De hecho, varias normas elementales han sido vulneradas en la información de este medio.

En primer lugar, no ha existido el directo. Las imágenes se han transmitido a través de cuatro redes que las suministraban a las televisiones extranjeras a través del estado mayor instalado en Dhahram (Arabia Saudita). El resultado no ha sido otro que una «censura global» que ha presentado esta guerra como un conflicto permanentemente desinformado.

No se trata sólo de un proceso de control y censura, sino de una renuncia explícita de los medios a utilizar los recursos tecnológicos disponibles. La CNN no es sólo mítica porque haya sido durante mucho tiempo la única televisión en transmitir desde Bagdad, sino porque a ella se han ligado otras redes televisivas. Deberá admitirse que cuando una TV se liga a otra se da una bofetada a la realidad, a la independencia y al pluralismo.

Por otra parte, las 700 líneas telefónicas que desde la zona de la guerra estaban a disposición de los medios, no han sido utilizadas.

Todas estas cuestiones revelan un comportamiento de carácter político que debe ser analizado más allá de la desinformación. No

puede explicarse sólo con la expresión de manipulación, bastante reductiva. Se trata, en este diseño comunicacional, de una relación institucionalizada entre los medios y el gobierno norteamericano y las administraciones de la fuerza multinacional.

El debate en este punto, se refiere a la idea de pluralidad que debe reflejar todo trabajo informativo. Un estudio del *New York Times* evaluaba las fuentes de la información sobre la guerra transmitida por distintos medios: 26 por 100 el Pentágono; 37 por 100 Gobierno USA; 10 por 100 CIA, sólo un 1 por 100 corresponde a fuentes no gubernamentales.

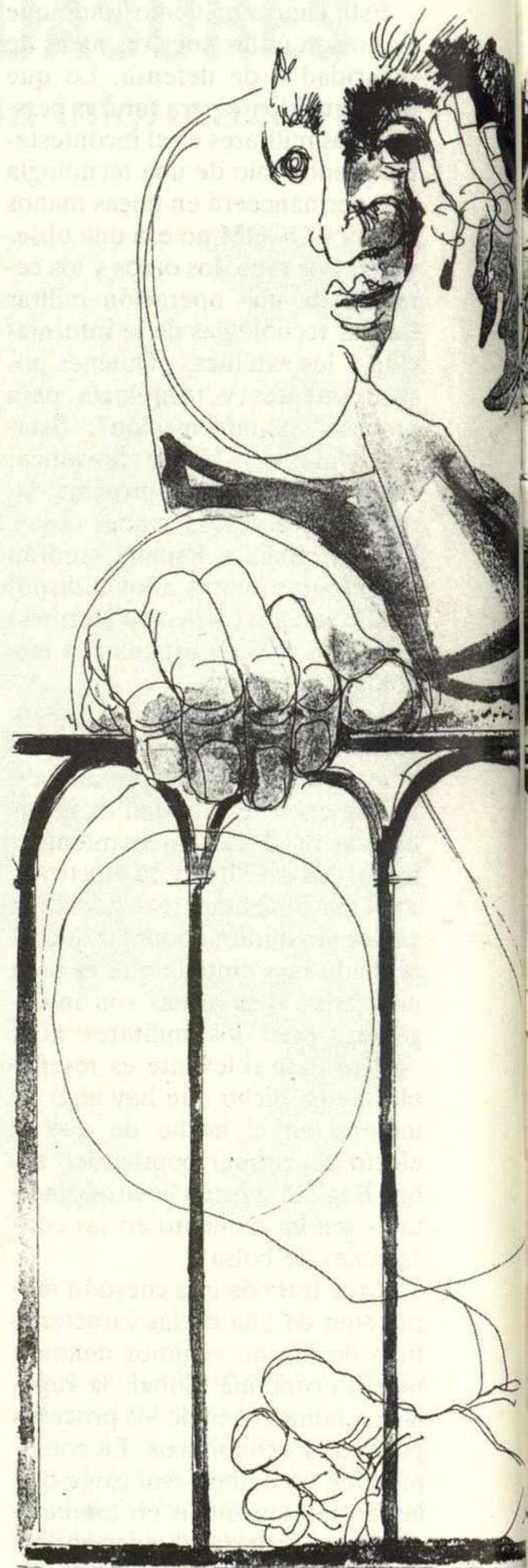
Un proceso de desinformación y opinión pública

El papel efectivamente jugado por este diseño televisivo es el de presionar a los televidentes para que elijan las motivaciones más adecuadas de los distintos protagonistas. Que designen a la víctima y al agresor de acuerdo con la decisión política norteamericana.

La televisión se comporta, cada vez más, como un medio de tratamiento de la información, una especie de programa informático que presenta la información en una lógica binaria (bueno o malo, por ejemplo) donde el matiz, el contexto o cualquier razonamiento ajeno a la guerra no cabe.

Por ello, el modelo de western o de retransmisión deportiva ha sido, en general, el utilizado en la transmisión televisiva de esta guerra.

Una vez disuelta la idea de guerra relámpago y eficacia policial con la que se presentó la primera noche, el discurso televisivo pretendió exorcizar la guerra haciéndola inocente, casi aceptable. La imagen presentada era, por otra parte, bastante evidente: «esta operación es justa, necesaria, tec-





nológicamente avanzada, tan refinada que se ha convertido en un instrumento de muerte controlable, selectivo y medido».

La idea de guerra como videojuego ha sido hecha suya por las televisiones y los medios de comunicación a través de un excesivo recurso a las imágenes de guerra estelar.

Se recordará que a lo largo del conflicto no se ha presentado la muerte, y más importante, menos la muerte de iraquíes. El cormorán alquitranado ha sido la víctima televisiva de esta guerra. El bombardeo del refugio civil en Bagdad fue ofrecido por la televisión iraquí y sólo al final de la guerra se han presentado las víctimas de Iraq en el campo de batalla.

LA exaltación tecnológica era una parte del aspecto más brutal de la desinformación (una guerra sin sufrimiento y muerte), pero también ha sido incentivada por el vacío de noticias e imágenes de primera mano

La exaltación tecnológica era una parte del aspecto más brutal de la desinformación (una guerra sin sufrimiento y muerte), pero también ha sido incentivada por el vacío de noticias e imágenes de primera mano.

En estas circunstancias y con esta «película científica» se ha «teatralizado» la presentación de la información a través de los corresponsales. En otro momento hemos advertido de la convergencia de las estructuras de información y ficción. Se ha diseñado un show televisivo con escenas de distinto sentido emocional en una secuencia tan perfecta que al final, el televidente deseaba que pasara algo.

En general, las informaciones comenzaban en Arabia Saudita o Dhahram transmitiendo sensación de nervios e impaciencia; a continuación Tel Aviv se encargaba de sugerir un sentimiento de solidaridad que justificaba las imágenes de los bombardeos de Bagdad. Establecida la justicia se reiniciaba el ciclo o bien un experto (que, en general, se ha equivocado siempre) ejercía de gurú de lo razonable: todo está bajo control era, en todo caso, el cierre; de ese control sólo escapaba el corresponsal de Jordania que explicaba cómo los jordanos y palestinos eran la excepción a la razón.

Información gratis: un arma estratégica

Hay que reseñar una muestra de que no se trata sólo de manipulación, sino de un problema político. Durante este mes de guerra se ha roto otra ley del mercado de la televisión: el recurso a la publicidad.

Las grandes cadenas de televisión se han visto este mes aplazando y anulando «spots» publicitarios, incluso en períodos de audiencia récord y también se han suprimido muchos programas «sponsORIZADOS» llenos de publicidad lucrativa. Un proceso equivalente han seguido los otros medios de comunicación.

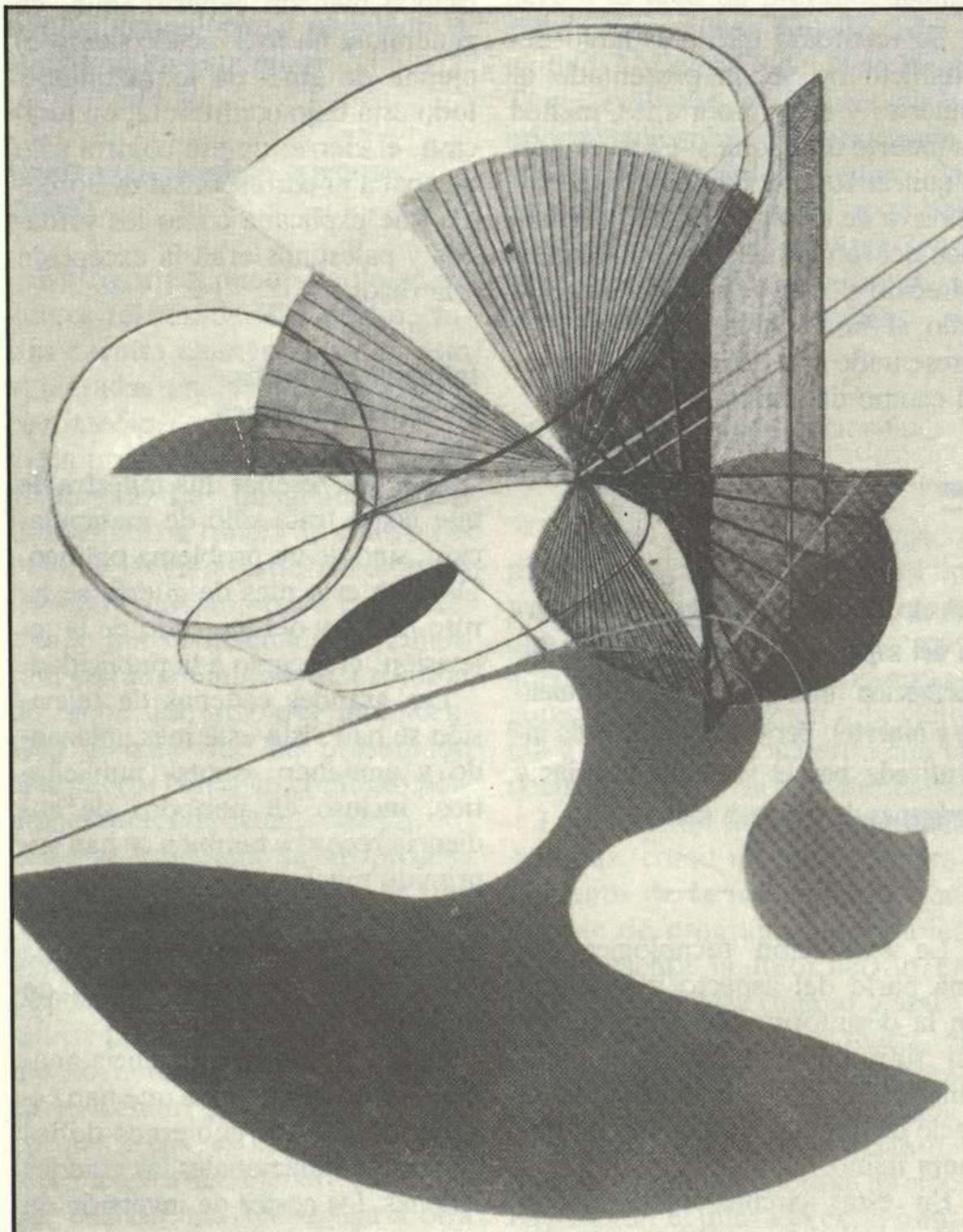
Es preciso en consecuencia analizar la relación política que han establecido con los gobiernos de las fuerzas multinacionales las grandes cadenas, los costes de inversión de esta operación y, en consecuencia, la vulnerabilidad a ulteriores presiones.

En definitiva, las más relevantes cadenas de televisión han sido una arma política de primer orden en esta guerra. Hemos recibido la información de un guerrero automático que se mueve en un conflicto aséptico. ¿Qué ha sido del horror de un bombardeo? ■

EL SOCIALISMO PUEDE LLEGAR SOLO EN BICICLETA

Reflexiones para una política ecosocialista en los años noventa (*)

Jorge Riechmann



«Habíamos prolongado poderosamente el camino. Y no llevaba a ninguna parte. Habíamos multiplicado los destellos. Al fin y al cabo, ¿adónde llevaba? A las brumas disipadas, a la evocada niebla. Y la naturaleza entera estaba aquejada de pandemia». René Char, 1971.

«No es posible conseguir mediante reformas que se convierta en amigo de la tierra un sistema cuya dinámica esencial es la depredación creciente e irreversible. Por eso, lo razonablemente reformista es, también en esto, irracional». Manuel Sacristán, 1979.

RESULTA cada vez más difícil hurtarse a la *omnipresencia de la destrucción*: la experimentamos en la vida cotidiana (Europa ya no es la misma después de Chernobil) y también en los descoyuntados y fragmentarios mapas de la realidad que trazan los medios de formación de la opinión pública (medios de formación de masas los llama con lucidez Agustín García Calvo). El taxista andaluz que me conducía una de las noches del pasado verano por las calles de Barcelona, y que acababa de oír en la radio la noticia de que una nube tóxica procedente de un barco de Repsol estaba contaminando las costas de Tarragona, comentó muy alterado: «Nos vamos a quedar muertos de pie». A mí se me hizo un nudo en la garganta: porque efectivamente nos estamos quedando muertos de pie.

Pero el efecto que produce esta omnipresencia de la destrucción dista en general de ser alentador: muchas personas, abrumadas por la letalidad y la rapidez de los derechos en curso, se sumen en una pasividad desesperada —cuando no en un desesperado cinismo—. En pegatinas que exhibían algunos poderosos automóviles de la Alemania occidental podía leerse hace ya algunos años: «Mi auto seguirá en marcha cuando hayan muerto los bosques» (malheridos de la lluvia ácida que causa el disparatado uso que hacemos de los combustibles fósiles). Por otra parte, el colapso en los países del mal llamado «socialismo real» («En el Oeste todo es real salvo la libertad; en el Este todo es real salvo el socialismo», sentenció hace más de veinte años

el malogrado Rudi Dutschke) favorece la expansión de la ideología del «no hay alternativa» (frente a un estado de cosas que objetiva y subjetivamente es cada vez más insostenible).

Pues bien: tanto para luchar contra el desaliento que causa la acumulación de catástrofes, como para resistir contra la ideología de la inexistencia de alternativas, para los movimientos de supervivencia y emancipación resulta hoy de vital importancia *superar la actividad de mera denuncia y avanzar hacia la formulación de propuestas en positivo*. Tanto concretos programas de *lucha* (la campaña antinuclear centrada en una iniciativa legislativa popular para el cierre de las centrales nucleares españolas que comienza este otoño sería un buen ejemplo) como *utopías concretas*, o sea, imágenes anticipatorias (lo más realistas y lo más precisas posible) de la sociedad mejor (o simplemente de algún sector de ella): *la igualitaria sociedad no autodestructiva o perdurable*. Un ejemplo en este sentido sería la propuesta de ley «Las mujeres cambian los tiempos» de las mujeres, feministas y comunistas del PCI, donde se propone avanzar hacia una sociedad más libre y humanizada a través de una redistribución de los tiempos (de trabajo, de formación, de cuidado de los demás...) tanto en la totalidad de la sociedad como dentro de las vidas individuales (1). Mi intento, en el apartado 12 de este ensayo, de trazar a grandes rasgos una imagen de la *sociedad emancipada y perdurable* que constituiría el objeto de una política ecosocialista también se inscribe en esta línea de formulación de propuestas en positivo.

2. La época en la que ingresamos tras el gozne histórico de 1989-90, el mundo del siglo XXI, será a mi juicio *una época en la que asistiremos a grandes crisis (crisis tanto regionales como globales) y un mundo en el que se agudizarán hasta el extremo las contradicciones del sistema capitalista mundial*. Resulta

completamente ilusorio suponer que pueda edificarse un «cordón sanitario» o frontera acorazada que defienda a las metrópolis del Imperio de la sobrepoblación, el hambre, la miseria y las enfermedades en que se debate el expoliado y explotado Sur. Han bastado pocos meses para que se evidenciase la *inanidad de la tesis del «fin de la historia»*, gestada en el corazón imperial del Oeste al calor autosatisfecho que despertó el estrepitoso derrumbamiento del Este en 1989: el desplazamiento del eje de mayor conflictividad social y militar de nuestro mundo desde el Este-Oeste hacia el Norte-Sur lo ha muestra-

NOS enfrentamos hoy a la paradoja de un descrédito profundo de las ideas socialistas y comunistas entre amplias masas de la población mundial, al mismo tiempo que la crisis ecológica pone objetivamente a la orden del día, con urgencia, la necesidad de transformaciones sociales de contenido socialis-tacomunista

do dramáticamente el actual conflicto del Golfo Pérsico, primero del siglo XXI si aceptamos como rasgo esencial de estas guerras futuras el de que serán *conflictos por los recursos escasos en un mundo caracterizado por la escasez creciente*.

3. El «mercado libre» es un sistema que produce y reproduce desigualdad. *El mercado mundial es un sistema que produce y reproduce desigualdad mundial*. Esto no se debe tanto a los «intercambios entre desiguales» como al *ensanchamiento de la brecha entre los ricos y los pobres que resulta inevitable en un sistema de crecimiento exponencial con tasas de crecimiento muy desiguales*. El mecanismo empleado para reducir la conflictividad social en las metrópolis del Imperio (tan-

to los conflictos internos como los conflictos entre diferentes naciones) en el irrepetible período de expansión económica de 1950-1975, la redistribución de parte de los beneficios del crecimiento económico, no podrá seguir actuando como regulador (al menos de manera generalizada) en el mundo del siglo XXI. *Creer para redistribuir* era el axioma que supuestamente guiaba la política de la socialdemocracia gestora del capitalismo (en la práctica no se redistribuía, ya que las diferencias relativas no disminuían, pero el aumento del producto social total permitía mejorar los servicios sociales y la parte absoluta del producto social que correspondía a las clases subalternas). *Redistribuir porque no es posible seguir creciendo* (y *redistribuir a escala mundial*) tendría que ser la máxima rectora de una política ecosocialista.

4. Se ha dicho muchas veces, pero es menester repetirlo: no se trata de añadir «el tema ecológico» como uno más en la larga lista de políticas sectoriales que preocupan a los partidos políticos, sino de *fundamentar ecológicamente la política para hacer otra política —que necesariamente tiene que desbordar el universo de acción y de discurso del capitalismo—*. Esto se transparentaba incluso en las palabras de los tecnócratas y financieros del Club de Roma que, a comienzos de los años setenta, a declaraciones gubernamentales como «La protección del medio ambiente es una condición previa para una economía sana», respondían que «La detención del crecimiento económico —¡en las metrópolis del Imperio, evidentemente!— es una condición previa y necesaria para toda protección del medio ambiente» (2).

5. La *crisis ecológica global* puesta de manifiesto en la segunda mitad de este siglo marca una cesura de importancia incomparable en la historia de la humanidad; la crisis del seudosocialismo burocrático de matriz estaliniana marca una cesura importante en la historia de la Europa contemporánea (y sus con-

secuencias son de rango mundial). Impresiona la clarividencia del viejo Lukács que, ya en 1967, señalaba la necesidad imperiosa de un *nuevo comienzo* para el movimiento obrero —empleando la analogía de que «no nos encontramos ahora en los años veinte del siglo XX, sino en cierto modo en los comienzos del siglo XIX, cuando comenzaba a formarse lentamente el movimiento obrero». Nos enfrentamos hoy a la paradoja de un descrédito profundo de las ideas socialistas y comunistas entre amplias masas de la población mundial, al mismo tiempo que *la crisis ecológica pone objetivamente a la orden del día, con urgencia, la necesidad de transformaciones sociales de contenido socialista-comunista*. Pues imperiosamente urgente resulta la regulación del metabolismo global de la humanidad con la naturaleza, vale decir el control consciente de la brutal dinámica expansiva de la economía capitalista, o sea, la introducción de algún tipo de *planificación democrática al mismo tiempo mundial y descentralizada*; e igual de urgente que la yugulación de la expansión económica indefinida, imposible dentro de un sistema cerrado como es la biosfera, resulta una *redistribución global de la riqueza a favor de los pobres de esta tierra*, una vez se ha reconocido —como hoy es el caso— que el nexo entre pobreza y devastación ecológica se estrecha cada vez más en el marco impuesto por el actual sistema económico mundial (3). *No habrá posible superación de la crisis ecológica global sin trascender el modo de producción capitalista*, un modo de producción preñado de gigantesca destructividad, un orden social caníbal que combina microrracionalidad económica con macroirracionalidad en todos los órdenes, y que avanza hacia el abismo devorando su propio pasado y su propio futuro; y esto una opción de izquierda alternativa tiene que manifestarlo con toda convicción, a pesar del mal momento que la cultura socialista-comunista atraviesa actual-

mente en todo el mundo. Tal es la razón que me lleva a adoptar, para esa opción de izquierda alternativa que con muchas otras personas deseo, el calificativo de *ecosocialista* (*ecocomunista* presenta algún pequeño problema de cacofonía): a sabiendas de que *una alternativa ecosocialista tiene que ser a la vez feminista y antiautoritaria*.

6. Vale la pena reflexionar un momento acerca de la tan desacreditada como necesaria planificación global. El 6 de abril de 1968, treinta personalidades del mundo de la empresa, las finanzas y la ciencia habían sido invitadas por la Fundación Agnelli, y por iniciativa del italiano Aurelio Peccei y del escocés Alexander King, a una reunión en la villa Farnese de Roma —reunión que resultaría ser el acto fundacional del Club de Roma—. Eric Jantsch escribió en el texto de trabajo para esa reunión:

«En un mundo caracterizado por la evolución hacia una mayor integración, el ámbito de la planificación se extiende inevitablemente (...). Instituciones que tengan un campo de acción internacional o mundial se vuelven hoy indispensables en numerosos ámbitos en los que se plantean problemas que trascienden los límites nacionales o regionales. Deberíamos hacer uso de estos medios (previsión y planificación) adquiridos recientemente para estimular, guiar y dirigir el cambio, lo que podría también contribuir a conjurar la catástrofe, incluso si ya es demasiado tarde para evitar la crisis» (4).

Significativa es tanto la fecha en que se escribe este texto, 1968, como su autor —a quien de ninguna manera puede calificarse de exaltado radical o criptocomunista—. *Hay elementos de planificación muy importantes en el capitalismo contemporáneo* (sobre todo en los estados mayores de las grandes empresas transnacionales y en las burocracias estatales), y de hecho estos elementos van siendo cada vez más importantes, mal que les pese a los apologetas del «libre





mercado». IBM planifica a más largo plazo que cualquier estado del mundo, y el volumen anual de negocios de muchas transnacionales supera los presupuestos nacionales de muchos países (también lo hace el volumen anual de negocios del narcotráfico, dicho sea de paso). Precisamente de esta capa de «planificadores capitalistas» (tecnócratas de organismos internacionales como la OCDE —es el caso de Alexander King—, dirigentes de empresas multinacionales —Aurelio Peccei—, investigadores de la innovación y el desarrollo industrial

EL «mercado libre» es un sistema que produce y reproduce desigualdad. El mercado mundial es un sistema que produce y reproduce desigualdad mundial. Esto no se debe tanto a los «intercambios entre desiguales» como al ensanchamiento de la brecha entre los ricos y los pobres que resulta inevitable en un sistema de crecimiento exponencial con tasas de crecimiento muy desiguales

—Hugo Thiemann—...), nace el Club de Roma, la organización de librepensadores que en sus resonantes informes de 1972 y 1974 dio el grito de alarma sobre la crisis ecológica global. *Esta crisis ecológica global exige soluciones globales de tipo socialista-comunista*; y de la factibilidad de un ecosocialismo moderno son indicios los elementos de planificación económica realmente existentes en la actualidad.

7. El ecologismo consecuente sabe desde hace decenios que *no son posibles soluciones tecnocráticas para la crisis ecológica global* (ni para ninguna de las demás crisis cuyo entrelazamiento constituye la actual crisis de civilización). La evolución tecnológica puede resolver algunos de los problemas inmediatos (y necesitaremos que lo

haga: por ejemplo, mejorando la eficiencia energética de nuestros sistemas de transporte y calefacción), pero a menudo lo hace a costa de provocar otros mayores, sobre todo cuando alcanza la escala de la megatecnología: no hará falta repetir los ejemplos de la «revolución verde» y sus perniciosos efectos agrícolas y sociales en países como la India y Méjico, o la desestabilización ecológica y social provocada por presas gigantescas como la de Asuán. No en la innovación tecnológica, sino en la *innovación social*, atisbamos alguna esperanza de cambio social emancipatorio. Pero lo que para muchos de sus representantes no está tan claro es que *el ecologismo consecuente es un proyecto revolucionario, intrínsecamente anticapitalista*; pues no puede menos de reconocer que en el origen de la crisis ecológica global se encuentra el funcionamiento acoplado de las tres instituciones básicas del capitalismo:

a) Un sistema de toma de decisiones, actualmente glorificado bajo el nombre de «mercado libre», donde éstas se adoptan de forma descoordinada, anárquica y sin posibilidad de integración.

b) La acumulación de capital como principio motor del sistema, y la búsqueda del beneficio privado como exclusiva guía de la acción individual.

c) El encauzamiento de la fuerza de trabajo por las vías del tráfico mercantil, como caso central del más amplio fenómeno de la mercantilización progresiva de todas las esferas de la existencia humana (5).

La acción conjunta de esos tres rasgos configura un sistema mundial en permanente dinámica expansiva, una cultura fáustica del «cada vez más grande y más deprisa». La maximización de los beneficios exige aumentos de productividad constantes, pero sin crecimiento de la producción los aumentos de productividad causan desempleo y retracción de la demanda. Así, la dinámica capitalista es de crecimiento indefinido, lo que en

última instancia conducirá al agotamiento de nuestras bases naturales de subsistencia en un planeta finito. Por ello, resulta de vital importancia la advertencia contenida en la cita de Manuel Sacristán que abría estas páginas y ahora amplío:

«La falsa salida reformista parece beneficiarse de la necesidad de abandonar la dialéctica mefistofélica de la pura negatividad, del “cuanto peor, tanto mejor”, para propugnar una ética revolucionaria de la cordura. Pero eso es sólo apariencia falsa suscitada por la vaguedad de una descripción muy general. En la concreción de la vida, la lucha por la cordura y la supervivencia tiene que ser tan revolucionaria radical como la lucha por la justicia y la libertad. No es posible conseguir mediante reformas que se convierta en amigo de la tierra un sistema cuya dinámica esencial es la depredación creciente e irreversible. Por eso lo razonablemente reformista es, también en esto, irracional» (6).

8. Dicho con algún ejemplo: ecologismo consecuente no es conducir automóviles con catalizador e impulsados con gasolina sin plomo, sino poner radicalmente en entredicho un sistema de transporte basado en la primacía del automóvil privado, como lo hacía José Antonio Viera-Gallo (secretario de Justicia en el gobierno chileno de Salvador Allende) cuando lúcidamente postulaba que «el socialismo puede llegar sólo en bicicleta». Ecologismo consecuente no es fantasear con centrales solares capaces de garantizar un suministro de energía eléctrica similar al actual, sino luchar por ahorrar energía y por reducir el consumo global de energía en las metrópolis del Imperio. Ecologismo consecuente no es nutrirse con verduras cultivadas orgánicamente y adquirir una segunda residencia para disfrutar de la vida campestre, sino organizar la resistencia colectiva contra *esta* agricultura industrial y *este* urbanismo clasista y luchar mancomunadamente por opciones alternativas en tales áreas centrales

de la vida económico-social. El *ecorreformismo* (que también podemos llamar *ambientalismo*) no sólo es recuperable para el mejor funcionamiento de la megamáquina de nuestra muerte en vida, sino que en buena medida (al menos en sociedades un poco más nórdicas que la nuestra) está ya recuperado. (George Bush se propone pasar a la historia como «el presidente del medio ambiente», Margaret Thatcher se convirtió fulminantemente a la protección de la naturaleza en otoño de 1988, McDonalds recicla todo lo reciclable y un poquito más, y la industria automovilística alemana batirá sus propios récords inundando los mercados del planeta con automóviles decentemente provistos de catalizador y devoradores de gasolina sin plomo.)

Mientras que el ecologismo consecuente implica una voluntad de *reestructurar la totalidad de la vida social, política y económica*, el mero ambientalismo sólo pretende hacer un poco mejor (menos destructivamente) lo que ahora hacemos. El ecologismo abandona las ideologías de la expansión material permanente y el progreso ilimitado *en buena medida por razones científicas*, pues numerosos estudios de prospectiva científica fundamentan la creencia —central en el ideario ecologista— de que *existen límites naturales para el crecimiento de la economía y la población*: en pureza, esta idea basta para distinguir a los ecologistas consecuentes de los meros ambientalistas. El ideal social ecologista es la *sociedad perdurable*, basada en una *economía descentralizada* (en la medida de lo posible), con tendencia a la *autosuficiencia de las unidades de base* (la economía local sería *autocentrada*, se apuntalaría en los recursos locales, buscando reducir el comercio exterior al mínimo deseable); una *economía de equilibrio global* (y *dinámico*: aunque globalmente no haya expansión, algunas partes pueden crecer mientras que otras decrecen); un *redimensionamiento de los distintos sectores productivos*

(más agricultura, menos industria; más trabajo para la satisfacción inmediata de necesidades humanas, menos para el intercambio mercantil); un modo de producción *más intensivo en trabajo, y más parsimonioso en el uso de energía y materias primas*; el uso de *tecnologías blandas* en procesos productivos integrados en los ciclos naturales; la *máxima autonomía local* posible y la *democracia de base*, con instituciones a escala humana (personalmente, opino que sería necesario combinar formas de democracia directa a nivel local y regional con formas de representación semidirecta a niveles más altos); un modo de vida más frugal e integrado en la naturaleza; la *diversidad cultural*; y una población humana que no exceda ni la capacidad de sustentación de la biosfera a largo plazo ni las condiciones que posibilitan una vida humana digna para todos (lo cual equivale a reconocer que los efectos catastróficos de la sobrepoblación son *tanto ecológicos como sociales*). En cambio, los meros ambientalistas tenderán a hablar de una «sociedad postindustrial de servicios» y de un «crecimiento limpio» o ecodesarrollo. A mi juicio, estos últimos son conceptos ideológicos en el sentido marxiano de la expresión: vehiculan falsa conciencia.

9. La urgencia política de la hora me parece ir combinando *pedagogía política con transformaciones estructurales* en una escala para la que por desgracia no hay precedente histórico. Lo que está a la orden del día es, en efecto, nada menos que un *cambio de civilización*: y los cambios han de afectar tanto a la base material de nuestra sociedad como a nuestros valores y tradiciones culturales, tanto a nuestra forma de producción y consumo como a nuestras pautas de relación interpersonal. No hay, repito, precedente histórico para una mutación social tan profunda en un lapso de tiempo tan breve como el necesario para evitar que la alternativa *ecosocialismo o barbarie* se incli-

ne irreversiblemente hacia el segundo término de la disyunción. Se ha mencionado el concepto de «pedagogía política»: no cabe otra más efectiva que la *pedagogía del ejemplo*. Precisamente porque hoy las posiciones ecologistas radicales, ecofeministas, ecosocialistas o comunistas verdes son tan extremadamente minoritarias en las metrópolis del Imperio, resulta tan extremadamente importante la coherencia entre las palabras y los hechos, entre el ideario y la forma de vida, para quienes abogan por un cambio de civilización.

10. La *urgencia* de poner en marcha ese proceso de cambio de civilización se deriva al menos de tres razones:

a) *La inercia de nuestras formaciones sociales*: los efectos de las decisiones que se toman hoy en los sectores clave que determinan nuestra evolución no empiezan a notarse sino varios decenios más tarde; y ello tanto en el plano ecológico como en el social. Así ocurre, por ejemplo, en el control demográfico, o en la planificación del sistema educativo, o en la supresión de determinados productos industriales contaminantes, o en la dirección de la innovación tecnológica... (7).

b) *La magnitud de los procesos de destrucción de la biosfera y de degradación social hoy ya en curso*. Por no poner sino un ejemplo: el calentamiento del clima de la tierra debido al «efecto invernadero» —que, según el mejor conocimiento científico hoy disponible, avanza ya con tal ímpetu que podemos aspirar sólo a desacelerarlo y controlarlo, pero no a detenerlo— es una catástrofe ecológica de magnitudes hasta ahora desconocidas, que entraña la posibilidad de degradación violenta de todos los ecosistemas y de la mayoría de las instituciones sociales de las que depende la reproducción de nuestra cada vez más vulnerable *civilización del riesgo*. Según un artículo de Lester R. Brown y otros autores en el excelente número 37 de *Papeles para la*

paz (monográfico sobre *Ecología y paz: la seguridad medioambiental*), entre los años 2030 y 2050 las temperaturas podrían ser entre 1,5 y 4,5 grados centígrados más elevadas que en las últimas décadas, lo que supondría que la tierra sería más cálida de lo que lo ha sido en los últimos dos millones de años. Cedo la palabra a estos autores estadounidenses:

«Los científicos creen que la velocidad del cambio climático superará dentro de poco tiempo la capacidad de adaptación de la naturaleza con respecto al clima terrestre. De hecho, *el fenómeno puede compararse a los efectos de una guerra nuclear* —el cursivado es mío, J. R.— en lo que atañe a su capacidad para trastornar una amplia variedad de sistemas humanos y naturales, para dificultar las tareas de gestión económica y para generar otros problemas diversos. Las obras de regadío, las formas de repoblación rural y la producción de alimentos quedarían trágicamente desbaratadas como consecuencia de un rápido calentamiento. Los árboles están adaptados a un estrecho margen en los niveles de temperatura y humedad, y no pueden resistir un cambio climático rápido. Un ascenso térmico de un grado centígrado por decenio, en las latitudes medias y altas, equivale a un traslado de las zonas de vegetación de 90 a 160 km. hacia el norte. Los ecosistemas terrestres no pueden emigrar con tanta rapidez (...). En el transcurso de esta alteración pueden destruirse vastas zonas forestales, y además la putrefacción y la quema de árboles provocarán un aumento considerable del CO₂ en la atmósfera, lo que contribuiría a su vez a acelerar el calentamiento.»

El examen de otros procesos de destrucción (por ejemplo, la degradación de la capa de ozono que protege el planeta, la desertización —seis millones de hectáreas de tierra fértil se transforman anualmente en yermo; en tres decenios, ello supone una superficie equivalente a Arabia Saudí— o la desfo-

restación —más de once millones de hectáreas anuales) nos llevaría a conclusiones parecidas (8).

c) El hecho de que crecientemente —y sobre todo en lo que atañe al desarrollo de la tecnociencia— estamos *traspasando umbrales de irreversibilidad*. Si en épocas pasadas la ciencia moderna avanzó mediante el método del «ensayo y error», vale decir proponiendo experimentos y aprendiendo de los fracasos, nuestra época parece caracterizarse más bien por la aparición en cada vez más ámbitos de señales de advertencia donde puede leerse: «*A partir de aquí no hay camino de vuelta*». Después de una guerra termonuclear (y del subsiguiente invierno nuclear) no hay posibilidad de regeneración; los organismos alterados genéticamente pueden modificar el curso de la evolución de las especies, condenando quizá a la extinción a miles de ellas (incluso la pesca excesiva, esquiladora, altera irreversiblemente los ecosistemas marinos); las transformaciones climáticas globales son irreversibles a corto plazo y provocarán enormes cambios en la biosfera y en la sociosfera: la dependencia de los sistemas de información que se han convertido en parte integral de nuestra vida social y personal sólo podrá romperse a costa de enormes sacrificios.

11. «De las derrotas se aprende». Es una de las verdades de la sabiduría política tradicional en la que quizá no podamos seguir confiando hoy en día. La razón la expuso hace una década el *Informe sobre el aprendizaje* al Club de Roma: «Con una población tan densa e interrelacionada como la nuestra, que posee, además, un tremendo poder destructivo, nos vemos hoy enfrentados a la posibilidad de un error catastrófico de consecuencias inimaginables. De los desastres pueden, sin duda, sacarse lecciones. Pero quizá no quede nadie para aprovecharse de ellas, y en todo caso el mundo podría quedar tan maltrecho que el daño resultara irreparable» (9). *Hoy no tenemos*

ya *derecho a equivocarnos*: tal es la tremenda responsabilidad que pesa sobre los hombros de los seres humanos actualmente vivos. En un mundo caracterizado por la *creciente irreversibilidad de los desarrollos ecológicos y sociales*, el retraso o el error en la solución de los problemas globales pueden resultar fatales.

12. El fin de una política ecosocialista es la *sociedad emancipada y perdurable*. En las líneas que siguen voy a atreverme a trazar lo que para mí serían los rasgos esenciales de una de estas sociedades, atendiendo sobre todo a su base material (organización económica). De ninguna manera se trata de prescribir una sociedad utópica en el mal sentido de la palabra, normativamente trazada con escuadra y cartabón para mayor pasmo del curioso lector o la amable lectora. Se trata, antes bien, de un ejercicio de fantasía controlada (por la razón crítica) para intentar mostrar con un ejemplo (no arbitrario) que *existen alternativas sociales al criminal desbarajuste presente*. El modelo aventurado en mi «utopía concreta» proviene, con escasas modificaciones, del autor inglés Martin Ryle (10).

Una economía ecosocialista no sería globalmente una economía de mercado (tampoco un socialismo de mercado del tipo defendido por Alec Nove, por ejemplo), aunque sí que incluiría un sector regido por relaciones mercantiles, al que llamaremos, sin embargo, *mercado ecosocialista* porque difiere esencialmente del mercado capitalista clásico. El objetivo de una economía ecosocialista es la *mejor satisfacción igualitaria posible de las necesidades humanas compatible con la preservación de la biosfera a largo plazo*. Ello implica que el desarrollo económico ha dejado de ser un proceso ciego, anárquico, y que está por el contrario sometido al control consciente de ciudadanas y ciudadanos. En una economía ecosocialista, tal control habría de ser democrático.

Un primer sector, al que llama-

mos *sector social* y que ya existe en forma embrionaria en los «estados del bienestar» actuales, podría satisfacer al menos las siguientes necesidades humanas básicas mediante una gama suficiente de bienes y servicios: educación, salud, guarderías, servicios sociales, infraestructura básica (agua, calefacción), transporte, vivienda, energía. Al menos una parte de estos bienes y servicios se proveerían sin transacciones monetarias (por ejemplo, la educación y la sanidad, aunque sin duda no el agua ni la energía, que por razones de austeridad ecologista y racionalidad económica no deberían ser gratuitas). Esta satisfacción planificada de las necesidades humanas básicas se hallaría bajo control social y político (democrático) directo: quizá un tipo de planificación central indicativa a nivel nacional (nunca se repetirá bastante que *los problemas de planificación son sobre todo problemas de información*), y planificación descentralizada en los niveles local y regional. Los objetivos ecológicos (incluyendo la reparación de los daños causados en el pasado) serían prioritarios, se plasmarían en medidas tanto legales como estructurales y condicionarían el funcionamiento de todo el sector.

Este sector social sería el económicamente dominante, y podría desempeñar un papel central en la determinación de las relaciones laborales: en él cabría establecer normas vinculantes para *todos* los trabajadores y trabajadoras en lo concerniente a jornada laboral (lo que constituiría un determinante esencial de la producción social total) y salarios (los salarios establecidos en este sector se aplicarían también a las formas de empleo en el sector mercantil; de igual manera que ya existe un salario mínimo interprofesional, podría concebirse un salario máximo interprofesional, y un abanico salarial estrecho para evitar grandes desigualdades). Los trabajos especialmente duros, ingratos y aburridos podrían compensarse más con reducciones de jornada la-

boral que mediante altos salarios (y quizá cabría establecer un «servicio social» obligatorio para los trabajos más ingratos de todos). Las normas laborales entrañarían el reconocimiento de que el «trabajo doméstico» (muy especialmente el cuidado de niños, ancianos y enfermos) es trabajo socialmente necesario; toda persona que se consagrara especialmente a estas labores básicas sería reconocida y remunerada como un trabajador más (con la garantía de poder participar en otros tipos de trabajo si así lo deseara, mediante una flexibilidad laboral bien entendida). El «salario social básico» lo recibirían igualmente los pensionistas, los estudiantes y cualquiera que no pudiese encontrar empleo o estuviese físicamente incapacitado. *No se trataría, sin embargo, de una asignación universal mínima* como las que hoy tientan a numerosos pensadores sociales, sino de una remuneración por actividad laboral.

El segundo sector sería el *mercado ecosocialista*, donde se producirían bienes y servicios que las personas podrían comprar de acuerdo con sus preferencias. Algunos de estos bienes (alimento, ropa, muebles) son ciertamente necesidades básicas del mismo rango que las atendidas por el sector social: pero de un tipo en el que la elección entre diferentes opciones de consumo es valiosa. Otro tipo de bienes y servicios —libros, televisores, viajes a playas paradisíacas, whisky escocés...— sin duda no son necesidades tan básicas: por ello los mecanismos de mercado resultan adecuados para coordinar demanda y trabajo social, así como para regular la expansión y contracción de las empresas afectadas. Tal es la razón que justifica el sector mercantil y la existencia de dinero. Esto último, por añadidura, posibilita un control colectivo de los niveles globales de consumo individual (política monetaria), lo cual es una necesidad imperiosa en un mundo en el que (por razones ecológicas) la economía operará en un contexto de escasez.

Este mercado ecosocialista (Mar-



La suma de la contaminación producida por la industria química, el sector energético y la automoción supone el 80 por 100 de la contaminación industrial (química 39 por 100, energía 31 por 100, automoción 9 por 100). Estos tres sectores han de ser objeto de una atención preferencial en cualquier programa de transición hacia una economía ecológica

tin Ryle lo llama un «seudomercado») diferiría esencialmente de un mercado capitalista. La fuerza de trabajo no sería una mercancía, pues (como se indicó) los salarios estarían predeterminados socialmente. Se trataría de un mercado no expansivo, en el que no tendría lugar la reproducción ampliada de capital y en el que la circulación mercantil estaría sometida a límites sociales y ecológicos estrictos. No

sería posible la acumulación sin freno: si en algún sector de la economía o en alguna empresa se amontonase mucho dinero, ello indicaría que la empresa podía expandirse o que podían fundarse otras empresas análogas; pero en cualquier caso este dinero (que podría emplearse como un fondo de inversiones) y, en general, los resultados económicos de las empresas estarían sometidos a control cívico a nivel local o regional.

Los excedentes crematísticos podrían ser empleados, como se indicó, en inversión productiva, pero también —si así lo decidiese la comunidad— en alguna festividad pública.

En una economía ecosocialista, a mi juicio, sería deseable que coexistiesen una pluralidad de formas de propiedad, administración y control. En algunos sectores básicos (energía, producción masiva de ciertos bienes) sin duda serían apropiadas formas de control y planificación social directas; en muchos otros casos se preferirían cooperativas o pequeños negocios. En cualquier caso, los incentivos para participar en la actividad económica no se hallarían principalmente en el deseo de lucro privado, sino en buena medida en el placer «altruista» de satisfacer las necesidades humanas —lo cual presupone, naturalmente, una *revolución cultural* que transforme radicalmente la escala de valores hoy imperante en las metrópolis del Imperio—. Pero no olvidemos que el placer «desinteresado» por el trabajo bien hecho y dotado de sentido es ya hoy una motivación importante para muchos trabajadores —e incluso para algunos capitalistas—. Por lo demás, desde una actitud de profundo pesimismo antropológico resulta innecesario plantearse los problemas de la emancipación humana.

Además del control directo en ciertos sectores de la actividad económica por cuerpos cívicos elegidos democráticamente (los amantes de las buenas tradiciones los llamarán sin duda consejos), los objetivos ecológicos, sociales e internacionalistas de la producción estarían garantizados por leyes (que prohibirían o regularían ciertos tipos de producción considerados dañinos, dispendiosos o lesivos de los intereses de países más pobres).

En cualquier caso, este sector mercantil no sería un sector «creador de riqueza» al que fuese necesario parasitar fiscalmente para cubrir las necesidades sociales (tal es el talón de Aquiles de las políticas

socialdemócratas en los «estados del bienestar»: para poder redistribuir, hace falta un capitalismo nacional, robusto e internacionalmente competitivo que genere excedentes de riqueza, lo cual compromete a los gobernantes socialdemócratas mucho más con la buena gestión capitalista de lo existente que con su transformación). Por el contrario, el lugar del mercado ecosocialista en la jerarquía del trabajo social sería un lugar subordinado.

Aunque no puedo abordar aquí la cuestión de la agricultura con la extensión que merecería, es claro que además de los dos sectores de industria y servicios antes mencionados, el *sector agrario* sería de importancia decisiva en cualquier sociedad ecologista. La transición desde la presente agricultura industrial hacia prácticas agrícolas sostenibles (una agricultura menos mecanizada que la actual, extremadamente parca en el uso de pesticidas y abonos químicos, y muy apegada a la tierra en su empleo de métodos biológicos) probablemente convertiría a un segmento notable de la población en *campesinos a tiempo parcial* en granjas familiares, cooperativas o comunas agrarias.

Tal economía sería todo lo descentralizada posible (teniendo en cuenta tanto las economías de escala como el impacto ecológico de las industrias: así, sin duda, tendría sentido la producción industrial masiva de bicicletas robustas y bombillas de larga duración, aunque no la existencia de grandes complejos agropecuarios). La autosuficiencia en energía y alimentos básicos debería lograrse por lo menos a nivel regional. La nación, o más bien el grupo de naciones donde se iniciase una transición ecosocialista, debería buscar gradualmente la *semiautarquía económica* (autosuficiencia hasta donde resulte apropiado, comercio donde ello sea beneficioso para ambas partes) con una estrategia de *desvinculación parcial del mercado mundial*. Ello debería buscarse no como una opción unilateral insolidaria, sino como un ob-

jetivo posible de relaciones internacionales alternativas (no explotadoras para los países del Tercer Mundo). La gradualidad y multilateralidad del proceso serían indispensables para evitar un efecto traumático en las economías de los países más dependientes (monocultivos de exportación en el Tercer Mundo, por ejemplo).

13. En lo que sigue, voy a enumerar brevemente lo que para mí sería el contenido mínimo irrenunciable de cualquier programa de transición hacia una sociedad emancipada y perdurable. Entiendo que ninguna fuerza política ecosocialista, ecofeminista, ecolibertaria, ecologista consecuente o comunista verde (entre estas corrientes, para mí, existen diferencias de tradición histórica, pero una notable identidad de proyecto político) debería aceptar participar en ningún nivel de gobierno superior al municipal sin garantías suficientes de que se iban a cumplir todos y cada uno de los puntos de este «programa mínimo»:

a) Cierre de todas las centrales nucleares, coordinado con un programa importante de ahorro de energía (el objetivo debería ser reducir el consumo energético global en un 50 por 100 a corto plazo) y de desarrollo de la cogeneración y las energías alternativas. Hay que tener presente que entre el 65 y el 80 por 100 de las emisiones de CO₂ a la atmósfera (responsables en parte del «efecto invernadero») provienen de la combustión de combustibles fósiles como el petróleo, el carbón y el gas (11). Por otra parte, la suma de la contaminación producida por la industria química, el sector energético y la automoción supone el 80 por 100 de la contaminación industrial (química 39 por 100, energía 31 por 100, automoción 9 por 100) (12). Estos tres sectores han de ser objeto de una atención preferencial en cualquier programa de transición hacia una economía ecológica. Ello no sólo es financierable, sino incluso rentable creativamente para una economía capitalista avanzada (13).

b) Una política alternativa de transportes encaminada a reducir radicalmente el empleo del automóvil privado, combinando una mejora muy sustancial del transporte público (esencialmente ferrocarril, incluyendo el ferrocarril de cercanías) con medidas disuasorias (por ejemplo, restricción radical del tráfico automovilístico dentro de los cascos urbanos).

c) Una política alternativa de basuras y residuos urbanos e industriales, que incluiría la prohibición de fabricar e importar determinados productos inútiles y no reciclables, y un sistema de reciclaje a gran escala (papel, metales, vidrio, etc.). La actuación tendría que ser al mismo tiempo coactiva (prohibición de muchas formas de envases comerciales, por ejemplo) y educativa.

d) Conversión de la industria militar y de sectores considerables de la industria química.

e) Control social del sistema financiero. Introducción general de un «impuesto ecológico» especialmente gravoso para las industrias más destructivas y los ciudadanos más ricos.

f) Una ley de interrupción del embarazo que haga de la maternidad una opción verdaderamente libre para las mujeres (por ejemplo, aborto libre y gratuito en las doce primeras semanas de gestación).

g) La redistribución del trabajo mediante la reducción gradual de jornada laboral (el objetivo deberían ser las treinta horas semanales a corto plazo), acompañada de una política social especialmente benéfica para los grupos sociales más desfavorecidos (p. ej. pensionistas). Una actuación global sobre la distribución de los tiempos (de trabajo, de formación, de cuidado de los demás, de ocio, etc.) del tipo de la propuesta por las mujeres del PCI en su proyecto de ley «Las mujeres cambian los tiempos». Una actuación global de discriminación positiva a favor de las mujeres para equilibrar las oportunidades laborales.



No hay precedente histórico para una mutación social tan profunda en un lapso de tiempo tan breve como el necesario para evitar que la alternativa ecosocialismo o barbarie se incline irreversiblemente hacia el segundo término de la disyunción. Se ha mencionado el concepto de «pedagogía política»: no cabe otra más efectiva que la pedagogía del ejemplo

h) El abandono de las alianzas (en nuestro caso, la OTAN) y el establecimiento de un sistema de defensa alternativa.

i) Una política de inmigración generosa con países del Tercer Mundo (en especial con los latinoamericanos y magrebíes, en nuestro caso), y la dedicación de recursos materiales y humanos considerables a la cooperación con el Tercer Mundo (privilegiando las acciones a través de las ONG y la consecución de la autosuficiencia alimentaria y sanitaria en aquellos países).

j) Control y participación democráticos en los medios de formación de la opinión pública (especialmente la radio y la televisión públicas). Estricta limitación legal de la propaganda comercial.

14. En la situación actual, la necesidad de una *refundación del proyecto transformador de la izquierda* —entendiendo izquierda en el muy laxo sentido de «conjunto de los

movimientos sociales emancipadores»— es patente. Ni del estalinismo hoy —por fortuna— exhausto históricamente, ni de la desnaturalizada socialdemocracia apuntaladora de lo existente, puede provenir un cuestionamiento radical del tipo de civilización opresiva y depredadora engendrado por el capitalismo —civilización verdaderamente *suicida*, autodestructiva, como no han dejado de confirmar los numerosos estudios de prospectiva científica emprendidos en los últimos veinte años en la senda abierta por el pionero informe al Club de Roma *Los límites del crecimiento* en 1972.

15. Por otra parte, la dinámica verde, pujante y esperanzadora en la mayoría de las sociedades europeas, no está ni mucho menos exenta de problemas, ambigüedades ni contradicciones. Lo que podríamos llamar *ilusión del absoluto comienzo* —la ilusión de que los movi-

mientos verde-alternativos representan una novedad tan radical que han de partir absolutamente desde cero en sus luchas y proyectos— dificulta en muchos casos el diálogo con las gentes que provienen de otras tradiciones emancipatorias, *cuyo concurso resulta necesario para la refundación de una izquierda alternativa, de un proyecto emancipatorio a la altura de nuestro trágico tiempo*. Este proyecto, sustancialmente, no puede renunciar a ninguno de los colores del arcoiris: ni al rojo del movimiento obrero anticapitalista e igualitario, ni al violeta de las luchas por la liberación de la mujer, ni al blanco de los movimientos no violentos por la paz, ni al antiautoritario negro de libertarios y anarquistas, ni mucho menos al verde de la lucha por una humanidad justa y libre sobre un planeta habitable.

16. Antonio Gramsci razonó que *no se puede tomar el poder po-*

lítico sin haber tomado previamente el poder cultural. Son palabras que merecen aún más atención que la debida a la sentencia noblemente facturada de un clásico. La experiencia que formulan la corroboran tanto la exitosa toma del poder por las burguesías europeas en un largo proceso que abarca varios siglos de la historia moderna, como —en negativo— el fracaso del seudosocialismo impuesto por la fuerza de las armas del Ejército Rojo en varios países europeos tras el final de la Segunda Guerra Mundial. De ahí la enorme importancia de avanzar hacia una *ruptura cultural con el capitalismo y con el patriarcado*, desarrollando una *cultura alternativa (emancipatoria)* que en la vida y en la práctica cotidiana de las personas anticipe elementos de la posible *sociedad emancipada y perdurable* a la que se aspira. Forzoso es reconocer que después de la Segunda Guerra Mundial se ha desvanecido casi por completo este horizonte de ruptura cultural para el movimiento obrero en las metrópolis burguesas (14): tras la creativa pujanza del último tercio del siglo XIX y el primer tercio del XX (que llevó, y señaladamente en un país como España, a la cristalización de una *subcultura obrera poseedora*, al menos embrionariamente, de valores, instituciones y prácticas socioculturales radicalmente contrarias a los de las clases dominantes) llegó el aplastamiento en la doble tenaza de las contrarrevoluciones nazifascista y estaliniana, y luego el soborno mediante el bienestar que el espectacular crecimiento económico entre 1950 y 1975 permitió distribuir entre las clases subalternas. Los impulsos más poderosos hacia la ruptura de la subalternidad cultural han venido en las metrópolis del Imperio, desde mediados de los años sesenta, del estudiantado rebelde, la juventud alternativa, el movimiento feminista y la ecología política.

En los (crecientes) segmentos sociales de los excluidos de la producción y el sobreconsumo en las me-

trópolis del Imperio podemos reconocer a los sectores con un mayor potencial de radicalización subjetiva y con un interés objetivo en la transformación radical de este sistema. Por eso, organizar a los parados y paradas (muy especialmente a las desempleadas y desempleados jóvenes) y socializarlos políticamente en «otra política» (radicalmente participativa) ha de ser una de las tareas fundamentales de las fuerzas ecosocialistas y ecofeministas en los años noventa. Ello podría además llevar, de modo natural, a una convergencia con las alas no reformistas de los sindicatos obreros.

17. *Resultaría suicida abandonarse a la consoladora creencia de que algún automatismo* (biológico, social, económico, psíquico o de otro tipo) *obrará para detener el catastrófico curso de nuestras sociedades.* Ejemplos de estas ilusiones serían la difundida creencia en que una vez alcanzado cierto nivel de bienestar material, los individuos desarrollan automáticamente necesidades «inmateriales» y cesa la compulsión al aumento brutal de la producción material; o bien la optimista opinión de Bertolt Brecht —en su *Diario de trabajo*— según la cual el «hombre nuevo» es meramente el hombre viejo en situaciones nuevas. El aparente realismo antropológico de este último punto de vista es inaceptable como arranque para un movimiento de emancipación. Pues las situaciones son nuevas constantemente (y se transforman con rapidez cada vez mayor), sin que nada permita suponer *a priori* que las nuevas situaciones humanizarán algo más al viejo Adán. La frase de Brecht es frontera de varios determinismos, entre otros el sociológico y el tecnológico. Precisamente, el reciente colapso de las sociedades burocráticas de base no capitalista en la URSS y Europa del Este no permite hacerse demasiadas ilusiones acerca de las virtualidades transformadoras de las *situaciones nuevas* —en ausencia de otros factores, que son fundamentalmente de or-

den *cultural y moral. La solidaridad no resulta de ningún automatismo: es el fruto posible de un difícil aprendizaje.* El difícil, contradictorio, incierto proceso de humanización de la aterradora especie animal que somos (quizá pronto animales-máquina, o fábricas biológicas por obra y gracia de la manipulación genética), tiene una componente moral irrenunciable, creo que incluso determinante. Yo hablaría por eso de un *proceso posible de autoeducación de la especie.* Y de la posibilidad de alcanzar niveles éticos aceptables: el tránsito de la *guerra de todos contra todos* a la consideración de los demás como fines en sí mismos, más allá de la relación instrumental. En lugar del axioma de Brecht, habría quizá que proponer: *El ser humano es lo que es, pero puede ser otra cosa.* Sin hacerse en absoluto ilusiones acerca del titánico grado de dificultad que supone llegar a ser otra cosa.

18. En los últimos cinco decenios, los estadounidenses han consumido más recursos minerales y combustibles fósiles que todos los demás pueblos del mundo a lo largo de toda la historia humana (15). Actualmente, ese 6 por 100 de la población mundial consume el 33 por 100 de la extracción anual de recursos no renovables para mantener uno de los niveles de vida y de despilfarro más altos del mundo. Si suponemos que los niveles estadounidenses de tecnología y capital se hubiesen extendido a todo el mundo, entonces *la totalidad de la extracción actual de recursos* mantendría al 18 por 100 de la población mundial a nivel norteamericano, mientras que al 82 por 100 restante no le quedaría absolutamente nada. Basta ese sencillo experimento mental para mostrar que *el nivel de producción y consumo que impera actualmente en el primer mundo no es generalizable*; y por consiguiente el contenido de un programa emancipador en las metrópolis del Imperio no puede consistir en seguir acumulando más, sino en aprender a vivir más frugalmente (*también*

para vivir mejor). El ecologismo igualitario se entrelaza así con el peliagudo problema de la renuncia voluntaria al privilegio.

19. En efecto: más allá de su dimensión estrictamente teórica, lo que la ecología puede enseñar a las sociedades modernas es un *saber de los límites*. Pero con ello rozamos una de las fronteras abismáticas del razonamiento emancipatorio contemporáneo: me refiero a la espinosísima cuestión de la *renuncia voluntaria al privilegio*, esa autolimitación voluntaria (si queremos seguir pensando en el marco de lo deseable, aunque una limitación tiránicamente impuesta por poderes ecofascistas constituye una salida en absoluto inverosímil a la crisis de civilización actual) que, si bien choca frontalmente contra la cultura fáustica de la desmesura que imprime su mortal dinámica a la civilización occidental (y con ella, hoy, al planeta entero), sin embargo no es ajena a los valores desarrollados por otras tradiciones éticas y religiosas hoy subalternas: por ejemplo, las grandes religiones universalistas (cristianismo, islamismo, budismo, taoísmo) y las tradiciones revolucionarias. Un elemento de esperanza: estos valores con potencial salvador, como la medida, la autolimitación, la atención y el cuidado hacia los demás, la solidaridad, la voluntad de comunicación, etc., forman parte preponderante de la subcultura femenina, en buena parte desarrollada al margen de los destructivos valores patriarcales dominantes. El *ecofeminismo* ha ido articulándose como corriente política en muchos lugares desde finales de los años setenta, y la renovadora esperanza que los movimientos de mujeres han supuesto para el conjunto de los movimientos emancipatorios se ha conjurado alguna vez con la hermosa fórmula de *feminización del sujeto revolucionario*.

20. Si bien existen límites externos rígidos al crecimiento material de la humanidad, *no existen límites para el crecimiento interior*: no hay

límites para el desarrollo social, cultural y educativo de la humanidad. No hay límites para la mejora moral. No hay límites para el amor, para la solidaridad ni para la ternura. No hay límites para la estupefaciente riqueza del mundo construido mancomunadamente por el tú y el yo, por el yo y el nosotros; no hay límites para el mundo de las relaciones humanas, las artes y las ciencias. La dimensión de infinitud no podrá reencontrarse en ninguna nueva expansión exterior de nuestra depredadora civilización, sino que es radicalmente propia de las personas: como se ha dicho, el misterio de la relación sobrepasa el misterio del ser. Sólo en la creación (que tendrá que ser invención, y no restauración de ningún quimérico paraíso perdido) de una socialidad libre de explotación y opresión, y en equilibrio dinámico con la naturaleza, podemos atisbar una salida emancipatoria a la sombría crisis presente.

NOTAS

(1) El lector o lectora interesada en esta iniciativa puede consultar *En pie de paz* 18 y *Mientras tanto* 42.

(2) Eduard Pestel en la edición francesa del primer informe al Club de Roma (AAVV, *Halte à la croissance?*, Fayard, París 1972, pág. 90).

(3) El informe de la ONU *Nuestro futuro común* estableció que «La pobreza es causa y efecto principal de los problemas mundiales del medio ambiente» (Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo: *Nuestro futuro común*, Alianza Editorial, Madrid 1988, pág. 23).

(4) *Halte à la croissance?*, pág. 29.

(5) Cf. la reseña por Toni Domènech del informe *Global 2000* al presidente Carter, «Inquietantes coincidencias», en *Mientras tanto* 12, Barcelona 1982.

(6) De la «Comunicación a las jornadas de ecología y política» de Murcia, en mayo de 1979 (en Manuel Sacristán: *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Icaria, Barcelona 1987, pág. 15).

(7) Un buen ejemplo de esta inercia social nos lo proporcionan los cambios en el sistema educativo. Se ha estimado que el retraso de aprendizaje que media entre la percepción de la necesidad de un cambio y la puesta en práctica de éste puede ser de 30 o más años; en este lapso, la razón original del cambio quizá habrá dejado ya de existir (James W. Botkin/Mahdi Elmandjra/Mircea Malitza: *Aprender, ho-*

rizonte sin límites. Informe al Club de Roma, Santillana, Madrid 1979, pág. 101).

(8) El lector o lectora interesados pueden consultar el informe de la ONU *Nuestro futuro común* antes citado.

(9) *Aprender, horizonte sin límites*, pág. 164.

(10) Martin Ryle, *Ecology and Socialism*, Radius 1988, London; una excelente meditación ecosocialista de cuya traducción al castellano me congratularía.

(11) El resto (entre un 20 y un 35 por 100) provienen de la deforestación. También el 50 por 100 del óxido de nitrógeno proviene de los combustibles fósiles. Asimismo, el 35 por 100 de las emisiones de metano (otro «gas de efecto invernadero») se debe a la actividad energética (el resto, principalmente, a la agricultura. Fuentes: *Economía industrial* 271 (monográfico sobre «Industria y medio ambiente»), enero-febrero, pág. 157; *Greenpeace*, «La energía nuclear: preguntas y respuestas», material multicopiado sin fecha.

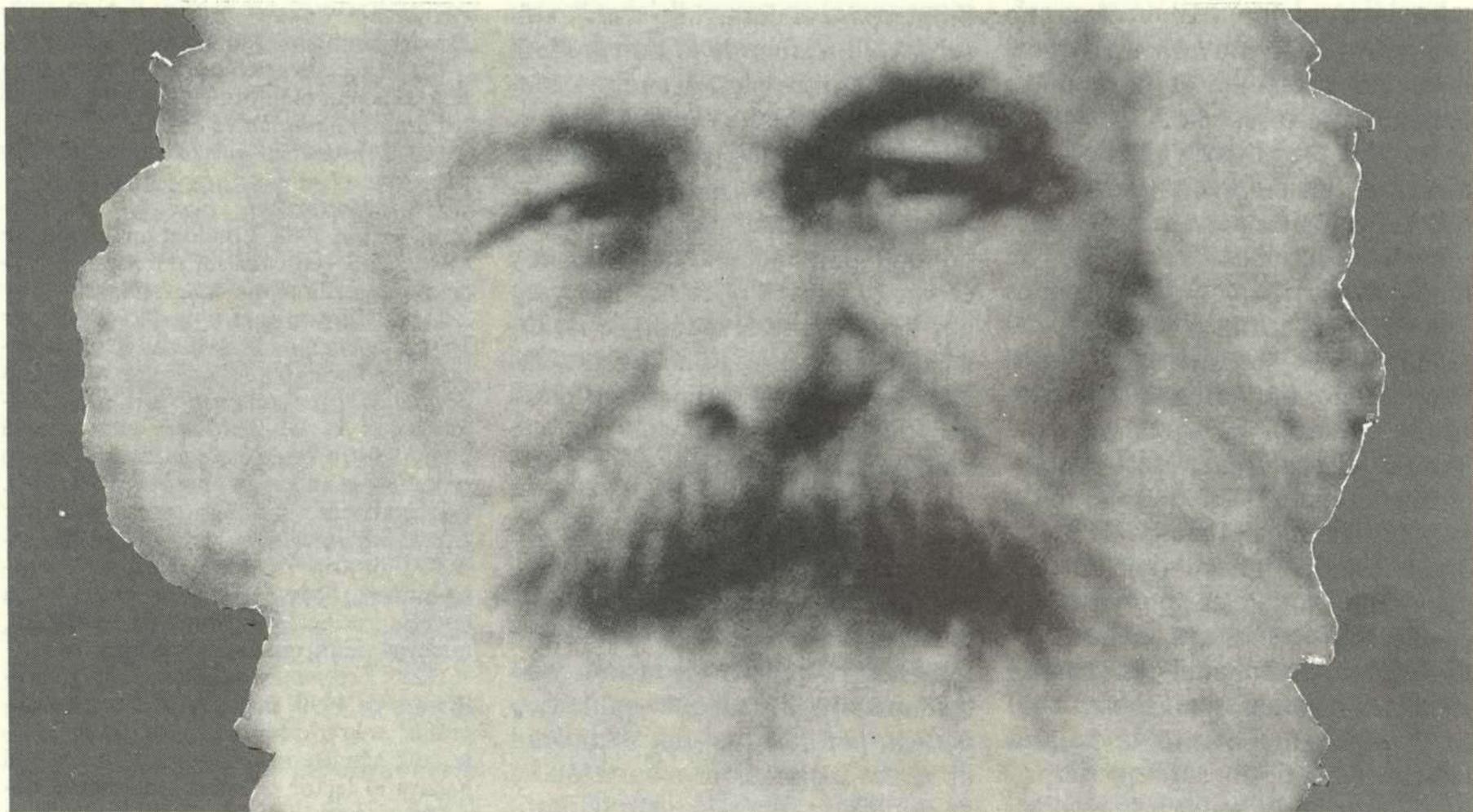
(12) *Economía industrial* 271, enero-febrero de 1990, pág. 170. En este monográfico sobre «Industria y medio ambiente» del Ministerio de Industria y Energía hallará el lector o lectora interesada numerosos datos relativos a la «conversión ecológica» a que se verá obligada nuestra industria para ajustarse a la normativa ambiental más estricta de la Comunidad Europea.

(13) Por ejemplo Holanda, un pequeño país congestionado industrialmente, ha estimado que su programa para reducir la contaminación atmosférica en un 70 por 100 durante los años 90 representará durante esa década un coste anual equivalente al 3 por 100 de su PIB. Pero sabemos que la reducción del consumo energético global (mejora en la eficiencia energética y mejora de la balanza energética por reducción del coste del petróleo) ha significado en los países de la OCDE, entre 1980 y 1988, un ahorro equivalente al 4 por 100 de su PIB (*Economía industrial* 271, pág. 187).

(14) Con algunas notables excepciones (el neoconsejismo de los años 70 en Italia, LIP en Francia, Lucas Aerospace y el *Greater London Council* en Gran Bretaña), que merecen la máxima atención.

(15) Andrew Dobson, *Green Political Thought*, Unwin Hyman, London 1990, pág. 78. Este excelente libro sistematiza y analiza con acierto el ideario verde contemporáneo.

(*) En este texto he elegido para la exposición de algunas ideas sobre ecosocialismo y transformación social en las metrópolis del Imperio la forma algo perentoria de una sucesión de tesis ofrecidas a debate. Espero que la concisión y condensación de las formulaciones (facilitadora del debate) compensará lo abrupto de ciertas afirmaciones y la parquedad de referencias a los trabajos de otros autores de los que el mío, naturalmente, se nutre. Agradezco sus comentarios críticos a Eric Tello y a Paco Fernández Buey.



¿CON MARX O SIN EL?

V. Gavrilov

El recurso frecuente a unos términos casi olvidados, pero altisonantes, como fuerzas de izquierda, alternativa de izquierda, espectro de izquierda, coalición de izquierda, se unen sin titubear a todo aquello que, de una u otra manera, se identifica con los ideales socialistas. Pero, a fin de cuentas: ¿qué se entiende por ellos, cómo alcanzarlos, cómo ponerlos en práctica? La discrepancia en esta cuestión es inimaginable. Pero, además, el interrogante de cómo entender el pensamiento socialista, de cómo desarrollarlo, se alzó más de una vez desde los tiempos de Marx, en las más distintas circunstancias históricas y en aplicación a condiciones totalmente diferentes. Se planteó antes y después de las guerras mundiales, en Oriente y en Occidente, por seguidores moderados y radicales del autor de «El Capital». Recordemos, por ejemplo, a Kautsky y Lenin, a Rosa Luxemburgo y Gramsci, al húngaro Lukács y al peruano Mariategui, al austromarxista Otto Bauer y a los neomarxistas, a los representantes de la escuela francesa, como Marcuse y Horkheimer, a los eurocomunistas como Berlinguer y Carrillo, a los ecosocialistas como Gorest y Epper y un corifeo de la moderna socialdemocracia, como Willy Brandt.

Mas hoy, cuando en toda una serie de países, después de largos años de gobierno, el «socialismo real» «ha presentado la dimisión», la polémica acerca de la suerte de la idea socialista se ha puesto al orden del día, como no había estado nunca y con extrema agudeza. Y siempre, prácticamente, cuando el pensamiento socialista se encontraba en un callejón sin salida o atravesaba crisis, entre sus devotos, como ha ocurrido también antes, se ponía inevitablemente a discusión la actitud ante Marx y ante su herencia ideológica. Estos hacían hincapié en favor de la continuidad, o sea, en la implicación de correctivos en el espíritu de la época y sólo en determinados principios de la doctrina fundamental, «inmortal». En cambio, otros intentaban probar la necesidad de su completa reforma, se exhortaba a una revisión radical de sus principales conclusiones, a la renuncia de la doctrina marxista debido a su clara caducidad y, por consiguiente, inservible. Se esgrimieron argumentos sobre lo erróneo de la concepción en general, de la inconsistencia del «socialismo científico». De ahí, como es lógico, la condena implacable de todo «ismo» basado en él, así como la exigencia, sin el utopista-Marx, de comprender teóricamente y de forma nueva la perspectiva socia-

lista. Al mismo tiempo, se aportaban otros muchos argumentos: al parecer, todas las calamidades provenían de que Marx fue por sus seguidores tergiversado burdamente y vulgarizado a conciencia y que era necesario «depurarlo» de estratificaciones diversas, o sea, de interpretaciones erróneas. A la vez, se alzó también alguna que otra voz, aunque con poca frecuencia, en defensa de Marx, diciendo que éste no comprendía todavía por completo ciertas cuestiones, puesto que no había llegado aún la hora del triunfo de sus pronósticos sociales: se abrirían camino más tarde, no en el siglo XX, como se suponía, sino en el XXI.

Así pues, ¿quién tiene razón? ¿Aquellos que renegaban de su maestro o quienes continúan buscando en sus obras respuesta a los complejíssimos problemas de nuestro tiempo?

El cautivo visionario

Es bien conocido que cada hombre, por muy dotado que esté, pertenece a su época; es prisionero de sus revelaciones, de sus peripecias, de sus problemas. Y, resolviendo éstas, vive con la esperanza y el afán de vaticinar qué le augura el presente, o sea, lo inmediato, y lo distante. Así se condujo también Marx. Es cierto que el pronóstico es profecía de desacuerdo. Unos edifican «adivinando el futuro», otros «por los astros» y los terceros por analogías de la vida... En una serie de casos, los pronósticos cifran la esperanza en un futuro mejor; en otros, por el contrario, pueden afligir. A veces, esos pronósticos son precisos; en ocasiones velados, indeterminados, pero siempre son prisioneros de su tiempo, cuya cuenta no se rige, cuando menos, por el calendario europeo. En cambio, ¿qué huella ha dejado ese tiempo en el escenario marxiano de la futura humanidad? Recuerdo que en ese escenario el futuro aparece radiante.

Los grandes descubrimientos geográficos, la época de la Ilustración, que echó por tierra el mito milenarista acerca de la significación absoluta de los valores bíblicos, los primeros pasos visibles de las ciencias naturales, tal es, quizá, lo que determinó en primer lugar el clima espiritual, el entorno ideológico en el que vivió y creó Marx. Y, naturalmente, no podía por menos que reflejarse en sus puntos de vista y previsiones lo que fue la Razón para las gentes del Dimiurgo, en tanto en cuanto se consideraban Prometeos. Marx no po-

día sentirse excéptico respecto a que el hombre tenía por primera vez conciencia plena de que podía crear como un Dios, como la misma Naturaleza, porque se vio a sí mismo como la «cúspide de la concepción del mundo». De ahí, las ideas del materialismo histórico que, indiscutiblemente, representaron un paso adelante en relación con los conceptos de Libertad, Igualdad y Justicia del humanismo de la era nueva y que no podían separarse del antropocentrismo del siglo XIX.

En el centro de todo, por encima de todo, está el hombre: ¿Qué tiene eso de malo?, nos preguntamos. ¿Qué perjuicio causa esa idealización suya? Hoy es más sencillo responder a semejantes preguntas que veinte años atrás, cuando esas interrogantes no se hacían aún. Qué puede decirse, entonces, del período de hace ciento cincuenta años, cuando sólo tomaba forma el himno en honor de la Razón y el réquiem estaba todavía muy lejos... Y, por supuesto, no se puede culpar a Marx de que no pudiera gustar los amargos frutos del árbol de la civilización industrial; encontrarse, digamos, bajo la «lluvia ácida», enfrentarse con el avance del desierto, con la amenaza del cambio de clima, es decir, con la aproximación de la catástrofe ecológica global. Es verdad que Marx previno un par de veces que la naturaleza puede vengarse de los hombres por la incuria, es más, por la bárbara actitud que éstos mantienen ante ella. Pero no vale la pena de exagerar la importancia de sus advertencias: se referían sólo a situaciones locales. A mediados del siglo pasado no era posible imaginarse que si se echara encima el diluvio universal, sería obra, precisamente, de las destructoras manos del hombre. No habían aparecido los argumentos terroríficos de los «vendedores de oxígeno». El planeta aparecía como un depósito natural e inagotable, algo así como un gigantesco «perpetuum mobile», que asegura bienestar y prosperidad a los terráqueos. El género humano aparecía sensato e inmortal.

El geocentrismo que, por supuesto, no es tolo-meniano, es, sin embargo, otro de los defectos importantes de la visión marxiana del curso de la historia, del desarrollo del pensamiento social. Acaso podía ser de otra manera. Hoy está claro que no, aunque no para todos. Y pese a que Julio Verne pudo ya en aquella época «enviar» un proyectil a la Luna, vendrán más tarde los tiempos en que los hombres se verán obligados a reflexionar en serio acerca de las ciudades-satélites en órbitas cercanas a la Tierra. Pues bien, sólo después se

HOY, cuando en toda una serie de países, después de largos años de gobierno, el «socialismo real» «ha presentado la dimisión», la polémica acerca de la suerte de la idea socialista se ha puesto al orden del día, como no había estado nunca y con extrema agudeza

comprenderá que sin la asimilación de los recursos cósmicos, la salida al Universo y la instalación en él, la humanidad languidecería en su cuna o bien podría perecer de muerte súbita, digamos, a causa de un desconocido «sida» que vaga por el espacio planetario.

De ahí que tanto en «La República», de Platón, en su proyecto de «Estado ideal», es inútil buscar indicios de robots, como en el proyecto marxiano de futuro es ocioso hallar en sus obras indicios o huellas de reflexiones acerca de la no esfera, del estadio coevolucionario de desarrollo de la humanidad, convertido en fuerza geobiológica del Universo, es decir, en un activo factor cósmico. En el siglo XIX preocupaban problemas totalmente diferentes. Y, sobre todo, eran las epidemias de crisis económicas las que obstaculizaban el desarrollo social. Marx diagnosticó con exactitud las raíces de la enfermedad, o sea, la baja capacidad adquisitiva de la población, en medio de crecientes posibilidades de producción, lo que explicaba el modo de apropiación basado en el capital privado. La historia revela el medio de lucha contra la enfermedad: la revolución, la destrucción violenta de lo viejo. Y el material revolucionario estaba a mano: el proletariado industrial. Todo aparecía claro. Quedaba sólo organizar la clase obrera para acciones políticas.

Pero para que el futuro radiante se uniera no simplemente con la emancipación del trabajo, sino también con el desarrollo de la astronáutica, la ingeniería biológica, con todo aquello que hoy permite a la humanidad la posibilidad de sobrevivir, deberían aparecer Tsielkovski, Einstein, Barnard y decenas de otros hombres de ciencia, sin los cuales son inimaginables los éxitos de nuestro siglo. Las nociones de hoy sobre la materia, el espacio y el tiempo se extienden en realidad más allá del contexto de la «Dialéctica de la Naturaleza». Y en esa afirmación no hay nada de sorprendente. En el lapso de tiempo que siguió a la aparición de ese libro, las ciencias naturales se remontaron realmente a alturas no inferiores por importancia a la geometría de Lobachevski, a la teoría de la relatividad, a la genética... Todas ellas constituyeron una revolución en la concepción del mundo, no menor por su envergadura que las que produjeron Galileo y Copérnico. Crecieron la amplitud y flexibilidad de la Razón, cambió de manera radical el cuadro de las micro y macrodimensiones del mundo y todo aquello que era considerado indiscutible y claro, dejó de ser canónico y evidente. El Conocimiento no sólo adquirió experiencia, sino que obtuvo también carta de naturaleza, sin la cual ella misma no era posible.

Sí, Marx pertenecía a otra época, no tan tempestuosa e ilustrada como el siglo XX y que ten-

día hacia la perfección, hacia la belleza de las formas y construcciones ideológicas. El vivió en un período de desarrollo no tan contradictorio e indefinido como nuestro siglo, es decir, en una época en la que predominaban opiniones de sentido positivista; es más, en una época en que acaban de nacer, se configuraban, desprendiéndose de la filosofía, las disciplinas sociales. ¿Acaso no son fragmentarias y especulativas doctrinas de tan destacados investigadores como Darwin y Morgan? En rigor, puede afirmarse que las doctrinas de esos investigadores, de acuerdo con criterios actuales, es difícil incluirlas en la categoría de científicas. La concepción marxista es una excepción. Testimonio de ello es su antropo y geocentrismo. Pero existen también otras razones.

Una de las tres partes del marxismo: el materialismo histórico, que por su naturaleza se relaciona con la filosofía. Otra parte, se tiene en cuenta el «socialismo científico», es por su género futurología positivista. Y sólo la última, la tercera parte, la economía política expuesta en «El Capital», corresponde sobre todo a las exigencias de la investigación científica fundamental. Pero su defecto consiste no sólo en que aquella tiene una orientación política, sino, principalmente, en que no examina una serie de importantísimos aspectos, a cuya investigación Marx se proponía, tras «El Capital», consagrar otros cinco trabajos no menos serios: «La propiedad agraria», «El trabajo asalariado», «El mercado mundial» y «Las crisis». Mas los libros nombrados, por desgracia, al fin y a la postre no vieron la luz. Marx no pudo llevar a cabo su proyecto en verdad titánico.

El carácter especulativo del proyecto marxiano para el futuro condicionó también la base de partida de éste. Pese a la actitud crítica respecto a las ideas en las que se educó el marxismo, éstas fueron en puridad insuficientes para emitir un juicio sobre las tendencias del movimiento social. Por supuesto, esas fuentes fueron más numerosas que las «tres» enumeradas oficialmente, a saber, la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo utópico. El materialismo histórico, por ejemplo, es difícil ideárselo sin el darwinismo, sin la clasificación morganista de las etapas de la historia. Pero desde las alturas del conocimiento actual de la sociedad, que dicho sea de paso tampoco puede entusiasmarlos, se desprende que en el siglo XIX el pensamiento social podía únicamente ofrecer una idea simplista del desarrollo de la civilización. Mientras que el porvenir se perfilaba sencillamente —después de que quedó en el pasado el oscurantismo medieval— en tonos claros, se soñaba con la inevitable asunción del «reino de la libertad», con el que finalizaba la prehistoria de la humanidad y empezaba,



LA idea socialista fue objeto de olímpico desprecio y sirvió para encubrir una política totalmente extraña a esa idea. Después de la expropiación de la propiedad privada, la gente no se convirtió en dueño real de la tierra, de los instrumentos de producción. El dueño de ellos fue de hecho únicamente el Estado, que, de acuerdo con Marx, no debía florecer de manera gradual, sino extinguirse

propriamente dicho, su historia. Esta, de manera lógica, como si de un fenómeno regular se tratase, culminaba la línea de ascendencia social, que iba de los primitivos instrumentos manuales a la máquina de vapor y, de ella, al motor eléctrico, trazando una supuesta línea que resumía la atracción imparable del hombre hacia algo mejor desconocido, hacia la justicia, sin cuyas ilusiones la vida racional, por lo visto, carecía de sentido, se degenera.

¿No provenía de ahí, acaso, la secular estabilidad de las imágenes hipnotizadoras, del espejismo de una felicidad futura? Y el marxismo, se cree, no puede liberarse de ellas y, en definitiva, se ha convertido en una nueva religión universal. Ahora bien, una religión sin Dios, aunque consustancial con sus propios rituales y atributos. Y el lugar de Cristo, dejando a un lado la idea absoluta hegeliana, ha sido ocupado por una personalidad

armónica no menos inaccesible. Sin embargo, al igual que Jesús, Marx no edificó templos. El buscaba el camino... Los discípulos fieles esculpen, de ordinario, los ídolos.

La ética de la liberación

Así pues, Marx es un filósofo de su tiempo, pero sin duda alguna un eminente pensador no sólo en el ámbito del siglo XIX. Pese a toda una serie de grandes errores pronosticados, a él pertenece la palma de haber descubierto lo que desde hace muy poco tiempo ha comenzado a denominarse un mundo íntegro, interrelacionado, contradictorio, una historia única de la humanidad. Fue uno de los primeros que previó también la inevitabilidad de la automatización de la producción, que a juzgar por todo ello sólo en el siglo siguiente diría

su última palabra. Pero, siendo más perspicaz que sus coetáneos, Marx concibió, a pesar de todo, el futuro brillante como un mundo distinto, como un mundo separado por una divisoria, tras la cual permanecerían los problemas, los virus de los males sociales.

Es posible que la práctica social del pasado siglo no diera motivos para la reflexión: ¿no condujo acaso la solución de unos problemas a la aparición de otros nuevos y, por añadidura, incluso más complejos? No surgió todavía, por ejemplo, el problema energético mundial y la necesidad de recurrir a la energía atómica, con los inconvenientes ecológicos que vendrían más tarde, mientras que la insuficiencia de recursos energéticos se mantendría... Un otro ejemplo: hace poco todavía, a muchos partidarios del socialismo se les antojaba que valía la pena de aumentar los potenciales productivos y repartir lo creado por partes iguales, no quedarían pobres y desheredados y todas las gentes serían felices. La cuestión de qué problemas podrían surgir entre los saciados, por lo visto no preocupaba. Con el tiempo se comprobó que si la humanidad alcanzaba el nivel de consumo de los países desarrollados, o sea, comenzaba a vivir dignamente, los recursos de la Tierra no bastarían para mucho tiempo. Dicho en otros términos, en un futuro inmediato se necesitarían nuevas tecnologías. En una palabra, que todo no era tan simple: en lugar de unos problemas podrían surgir otros, totalmente inesperados y, a veces, muy peligrosos.

El desarrollo de la humanidad transcurre, a veces, al azar, por decirlo de algún modo: «Por el método de a prueba». Por ejemplo, acaso es raro que una persona sueñe con vivir lo más posible. Y gracias a los éxitos de la medicina, al mejoramiento de la calidad de la vida, la duración media creció en una serie de países. No obstante, debido a la «renuncia» a la selección natural, comienzan a llegar pagos desagradables. Han aparecido nuevas enfermedades, es más: la amenaza de la degradación del genofondo de la humanidad; el aumento de la proporción de personas deficientes, comprendidas las retrasadas mentales. ¿Cómo proceder, qué hacer? Al lado de la observancia de dietas, del consumo de productos normales, de la conservación del medio ambiente, se cifran grandes esperanzas en los avances de la genética, con las posibilidades de eliminar —mediante procedimientos médicos, sin causar daño a la salud psíquica del enfermo— genes anómalos. Pero, ¿acaso no augura esto el renacimiento de la eugenesia, que a su manera es extraña a la idea de la armonía del individuo? Pero, ¿qué nuevas desgracias puede acarrear el atractivo de la selección? ¿No sería ella la última y perniciosa equivocación de la humanidad?

Sin embargo, con semejantes argumentos no queríamos disminuir la importancia de la protesta ética que Marx hizo contra los injustos regímenes sociales que reinaban en su época. Esta protesta no se relacionaba sólo con la indigente situación de las masas proletarias, con la explotación de éstas, sino también con la alienación del hombre, con el «establecimiento» sobre él de la dominación de las relaciones de propiedad, engendradas por ella misma. La «corona del universo» resultó esclava del objeto, lo que habría hecho su vida más fácil e interesante. ¿Cómo no pronunciarse contra semejante broma de la historia, no pretender encontrar una salida salvadora a la humillante situación del homo sapiens? Marx vio su causa principal en la metamorfosis, es decir, en la transformación de la aptitud del hombre en cosa, en objeto de compra-venta, por sí mismo atributo y no atributo de la gente. Al parecer no es difícil librarse de análogo pecado: basta con eliminar la propiedad privada y hacer a todos dueños de los medios de producción. En tanto que la misión emancipadora de la historia estaba predestinada a la clase obrera. Al parecer...

Empero, la vida no ha dado hasta ahora una tal confirmación, a pesar de más de setenta años de práctica de «socialismo real».

Quizá se trate de que la idea socialista fue objeto de olímpico desprecio y sirvió para encubrir una política totalmente extraña a esa idea. Después de la expropiación de la propiedad privada, la gente no se convirtió en dueño real de la tierra, de los instrumentos de producción. El dueño de ellos fue de hecho únicamente el Estado, que, de acuerdo con Marx, no debía florecer de manera gradual, sino extinguirse. El gobierno de las cosas no ocupó el lugar del gobierno de los hombres. ¿Quizá no dio tiempo para ello, o quizá sea una ficción la tesis acerca del gobierno de las cosas, pero puede que sus raíces fueran mucho más profundas de lo que se suponía? No está excluido tampoco que el procedimiento empleado para eliminar la enajenación era totalmente distinto al que se contemplaba en un principio. Ante esa suposición, tropiezan en los últimos tiempos los testimonios acerca de la disminución, de una parte, del papel de los obreros industriales, de las ramas tradicionales, en el desarrollo social y, de otra parte, del crecimiento de la importancia social no de la producción de cosas ni del gobierno de ellas —como esto acaece a lo largo del siglo XX—, sino de la información, es decir, del aumento de los conocimientos.

El avance de la era del tecnicismo, de la cultura computadora de la vida, proporcionan a los hombres posibilidades infinitamente mayores para descubrir las capacidades individuales, la au-



EN la actualidad, el marxismo es más bien una de las fuentes del movimiento socialista, al cual le espera aún recorrer un camino similar al que recorrió la física de Newton a Bohr

torrealización a condición de observar una actitud sensata hacia la biosfera y hacia sí mismo. ¿A qué es debido el no debilitamiento de la cadena de relaciones de propiedad? Aunque lo comprendo, el desarrollo de la tecnoesfera, del medio material habitable, emancipó al hombre de un trabajo agotador, hizo confortable y multifacético el medio de vida, creó premisas inusitadas y favorables para la democracia. Y a la par de esto, se resucitó en formas y proporciones sin precedentes el culto de los antiguos, el culto de la subordinación ante la fuerza de las cosas. Por lo visto, la futura emancipación del fetichismo mercantil traerá también consigo un nuevo yugo.

¿Cuál? Concretamente es difícil designarlo. Por determinados indicios se presupone que los contactos telemáticos preparan una trampa. Estos tienen mayor efectividad que la consulta con el libro e incluso con otras gentes. En suma, es dable que acreciente la indiferencia de éstos, el escapismo, etcétera, lo que, por muy extraño que parezca, puede contribuir al aumento del tiempo libre de la sociedad. En ello, Marx vio una auténtica ri-

queza, es decir, la condición del libre espíritu creador de las gentes. Mas, por el momento, adoptaba otras formas: el paro, el vagabundeo. Y en el mundo posindustrial puede ser refugio para muchos y muchos «Yo», que se buscan a sí mismos con ayuda de «máquinas pensantes», de «interlocutores artificiales». Motivo para eludir los contactos con los parientes «agresivos» o la tristeza existencial, que surge de manera periódica al tener conciencia de que es irrepetible y único y, al mismo tiempo, de la inevitabilidad de la propia muerte. Sí, no te libras de los dramas espirituales ni de las insatisfacciones y, de ahí, que prosigan las búsquedas de medios de salvación.

El problema de la alienación, así como las fórmulas para el enterramiento de ésta, es decir, el humanismo, que se manifiesta a través de la piedad, de la hermandad, de la libertad, del amor, con el papel de líder, por lo visto nunca serán enterrados para siempre. Los amigos no son eternos, puesto que son humanos, aunque en su «inmortalidad» no son estáticos. Y el relevo tomado por Marx de Saint-Simon y de Fourier habrá que llevarlo hasta la meta, en aras de un horizonte visible pero inalcanzable. La necesidad de la emancipación no desaparece, ésta adquirirá nuevas formas de desigualdad social, incoherentes con las clases. En base a esas formas, se contempla en la perspectiva visible la posibilidad de gentes diferentes que se aprovechan de distintos modos del potencial de la Razón, que, por lo visto, agudiza el problema de las generaciones, la cuestión de la mujer y, a la par, resucita una serie de otros focos naturales extinguidos o a medio extinguir de la tensión social. No es casual que el mundo del arte hable más y más del peligro que representa el renacimiento de los instintos animales en el «medio tecnocrónico».

Hoy es claro que el pensamiento socialista no puede basarse en las «tres partes integrantes» ni beber de las «tres fuentes». Lo uno y lo otro debe tener una amplitud considerablemente mayor. No pueden quedar al margen ni Max Weber, ni Sartre, ni Popper, ni Toffler, ni ninguno de los apóstoles de la tradición contemporánea liberal-humanística, que se cristaliza en el armazón del «Estado de derecho». Con la particularidad de que en esa tradición no debe verse sólo un material complementario, indispensable para el desarrollo del marxismo aplicable a las nuevas condiciones. El marxismo, si es que puede cambiar de manera acorde con el mundo de hoy, lo sería en tanto en cuanto la aritmética sería capaz de sufrir modificaciones.

En la actualidad, el marxismo es más bien una de las fuentes del movimiento socialista, al cual le espera aún recorrer un camino similar al que recorrió la física de Newton a Bohr. ■



EUROIZQUIERDA Y CRISTIANISMO

Presente y futuro de un diálogo

Francisco Frutos

L OS comunistas en España (PCE-PSUC) hemos superado en la práctica algunos de los dogmas que sobre el hecho religioso teníamos y que impedían o dificultaban la convergencia entre personas y colectivos que habían adoptado un compromiso militante con las ideas y valores socialistas, entendidas éstas como una transformación de fondo, una revolución, cultural y política, capaz de establecer sociedades más justas, libres, solidarias, humanistas, racionales, sensibles (no quiero agotar la batería de conceptos que encierra para mí el término revolución, del cual al final intentaré decir algo más).

En 1979 se celebró una jornada sobre «cristianismo y socialismo en libertad», organizada por la Comisión «Militancia comunista y cristianismo» del PSUC. Remarco «socialismo en libertad» (por la polémica actual) y «militancia comunista y cristianismo» (por el asunto que hoy ocupa).

Esta jornada venía precedida de análisis, traba-

jos y decisiones políticas importantes, tanto por parte del PCE y del PSUC (Cte. Ejecutivo PCE, febrero 1975; CC del PSUC, septiembre 1976) como por parte del PCI (Tesis de su X Congreso, 1963. Discurso de Bérgamo de P. Togliatti «El destino del hombre»). Ver los textos escritos que me eximen de una profundización y que sitúan adecuadamente el nivel alcanzado.

Asimismo, y para demostrar que no se avanzaba desde una única posición, diversos pensadores cristianos e importantes eventos jalaban esta larga marcha hacia la confluencia teórica y práctica de los y las comprometidos/as con la lucha por la liberación integral del ser humano. El Concilio Vaticano II, las Conferencias de Medellín (1968) y Puebla (1979) eran hitos, desde el otro teórico lado, que, en el marco de la institución Iglesia, pugnaban por otro análisis y por otra práctica que los que mayoritariamente había impuesto la «Iglesia institución».

Ha llovido desde entonces y seguramente lo que

hoy utilizo como arranque ha sufrido cambios, mutaciones, desarrollos y retrocesos. Hoy hay otro Papa que cuando el Concilio Vaticano II, la teología de la liberación es algo más que un enunciado, el campo del «socialismo real» es el campo de la investigación social y de la crisis económica, moral y política. De nuevo es necesario volver a lo no tan nuevo que, parcialmente al menos, intuíamos muchos y sabían algunos y que nos hizo acuñar el concepto «socialismo en libertad», significando con ello la negación a otro «socialismo» sin libertad, que la historia ha demostrado que tampoco era socialismo. Volviendo a lo nuestro: los comunistas del PCE y del PSUC, con matices y contradicciones, fruto de una débil teoría producto de una más débil todavía investigación y de una realidad objetiva, no recurrente, cual era la de haber pasado la existencia en clandestinidad, entendimos que:

a) El ateísmo militante era un elemento puramente instrumental que, apoyado en un análisis de la realidad existente en un momento histórico, pretendía erradicar la alienación —el opio del pueblo— de la mente de los hombres y mujeres.

b) Podía ser opio de pueblo, entonces, la doctrina oficial que impedía el compromiso del cristiano. Aunque esta calificación y la consecuente acción política contra la situación de alienación inutilizaba, a mi entender, la posibilidad de otro enfoque al problema. El de que la alienación era cierta si el problema religioso enmascaraba el problema socioeconómico y el de la libertad. No era cierto si se era capaz de desbloquear el núcleo central de derechos sociales, económicos y políticos que eran patrimonio de toda la sociedad, pero de los cuales carecían una mayoría de sus miembros.

Si ya entonces era incierto o confuso el concepto, aplicado a una posible práctica unitaria fundamentada en los intereses comunes de los trabajadores y oprimidos, hoy no es que sea incierto, es una antigualla. Aunque la Iglesia institución, o sectores de ésta, actúen como parapeto espiritual y político de las fuerzas económicamente dominantes, lo cierto es que el verdadero, y eficaz, «opio del pueblo» —amén de sectas que proliferan últimamente, casi todas con la marca USA— es el compendio subcultural y subfilosófico de la actual civilización dominante. Valores dominantes que arrancan de una sociedad de consumo, que necesita otra sociedad más amplia de subconsumo o de miseria material y moral; valores que se basan en el individualismo, no

como respeto al individuo, sino como comportamiento egoísta legitimado, en el cual el éxito social, el poder, la riqueza como situación natural del ser humano son los paradigmas.

Y así podríamos continuar con toda una seudofilosofía que se enfrenta a la convicción solidaria de creyentes y no creyentes, utilizando todos los medios modernos para introducir la bazofia seudocultural en la mente de trabajadores, jóvenes, mujeres.

La división no está en el hecho religioso o agnóstico. La división está en el hecho socioeconómico, con sus implicaciones culturales y políticas. La división no está entre creyentes y agnósticos que colocan al ser humano en el centro de sus preocupaciones y luchas, sino entre éstos y los que (creyentes o agnósticos) consideran que el ser humano es un lacayo de sus intereses.

Todo ello nos lleva a una primera conclusión incontestable: los cristianos, en su afirmación de valores evangélicos tales como la libertad, la justicia social, la fraternidad humana, la igualdad..., tienen una incidencia radicalmente constructiva liberadora y desalienante en la lucha por la consecución de los valores socialistas, de los verdaderos valores socialistas, expurgados de la degradación a la que han sido sometidos.

Y en ello estamos todos, codo a codo. Las responsabilidades de los cristianos y agnósticos sólo pueden ser juzgadas por su práctica, no por el hecho religioso o filosófico que empuja a unos y otros hacia un compromiso con el mundo.

No es de hoy, es de ayer y anteayer. Hay compromiso militante (en España) desde la aportación importantísima que miles de cristianos hicieron en los años 60 (hablo de mi experiencia) a la lucha por la libertad, la democracia y, también, el socialismo. Estoy hablando de la creación de CC.OO., USO, FLP, Asamblea de Catalunya, ORT, asociaciones diversas de solidaridad, además de la participación posterior en nuevos movimientos como el pacifista, ecologista, de solidaridad con el tercer mundo. Ahora mismo hay colectivos cristianos, revistas, que aportan ideas y teorías para una nueva izquierda de carácter socialista, organizaciones humanitarias que cumplen una función social y de investigación, militantes de la cultura socialista en la propia jerarquía de la Iglesia.

Yo no estoy, el PCE tampoco, con los que cambiaron su crítica al papel reaccionario de la Iglesia (que ahora lo soportan en una entente política) por

LA división no está en el hecho religioso o agnóstico. La división está en el hecho socioeconómico, con sus implicaciones culturales y políticas. La división no está entre creyentes y agnósticos que colocan al ser humano en el centro de sus preocupaciones y luchas, sino entre éstos y los que (creyentes o agnósticos) consideran que el ser humano es un lacayo de sus intereses

la crítica a la teología de la liberación, a la que o bien tratan con paternalismo displicente, o con descalificación grosera por dogmática, tercermundista, visionaria o fundamentalista.

Yo no soy de los que creen que el hecho religioso estorba. Me estorba la religión de la mezquindad y del egoísmo, la adoración y el culto al poseer, practicados por católicos y por no creyentes. Yo estoy entre los que consideran que un nuevo pacto de hermanamiento debe hacerse entre los que ayer y hoy continuamos defendiendo unas mismas ideas y prácticas que tienen al ser humano como centro de toda actividad política, social y cultural.

En muchos casos, y frente al descreimiento alienado, reconforta más la vital radicalidad de muchos cristianos, sin compromiso organizativo, que no la pátina histórica de izquierdas que se dan en los más diversos salones, los otrora insumisos del sistema, reconvertidos ahora en los «realistas» del nuevo status.

No se trata, por todo lo dicho, de plantear de nuevo viejos dilemas sobre el alma «torcida» del cristiano comprometido, que antaño levantaba sospechas y cautelas, sino de buscar la convergencia práctica y concreta, también teórica, en el análisis de los problemas de la tierra y de los seres que la habitamos, y en la consecuente acción para transformar una realidad que los neoconservadores, viejos-nuevos liberales, modernistas de escaparate y pandereta, nos dicen que es la única posible, eso sí, expurgándola de algunos elementos estéticamente poco presentables.

E intentemos pacientemente construir una nueva realidad. No una nueva realidad absoluta, no hay alternativa global hoy al triunfo temporal pero contundente del sistema establecido, sino una nueva realidad que será fruto de muchos pequeños empujes, de mucho arrimar el hombro para cosas concretas y posibles, de muchas acciones parciales.

Y para hacerlo posible cabe ver con una mirada atenta lo que tenemos encima. Lo positivo y lo negativo, lo que impulsa el alma rebelde y lo que tiende a amortizarla.

Hay una situación internacional contradictoria. Se han producido importantes procesos en el desarme y continúa el peligro de una nueva calificación en los armamentos; parecía verdad una distensión generalizada que liberaba fuerzas y recursos y la crisis del Golfo Pérsico nos devuelve el conjunto de datos de problemas económico-sociales, militares, políticos; continúan vigentes y se agudizan las lacras del tercer mundo, porque desde el mismo esquema centralista y centrista no hay alternativas y planes globales para su desarrollo; la degradación ambiental conoce la puesta en marcha de tímidas medidas, incapaces de hacer frente al crecimiento vegetativo de su degradación y des-

trucción. Aparecen oleadas de primario conservadurismo nacionalista.

En casa, después del triunfalismo desarrollista, reaparecen los viejos vicios y defectos estructurales que nos indican lo superficial de la modernización y lo epidérmico del cambio. A la par que la reaparición de fantasmas, teóricamente extraditados de nuestro catastro social y económico, aparece detrás de las luces de neón de la década prodigiosa el rostro desagradable del viejo pasado que viene a nuestro encuentro, el nuevo huésped africano que goza del placer de la marginación y la muerte en los aledaños del cuerno de la abundancia, el precarizado laboral que sube en los porcentajes del INEM...

Son elementos de una situación que nos permiten encontrar en lo concreto. Para encontrarnos en lo concreto debemos echar una breve ojeada a nuestra casa común, no la de lujo, la nuestra, la de los rebeldes, utópicos, libertadores, comprometidos, que todavía no estamos convencidos de que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Y la primera ojeada nos indica que hay una crisis real de la cultura socialista. Crisis no circunscrita a una sola familia, la comunista, sino con efectos en todas las familias que se reclaman de la cultura socialista:

- La comunista, que cree que socialismo sin libertad y sin democracia no es socialismo, pero que sabe que capitalismo blanqueado y parchado continúa siendo capitalismo.

- La que, arrastrando otras contradicciones, se define socialista o socialdemócrata y que se inspira en los mejores valores de esa tradición.

- La de carácter anarquista, entendiéndose con ello tanto lo organizado como, sobre todo, lo existente de forma dispersa.

- La de inspiración cristiana, se organice donde se organice, o en ningún lugar.

- La de inspiración humanista renovada que, sin adoptar un compromiso político directo, con su actitud personal coincide con planteamientos de fondo de la izquierda.

Crisis y mal momento, por tanto, de la cultura socialista. Pero, a pesar de este mal momento, hay una izquierda real, visible y actuante y una izquierda, también real, aunque sumergida y dispersa.

Como hay un sujeto revolucionario, o susceptible de una acción transformadora (para no inquietar al que todavía está preso de las palabras diverso y disperso), en mutación. Antes lo teníamos más fácil otorgando el título en exclusiva a la clase obrera. Ahora es más complejo, ya que debemos hablar de ésta, de los trabajadores en general, de los movimientos sociales, de las potencialidades de la mujer... Con todo este conglomerado

do de nuevos sujetos potencialmente revolucionarios —concretando qué queremos significar con revolucionario—, será necesario encontrar formas de relación convergentes, que partan de la autonomía de cada cual, que respeten la personalidad —individual y colectiva de cada sujeto— y formas de entendimiento en lo común.

Y para encontrar formas y contenidos comunes lo más adecuado será recurrir al qué hacer y cómo hacerlo, a qué defender y cómo defenderlo. Creo que sólo a través de un programa político y de programas concretos, de propuestas y alternativas, de un discurso coherente, serio y sin temores, de una identidad cultural clara, será posible la convergencia no instrumental. Busquemos algunas ideas generales sobre contenidos:

1. Rescatar plenamente, sin vergüenzas modernistas, la utopía. Ello significa que nuestro horizonte común es el socialismo, socialismo en el marco de la más profunda democracia, entendida ésta como un valor y hecho cultural y político, y no sólo como el derecho a votar y a ser elegido y a defender, a veces de forma abstracta, los derechos humanos.

2. Situar en el centro de la acción política, de forma concreta, la lucha por el desarrollo de todos los derechos humanos, no haciendo una lectura sesgada de éstos. Derecho al trabajo, a la vivienda, a la salud, a la educación, a la cultura y, obviamente, a las plenas libertades individuales y colectivas.

3. La ética como valor cultural y político consustancial, con el comportamiento de los que preconizamos otra política y otra forma de hacer política. La ética puede no rendir dividendos electorales, al menos a corto plazo, pero es algo imprescindible para hacer una sociedad más respirable, menos farisaica, hipócrita y corrupta, más sólida en las relaciones humanas.

4. El impulso al desarrollo de las ideas, de la ideología y de la teoría (por cierto, no veo ninguna separación tajante entre una y otra). La ideología, no entendida como el caparazón de verdad revelada, de dogma inamovible, que justifica todos los desmanes cometidos en nombre del ideal, sino entendida como basamento en las ideas y como elemento clarificador y activador de la práctica, como punto de referencia de ésta.

La teoría, o las teorías, o el debate teórico sistemático, del cual se extraen líneas de actuación política, social y cultural, es, a mi juicio, el elemento necesario para una buena ideología, mutable como todas las cosas humanas. Yo, desde luego, no me veo ni me siento acorralado por los enterradores de las ideologías, que son, casi siempre, los detentadores del poder real o los lacayos de los detentadores del poder real.

5. Los valores de la paz, y lo que se desprende de la posibilidad real de construir una sociedad pacífica y pacifista, deben impregnar todo el comportamiento político —y político incluye el momento personal— de los hombres y mujeres que hacemos una opción socialista.

En esta línea, nuestro pacifismo no debe ser únicamente un reproche, una acción concreta contra la guerra y los belicistas, sino también un gesto permanente contra cualquier actitud que utilice los medios técnicos de comunicación para introducirnos la violencia y la agresividad. De ello, el ejemplo más emblemático lo tenemos en el mensaje colonizador que, en forma de bazofia «cultural», nos viene de EE.UU.

Para que nuestro discurso pacifista sea creíble debe contemplar y analizar a fondo los fenómenos del paro, la marginalidad, la droga, el hacinamiento humano, la agresividad de los grandes núcleos urbanos.

6. La austeridad en la vida individual y colectiva frente al derroche y lujo de amplios sectores de la sociedad, que, además de representar una hiriente ofensa social, crean valores que apuntalan lo más telúrico e insolidario del ser humano.

7. El respeto a la naturaleza como parte del respeto a los derechos humanos.

8. La lucha contra la discriminación en todas sus formas.

9. Un proyecto cultural crítico y solidario capaz de enfrentarse a los «grandes proyectos» de escaparate actuales (contratos millonarios que esconden la propia miseria cultural, simpósiums de bajo interés científico y de alto valor en dietas, ciudades culturales en un año preciso), todo ello haciendo fluir los más diversos clientelismos y utilizando los instrumentos de comunicación públicos para adormecer y degradar las conciencias de las personas.

10. La más profunda, concreta y operativa solidaridad internacionalista, en primer lugar con los oprimidos y expoliados del tercer mundo.

Hay más ideas para la construcción y reconstrucción de una cultura socialista plural. Valgan éstas como recordatorio, ya que ni una sola de ellas es nueva en nuestro acervo común.

Existen medios y fuerzas para organizar unitariamente esas ideas. Hay fuerza potencial para invertir gradualmente la actual situación en un tiempo relativamente largo. Es imprescindible reconstruir la fuerza social, cultural y política capaz de desarrollar una nueva moral que sea trasladable a la acción política. Permitidme decir, una fuerza moral que se convierta en producción directa.

Los cristianos y los que no lo somos tenemos mucho que decir en un mismo sentido. Y lo estoy haciendo desde el PCE y desde IU. ■



DESORDEN Y FERTILIDAD EN LA ACTUAL NOVELA ESPAÑOLA

Rafael Conte

HACE ahora un año nadie le conocía: era un joven profesor de literatura de Instituto, al borde de la cuarentena, casado y con dos hijos, lector impenitente y guitarrista en sus ratos libres, cuando recordaba aquellos años en los que sufragaba sus estudios tocando la guitarra en el conjunto flamenco de «El Fosforito». También era un escritor en secreto, que, tras ocho años de trabajo, había conseguido por fin terminar una novela, «Juegos de la edad tardía», que, tras haber sido rechazada por algunas de las mejores editoriales del país, acababa por fin de ser publicada, sin que al principio casi nadie se fijara en ella. Luis Landero iniciaba así el más espectacular de sus cursos académicos, a finales del mes de noviembre de 1989, a poco más de un mes de que Camilo José Cela obtuviera el Premio Nobel de Literatura.

Un año después, Cela ha dado por concluido este curso tan social como sabático que se vio obligado a otorgar a la presión de la celebridad, mientras el nombre de Luis Landero, tras recibir una espléndida recepción crítica un poco tardía —pues no empezó hasta dos meses después— recibía consecutivamente el premio a la Crítica y el Nacional de Lite-

ratura, está en curso de traducción a numerosos idiomas, lleva diez meses escalando puestos en las listas de libros más vendidos, a cuyos primeros lugares se ha encaramado desde hace unas treinta semanas, y de donde no lleva trazas de ser descabalgado por ahora. Este doble fenómeno, que supone la consagración final —y tardía, todo hay que decirlo— de Camilo José Cela, y el descubrimiento de Luis Landero, ha marcado la historia de la novela española de los últimos doce meses, culminación de una etapa que, iniciada a mediados de los años 80, parece haber adquirido ya sus definitivos perfiles. Tras décadas de confusión, modas políticas o comerciales, falsos renacimientos, avalanchas de premios, de subgéneros baldíos, «best-sellers» de un día, y publicaciones de todo tipo, puede decirse que se abre una nueva era para la novela española.

Nueva era que —y es síntoma de fertilidad— no todos aceptan, pero que el público joven sigue con fidelidad. ¿Cuántas veces se ha lanzado esa especie de «slogan» manido de si existe o no una nueva novela española? ¿Cuántas otras han surgido colecciones de narrativa joven bajo esa palabra tan usada y desgastada de lo «nuevo»? Parece que el cán-

taro ha viajado ya tantas veces a la fuente que al final se ha roto, ha estallado descubriendo que algo albergaba en su seno. Pero, mientras tanto, ¿cuántos esfuerzos inútiles, cuántos bandazos de una hora, cuántas vocaciones artificialmente prefabricadas que se han evaporado como por ensalmo? Cuando, a la muerte de Franco, se iniciaba el proceso del cambio político que iba a configurar un verdadero cambio real, social, político, moral y material en la sociedad española de la última generación, todo el mundo se interrogaba por el balance de nuestra cultura, de nuestra literatura y de nuestra novela también en resumidas cuentas. Pero a mediados de los años 70 la novela española no revelaba síntomas de cambio, ya había cambiado a finales de los 60, y no volvería a hacerlo hasta mediados de los 80, como ya se ha dicho.

La novela no fue algo que fascinó en aquellos años de las apresuradas modas políticas y sociales, no se impuso como síntoma de nada en un principio. No solamente fue algo olvidado, sino perfectamente manipulado bajo los criterios del libro político o de la falsa utilización de unas libertades iniciales —sexuales, por ejemplo— que no se unían en una real libertad final. Hubo entonces muchas novelas políticas, o eróticas, o de otros subgéneros, como las de policías y ladrones, feministas —o femeninas—, históricas y así sucesivamente. Pero la verdadera novela seguía sin surgir, no había salido de algunos cajones olvidados y víctimas de la censura anterior, y las transformaciones de los años anteriores no habían sido debidamente utilizadas.

En efecto, cuando, tras una difícil primera postguerra, había triunfado en los años 50 la narrativa social y de denuncia, comprometida con su tiempo y de índole fundamentalmente ética más que estética, sus carencias artísticas y la transformación económica de la España de Franco habían precipitado su fracaso, al que sucedió algunas búsquedas —una falsa novela intelectual y unos acercamientos a la experimentación que ni una industria y un público lector poco preparados no pudieron trasegar— que fueron arrasados por el «boom» de la narrativa latinoamericana, mientras se recuperaban mal que bien, desordenadamente y con bastantes censuras, algunas muestras de la novela española del exilio.

Pero si la experimentación continuó tras la muerte de Franco, y se culminó el rescate de la narrativa del exilio, el público lector buscaba otra cosa —sobre todo las nuevas generaciones, atacadas, como la sociedad en general, por una injusta y «saludable» amnesia—, la industria cultural se vio obligada a reciclar sus infraestructuras para adaptarse a las existentes en el mundo occidental desarrollado. Desaparecieron empresas y publicaciones ilustres en el mundo editorial, hubo quiebras espectaculares y al final se impuso un proceso de concentración —más bien

de absorción de empresas pequeñas por otras mayores— y otro de penetración de las grandes multinacionales europeas de la edición. Desaparecieron así las tendencias dominantes, la ideología y la política, se impuso el caos, surgieron éxitos coyunturales de escasa duración, modas efímeras, casi se desvanecieron por completo las veleidades experimentales y vanguardistas, y las viejas banderas del realismo social, del compromiso y de la rebeldía política se derrumbaron en el polvo de una democracia meteórica, que no encontraba otro medio de supervivencia que el de la sociedad capitalista más desenfrenada, postindustrial y desequilibradamente superdesarrollada en la que ahora vivimos.

Antes, entre 1968 —«Volverás a región», de Juan Benet, «Las semanas del jardín», y los fragmentos de «El testimonio de Yarfoz» (publicados mucho después, todo hay que decirlo), de Rafael Sánchez Ferlosio— y 1974, fecha de aparición de las «Cartas de negocios de José Requejo», de Agustín García Calvo, o de «Escuela de mandarines», de Miguel Espinosa, estas personalidades influyeron de manera dispersa y diferente, aunque con algunos rasgos comunes —primacía de la estética, sabiduría clásica, presencia del discurso intelectual— en la novela española de manera sorprendente y en principio poco visible, pero como cuatro avisos primordiales. De todos ellos, sólo uno ha seguido una carrera implacable como novelista, Juan Benet, convertido ya en el maestro de las nuevas generaciones, aunque siempre inimitable, mientras Sánchez Ferlosio abandonaba la literatura de ficción, Agustín García Calvo nunca se ha decidido a cultivarla del todo, y Miguel Espinosa falleció repentinamente. Fue una conjunción estelar que ya no se volvería a repetir.

A mediados de los 80, sin embargo, los frutos esporádicos que se habían dado de manera dispersa en el decenio anterior, empezando por la publicación de algunos primeros libros sorprendentes, como «La verdad sobre el Caso Savolta», de Eduardo Mendoza, o la aparición de narradores como Alvaro Pombo o Juan José Millás, o el redescubrimiento de algún retrasado como Javier Tomeo, comenzaron a reunirse y a configurar un panorama no solamente de cierta coherencia, sino también de indudable repercusión entre el público y en la sociedad en general. Por vez primera en muchos años, algunas primeras novelas, y los nombres de estos jóvenes novelistas, irrumpieron en las listas de libros más consumidos o vendidos, codeándose con los nombres ya tradicionales, lo cual es algo insólito en una industria editorial de comportamientos tan conservadores y tradicionales como la española.

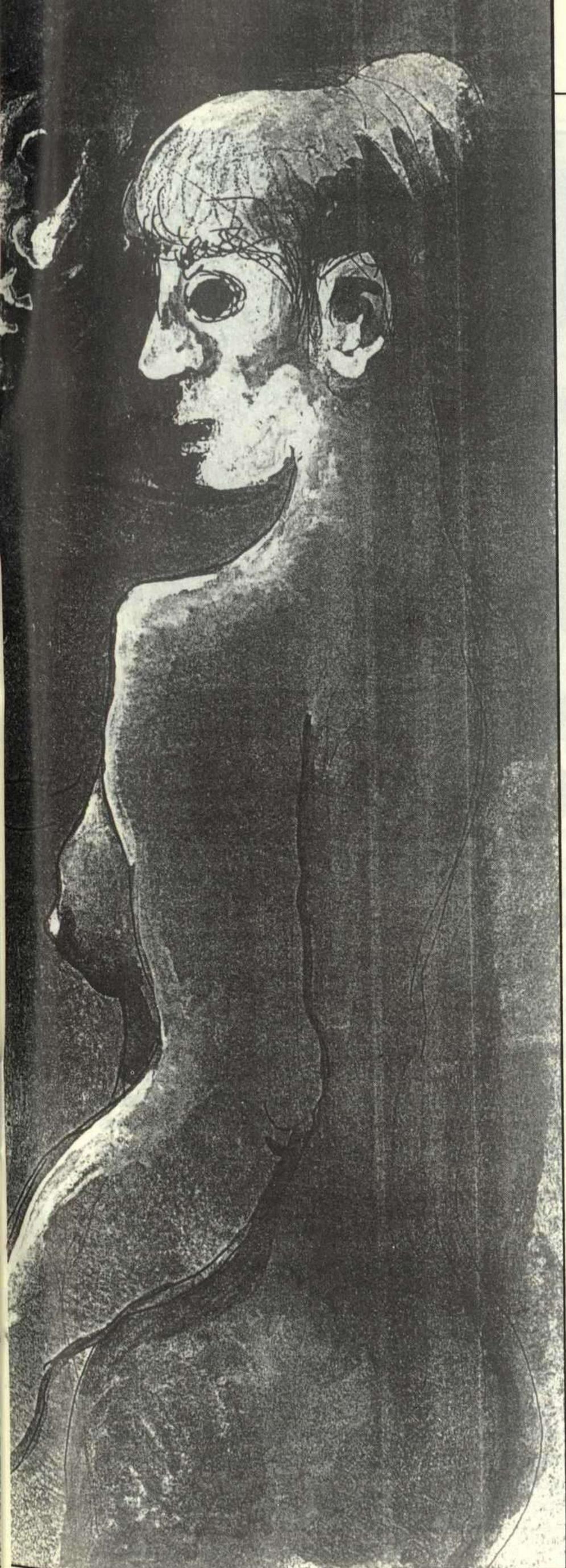
De todas formas, todos estos años finales han servido para hacer balance, un balance que desemboca en el arrasamiento de las viejas generaciones a manos de los jóvenes. De la gran generación de

postguerra sólo han quedado bien situados Camilo José Cela —cuyo Nobel le ha ayudado, a pesar de haber sufrido ataques violentos por parte de algunos jóvenes, a los que antes el premiado había descalificado en conjunto—, Gonzalo Torrente Ballester, el más joven y entusiasta en su triunfo final, y Miguel Delibes, el maestro de Castilla. A su lado, algunas escrituras acendradas, como las de Francisco Ayala y Rosa Chacel o Juan Gil-Albert, y después, apenas nada hasta llegar a los jóvenes, pues la generación intermedia ha sido barrida de la escena. Queda Juan Benet, como se ha dicho, y a su lado Juan Marsé, o Juan García Hortelano, Juan Goytisolo, cada día más rebelde, o su hermano Luis, que desde su tetralogía «Antagonía» no logra traspasar, pese a su calidad, la barrera del gran público, junto a Carmen Martín Gaité o José Manuel Caballero Bonald.

De ellos, habrá que pasar a los jóvenes, algunos de ellos precursores, como Manuel Vázquez Montalbán o José María Guelbenzu, de cuya obra destaca «El río de la luna», un espléndido retrato generacional. Los experimentales de los años finales de los 60, como Félix de Azúa, Javier Marías, Manuel de Lope o Vicente Molina Foix —o hasta Mariano Antolín Rato— van aclarando sus procedimientos y accediendo al gran público, con obras como, respectivamente, «Diario de un hombre humillado», «Todas las almas», «Octubre en el menú», «La quincena soviética» o «Mar desterrado», aunque todavía hay arriesgados que siguen fieles a las nuevas búsquedas formales, como Julián Ríos o José Leyva, y a este grupo se une ahora el último Juan Goytisolo, y también es preciso citar a Javier Tomeo, narrador publicado desde 1967, pero que sólo en el último decenio, con obras como «El castillo de la carta cifrada» y «Amado monstruo», entre muchas otras, pues el éxito le ha desmelenado, ha adquirido creciente fama en España y en el exterior. Pero de todo este grupo habrá que destacar a Manuel Vázquez Montalbán, el creador más riguroso y consciente desde el punto de vista ético de toda la narrativa española actual, triunfador a través del subgénero de la novela negra —con la célebre serie del detective Pepe Carvalho—, pero que es sobre todo un poeta, un ensayista lúcido y crítico, y un narrador más significativo con «El pianista», «Los alegres muchachos de Atzavara» y «Galíndez».

Rosa Montero empezó cultivando la novela realista y hasta feminista, pero tras «Te trataré como a una reina», se ha pasado a la alegoría poética en «Temblor», siempre seguida por amplios sectores de lectores, mientras Soledad Puértolas —«Todos mienten», «Queda la noche»— cultiva una literatura más intimista, y Cristina Fernández Cubas —«El ángulo del horror» o «El año de gracia»— los oscuros terrenos de la fantasía, a los que también se acerca, me-





nos explícitamente, Adelaida García Morales con «La lógica del vampiro».

Uno de los éxitos más tempranos fue el de Jesús Ferrero con el exotismo inquietante de «Belber Yin», que después no ha superado, o el de Javier García Sánchez con «La dama del viento sur», que por ahora ha desembocado en la gigantesca y torrencial «El mecanógrafo», más terrorífica y existencial, mientras Alejandro Gándara en «La sombra del arquero» busca una nueva épica. Y entre los últimos recién llegados, los mayores éxitos han sido los de Julio Llamazares —«La lluvia amarilla», «El río del olvido»—, Luis Mateo Díez —«La fuente de la edad», y sobre todos, Antonio Muñoz Molina con «El invierno en Lisboa» y «Beltenebros». Y un olvidado de las antiguas generaciones que ha renacido con fuerza envidiable, José Luis Sampedro, con «Octubre, octubre» y «La sonrisa etrusca».

Ahora se ha puesto de moda el placer de contar historias, la «narratividad» sobre todo, abandonando otras intenciones previas. Pero acaso las historias sean demasiado banales a veces, demasiado ligeras, por lo que también se ha hablado de «novela light», lo que tampoco ha dejado de ser un insidioso reproche. En la pasada temporada, uno de los libros más vendidos ha sido «Las edades de Lulú», de Almudena Grandes, novela erótica que ha triunfado por su realismo, su anclaje en lo particular y las dotes expresivas de su autora, que acaso llegue a convertirse algún día en una buena novelista. Y, pasando por los nuevos éxitos premiados con el Planeta y el Nadal —Soledad Puértolas y Juan José Millás con «La soledad era esto»— hemos llegado a Luis Landero, que ha vuelto la vista atrás, hacia el propio Cervantes, y ha elaborado una fábula quijotesca, humorística, seria, grave y hasta lírica, bastante dramática en resumidas cuentas, «Juegos de la edad tardía».

Vuelta a la vida privada, abandono de los dogmas y las banderas, preocupación intelectual en los mejores, humor en muchos autores serios, escepticismo y autocrítica, y sobre todo la aspiración a una buena escritura, a un buen nivel expresivo. Estos son los últimos datos, aunque ya no haya tendencias dominantes, pero sí un peligro grave: la tentación del consumo, de plegarse a las leyes del mercado, de obedecer a lo descaradamente mercantil. Ahí está lo peor, desde luego, pero nunca ha habido demasiado orégano en un monte, otrora tan escaso, por lo que esta última riqueza cuantitativa bien podría dar resultados algún día. Sin contar que no hemos hablado de la novela en gallego —Alfredo Conde, Carlos Casares, Víctor Freixanes o Manuel Rivas—, en catalán —Porcel, Saladrigas, Moix (ahora en castellano), Monserrat Roig, Valenti Puig, M. De Rivera y Monzón— o de la última revelación en vasco, Bernardo Atxaga. El desorden aumenta al mismo ritmo que la riqueza.



LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA: SU INSTALACION EN LA MEDIOCRIDAD

Carlos Paris

¿Cuál es la situación de la Universidad española? ¿Cómo podemos juzgar su estado actual? Evidentemente, los juicios no se formulan en el vacío, sino con arreglo a un término de referencia valorativo. Al pedirme **NUESTRA BANDERA** que escriba sobre nuestra Universidad, no puedo evitar el recuerdo de anteriores escritos míos sobre el tema. Así, el que en 1974 publiqué sobre la Universidad española, subtítulo «posibilidades y frustraciones» en atención, precisamente, a la idea central de que nuestra institución era capaz de un desarrollo que la dictadura franquista aherrojaba. Era aquella la perspectiva de un futuro esperanzado, que se proponía la construcción de un nuevo modelo de organización y de vida universitaria, como expusimos, algo después, en el libro colectivo «Hacia una nueva Universidad», resultado de un trabajo propiciado por el PCE en los momentos de «salida a la superficie».

Semejantes recuerdos personales se inscriben, manifiestamente, en el marco de una producción

escrita —que comprende no sólo libros y artículos, sino manifiestos, declaraciones, textos muy variados— y sobre todo se sitúan en la dinámica de las luchas que el «movimiento universitario» llevó a cabo en el amplio frente de la oposición política al régimen y en el concreto de la proyección de la dictadura sobre la Universidad. Una larga lucha, desde el 56 y sobre todo desde el 65, que, aun conducida por una minoría, agitó intensamente en la última década del franquismo a todas las universidades y en la cual florecieron iniciativas y proyectos múltiples. Indudablemente su solidez y motivaciones eran muy desiguales. El cuestionamiento de la Universidad vigente podía levantarse a la crítica de la sociedad de clases o moverse en el terreno de las reivindicaciones gremialistas o las ambiciones personales. Resultaba caricaturesco en análisis que trasladaban la lucha de clases a la Universidad, considerando a los estudiantes como el proletariado, los catedráticos como la alta burguesía y los PNNs convertidos en clases medias.

Pero, decisivamente, la figura de la Universidad, perfilada por los sectores más dinámicos de profesores y alumnos, acusaba los rasgos críticos, la voluntad transformadora, el compromiso. Y, a contracorriente del poder, se iban imponiendo prácticas ambiciosamente innovadoras, desde las decisiones asamblearias hasta la participación de los estudiantes en el gobierno de los departamentos, en el desarrollo de las explicaciones y en las calificaciones.

Evocar, ahora, aquellos tiempos no representa un ejercicio proustiano encaminado a complacer nostalgias. Se trata, más bien, de buscar una referencia objetiva para entender y valorar nuestra situación, considerando su punto de partida. Y a la par —aunque no sea el objeto propio de estas páginas— iluminar, también, el movimiento universitario de los últimos años del franquismo, apreciar su verdadero calado, en la perspectiva que la trayectoria de estos años ofrece con el espectáculo de tantas piruetas integradoras.

Normalización e integración

Lo primero que salta a la vista, si comparamos la Universidad española de nuestros días con la de los últimos tiempos de la dictadura, es el obvio fenómeno de la normalización y distensión. La violencia que presidía la vida universitaria, resultado de la contradicción entre las aspiraciones de la comunidad universitaria y la represión de la dictadura, se ha extinguido. La lucha política que devoraba la actividad académica, con el espectáculo de universidades ocupadas policialmente o clausuradas, con huelgas interminables y exámenes boicoteados, con detenciones y expulsiones, aquella situación en que el desarrollo de una clase representaba un fenómeno excepcional —incluso pintorescamente clandestino en el interior de departamentos cerrados oficialmente— ha cedido paso al ejercicio habitual de la docencia y la investigación ciertamente dentro de las limitaciones metodológicas y económicas, a que aludiré. Y, al compás de esta instalación en la normalidad, el impulso político, especialmente en sus dimensiones más ambiciosas de crítica a la sociedad actual, se ha apagado. De la Universidad reprimida y rebelde, no sólo en su protesta contra la dictadura, sino en sus pretensiones revolucionarias, se ha pasado a una Universidad sólidamente integrada en el orden vigente.

El fenómeno no es puramente español, pero,

de momento, debemos analizarlo en nuestro país. ¿Cuáles serían las claves de esta evolución? Sin duda determinadas e inmediatas reivindicaciones del movimiento universitario han sido logradas, al menos en un grado mínimamente aceptable. En primer lugar y en el marco general, vivimos en un Estado democrático, cuya Constitución asienta en principio las libertades básicas. Ciertamente es, también, que el efectivo ejercicio de esta democracia, aun en términos puramente formales, no deja de ofrecer importantes deficiencias, susceptibles de inquietud y debate en una comunidad universitaria que mire más allá de sí misma. Pero desconocer el cambio radical y el progreso respecto a la dictadura que la instauración de la democracia ha supuesto, supondría realizar un análisis tan ciego como reaccionario.

Y en el interior de la Universidad no sólo se ven las consecuencias beneficiosas de nuestra transformación jurídica y política, además se ha reorganizado su funcionamiento acogiendo aspiraciones democráticas internas. Debe, ciertamente, precisarse que lo que se ha hecho, en gran medida, ha sido poner en práctica y perfeccionar mecanismos ya previstos en la Ley General de Educación de 1970. Introducidos, entonces, al calor del intento de reforma educativa, como principios de racionalización tecnocrática, que bajo el régimen franquista se hacían difícilmente viables y tuvieron, así, una existencia conflictiva. Tal es el caso de la autonomía universitaria, de la electividad de los cargos universitarios, de la estructuración de los órganos de gobierno, desde los departamentos hasta los claustros con participación de los distintos sectores de profesorado, estudiantes y personal administrativo y de servicios. Lo que realmente ha representado, en este sentido, la LRU no ha sido propiamente una innovación, sino una normalización y asentamiento de algo que ya alentaba en la comunidad universitaria e incluso funcionaba, a veces en términos más amplios, desde los orígenes de la transición, cual ocurría en la Universidad Autónoma de Madrid. Y que curiosamente, una vez institucionalizado, interesa muy escasamente a los sectores estudiantiles.

Estrechez y cortedad del horizonte universitario

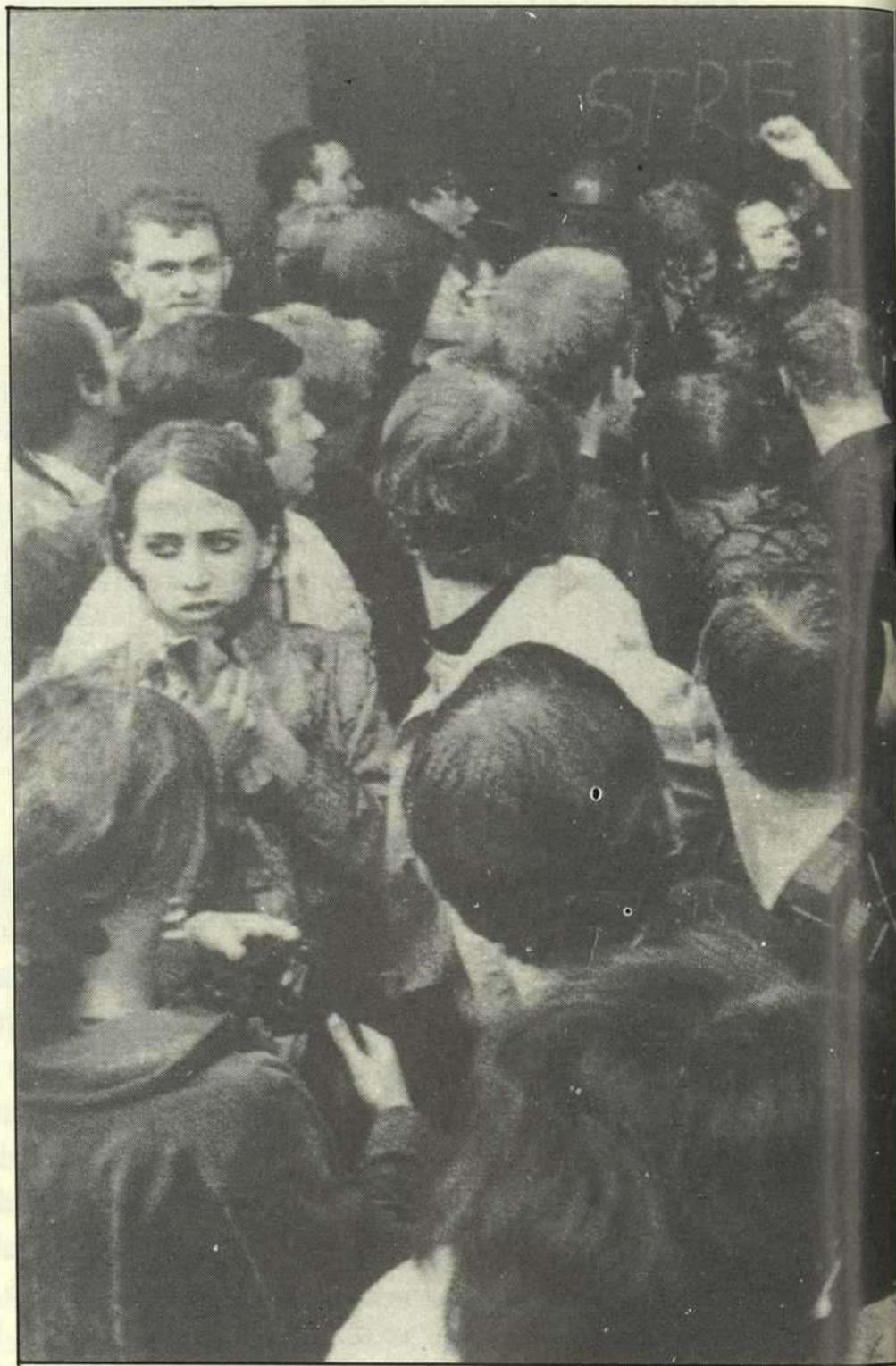
En efecto, la apatía constituye la tónica dominante de nuestra actual Universidad, tanto res-

No es sólo cuestión de ética: según temores que ya hace tiempo expresé, la Universidad ha entrado en una fase en la cual, en lugar de dedicarse centralmente a la docencia y la investigación, se transforma en una superestructura administrativa, en una «metauniversidad» cuya actividad se agota en el trabajo de organizarse y programarse a sí misma

pecto a su nuevo estudiantado como en relación con unos profesores, bastantes de los cuales fueron hace años contestatarios a veces verbalmente terribles. Desde el punto de vista político, el hecho ya señalado de que ciertos objetivos del movimiento universitario hayan sido mínimamente cubiertos sólo explica parcialmente la situación. Porque el movimiento universitario de hace años se proponía metas bastante más encumbradas que las alcanzadas en la España actual. Utilizando la terminología clásica, ¿es que era todo verbalismo pequeño-burgués? O, ¿es que «contra Franco vivíamos mejor»? Aceptar seriamente tan irónica afirmación sería asentar que el aguijón de la represión es necesario para estimular la creatividad humana.

Y evidente es que la Universidad, liberada de sufrimientos y luchas impuestas por el absurdo, por la gravitación anacrónica, fantasmal durante cuarenta años de una sublevación militar, podía afrontar en su nueva etapa espléndidas tareas. Tanto en el orden del compromiso con los grandes problemas sociales y políticos de nuestra época —el hambre, el armamentismo, la manipulación de la cultura, la discriminación de la mujer, el deterioro de la naturaleza— como el desarrollo de sus tareas más específicas, la actividad científica, la investigación, la preparación sólida de los profesionales que nuestra Universidad sociedad requiere. ¿No hubiéramos podido convertirnos en una comunidad apasionada por el saber, por su desarrollo y transmisión? ¿En una institución generosamente entusiasmada por su responsabilidad ante el futuro abierto a nuestro país? Era el momento de reanudar el impulso que había animado a nuestra cultura en las décadas anteriores a la Guerra Civil y de capitalizar la obra desarrollada duramente, a contracorriente de la dictadura, por la resistencia intelectual. Mi impresión es que tales posibilidades han sido vividas de forma asaz limitada. Desde el sector profesoral lo que verdaderamente ha dominado ha sido la imagen de la Universidad como un área de posibles instalaciones vitales, como una finca acogida a los presupuestos del Estado. Dentro de la cual, resolver la subsistencia personal, repartir puestos de trabajo y asentar zonas de poder constituían las grandes tareas. La «cultura del reparto», según la expresión que he utilizado ya en alguna ocasión, se ha impuesto a la «cultura del simpósium», la visión de la cultura como competencia por bienes apropiables, frente a su vivencia como común y solidaria búsqueda de la verdad.

Un factor que, a mi modo de ver, ha influido en esta degradación de nuestra mentalidad universitaria ha venido dado por la acumulación de



La Universidad española, especialmente en sus relaciones con la sociedad actual, se ha apagado. De la Universidad se ha perdido su protesta contra la dictadura, sino en sus protestas por una Universidad sólidamente integrada en el

oposiciones —según la nueva regulación «concursos»— en el lapso de estos últimos años. Situación forzada por la política de funcionarización —y liquidación de la figura más ágil del profesorado contratado— en que los Ministerios del PSOE se empeñaron. Al añadirse, por otra parte, la multiplicidad de procesos electorales, ciertamente inevitable, para los cargos de dirección y los órganos de gobierno, se ha proyectado sobre un colectivo cargado de frustraciones la imagen de la Universidad como un botín a repartir. Verdad es que no sólo la Universidad,



**dimensiones más ambiciosas de crítica
Universidad reprimida y rebelde, no sólo en
tensiones revolucionarias, se ha pasado
orden vigente**

gran parte de la vida española, singularmente la política, ha sido conmocionada por este movimiento de estampida hacia las zonas de poder abiertas en la transición, largando el lastre de anteriores compromisos. Respecto a nuestro más concreto tema, es claro que la rápida sucesión de «concursos» ha convertido la institución universitaria en un tablero de ajedrez, sobre el cual cada oposición, más que un acto autónomo de justicia, es un movimiento de piezas hacia el dominio del tablero...

No es sólo cuestión de ética: según temores que

ya hace tiempo expresé, la Universidad ha entrado en una fase en la cual en lugar de dedicarse centralmente a la docencia y la investigación se transforma en una superestructura administrativa, en una «metauniversidad» cuya actividad se agota en el trabajo de organizarse y programarse a sí misma. Junto a las oposiciones y actos electorales, la elaboración de estatutos y reglamentos —de Universidad, de Facultad, de Departamento, de Bibliotecas y dependencias múltiples— han consumido interminables jornadas. La funcionarización, la burocratización, el reglamentismo, actuando en un medio carente además de las necesarias infraestructuras administrativas, han lastreado poderosamente el funcionamiento de la Universidad. Y han creado un clima propicio para la supervivencia y triunfo de ambiciones mezquinas y mentalidades de oficina kafkiana, ciertamente añadidas al eterno esfuerzo de idealistas ingenuos —si se me permite me contaría entre ellos— capaces de enrolarse en estas tareas. Un clima en el cual la lectura del «BOE» y los diversos reglamentos, en estrecha convivencia con el cotilleo, se han erigido en las fuentes máximas de sabiduría, desplazando a los Libros Sagrados y a los clásicos...

La tenacidad de la anticuada metodología

Si la actividad universitaria ha experimentado esta importante, y en gran medida negativa, deriva hacia tareas organizativas y de autoalimentación, la concepción de su funcionamiento docente e investigador no ha sido objeto de modificación alguna —cuando éste debería haber sido el centro de una verdadera reforma—, permaneciendo anclada en viejas prácticas. Aquellas que conciben al profesor fundamentalmente como un orador y al alumno como una inmensa y desesperada oreja, conectada con una mano que toma apuntes. Un personaje, el profesor, que recuerda al «Orator» de Tadeus Kantor, pronunciando su discurso solipsista, en medio de una afanada multitud totalmente ajena al mismo; en nuestro caso, no sólo por razones de indiferencia, sino por las mismas condiciones de las aulas en que se apiñan los estudiantes. Salvo, ciertamente, el caso de las Facultades consideradas menos prácticas y, por ende, menos solicitadas.

Esta arcaica visión de la actividad universitaria, propia de culturas orales, anteriores no sólo a las nuevas tecnologías sino a la invención de la imprenta, se perpetúa absurdamente por la doble influencia de la rutina y la penuria económica, frustrando simultáneamente a estudiantes y profesores. En el caso del profesorado, se concreta en la asignación de sus obligaciones, centradas decisiva-

mente en la preceptiva «impartición» —según el episcopal término atribuido a la docencia— de las ocho horas semanales de clase. Lo cual supone, normalmente, el desarrollo de dos cursos de licenciatura, más uno de doctorado.

Amplitud de tareas que no solamente convierte la investigación en un empeño esforzado y supletorio, sino que, en sí misma, resulta difícil de satisfacer con el nivel adecuado a la docencia universitaria. Fácilmente ésta tenderá a convertirse en una práctica rutinaria, repetitiva y desprovista de contacto con los alumnos en la licenciatura, así como en una improvisación, más o menos aparatosa, en los cursos de doctorado. Situación agudizada, además, por la insuficiente y muy tardía puesta en marcha del año sabático. Verdad es que un buen número de profesores —y no pienso en los casos de incumplimiento, sino en los que man-

tienen una dedicación real a la profesión— ha sido capaz de escapar, mediante recursos múltiples, de este estrecho marco. Resultando así que sólo una parte del profesorado es víctima del mismo. Como personalmente formo parte de este sufrido número, se me ha ocurrido computar el número de horas que he dedicado a «impartir» clases teóricas a lo largo de mis cuarenta y tres años de docencia universitaria, resultando la cifra de 9.675, casi 10.000 horas de vuelo ideal por las regiones del discurso. Que si en el orden del vuelo físico dibujan la figura de un veterano piloto, en este

otro, más sutil y metafórico, requerirían para ser satisfechas en Universidades situadas allende nuestras fronteras la suma de las dedicaciones vitales de varios profesores de un departamento. Que tales son los «récorde» que nuestro profesorado debe batir, sin darles mayor importancia.

Resulta inquietante que esta defectuosa concepción de la actividad universitaria no sólo se mantiene, sino que incluso se ha extendido al doctorado con la nueva regulación del tercer ciclo. Si anteriormente un estudiante comenzaba su carrera investigadora con la elaboración de la «tesina», pudiendo inmediatamente después iniciar su tesis doctoral, centrando así dicho tercer ciclo en la actividad investigadora, actualmente se ve obligado a prolongar su condición discente a lo largo de dos cursos, los cuales en la práctica, dado el número de horas exigidas, la acumulación de alumnos en algunos casos y las limitadas posibilidades de un profesorado recargado, tienden a convertirse —a pesar de las pomposas exigencias burocráticas—

en una continuación de la licenciatura. La obligatoriedad de asistir a tales cursos, por otra parte y no existiendo una adecuada provisión de becas, favorece a los alumnos liberados de necesidades laborales. Curiosa y lamentablemente una regulación proclamada como impulsora de la investigación se convierte exactamente en lo contrario.

La política ministerial de los últimos años en el terreno universitario, en efecto, parece poseída por la voluntad de justificarse introduciendo reformas legales que muchas veces no han hecho sino alterar el vocabulario o complicar, desde fuera, la vida universitaria. Tal ocurre con la perentoria y paradójicamente inacabable elaboración de los nuevos planes de estudio impuesta a las Universidades. Sin negar el interés de crear nuevas titulaciones, sobre el cual se insiste habitualmente, parece difícil un verdadero avance mientras no se

modifiquen las condiciones económicas y metodológicas de la vida universitaria. En el actual clima, aquello que se ha desencadenado ha sido, dada la división entre materias optativas y obligatorias, una lucha por primar como «truncal» el propio dominio y calcular las plazas a cubrir en los años inmediatos.

Consideración general

El señor Fukuyama, en un escrito tan endeble como famoso, nos auguraba la inminencia de un mundo terriblemente aburrido.

No parece que sus precipitadas previsiones lleven camino de cumplirse en la escena internacional, pero desgraciadamente corresponderían bastante bien a la situación actual en un campo bien restringido y por él impensado: el de la Universidad española. Desprovista globalmente —salvo heroicas excepciones— de ambición creadora en el terreno del saber y de sensibilidad comprometida en los problemas de nuestra época, se agota en una actividad rutinaria, desarrollada en pésimas condiciones y en paupérrimas disputas de poder, a la par que se desvanecen las esperanzas y energías de hace unos años. En ella, como en muchos otros dominios, se expresa la mediocridad de nuestra transición democrática, tan exaltada por los conservadores de todo el mundo. El análisis pormenorizado de tal situación desborda ya los límites de estas páginas. Pero en todo caso la conciencia crítica y no resignada en que las he escrito me parece un momento necesario e inicial para abrir un mejor futuro.

EL señor Fukuyama, en un escrito tan endeble como famoso, nos auguraba la inminencia de un mundo terriblemente aburrido. No parece que sus precipitadas previsiones lleven camino de cumplirse en la escena internacional, pero, desgraciadamente, corresponderían bastante bien a la situación actual, en un campo bien restringido y por él impensado: el de la Universidad española

Nuestra
Bandera

es
LA IZQUIERDA

SUSCRIBETE

TARIFAS DE SUSCRIPCION ANUAL

ESPAÑA:

Península 3.250 ptas.

Islas 3.060 ptas.

EUROPA 3.700 ptas.

AMERICA Y AFRICA 4.300 ptas.

ASIA Y AUSTRALIA 4.800 ptas.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

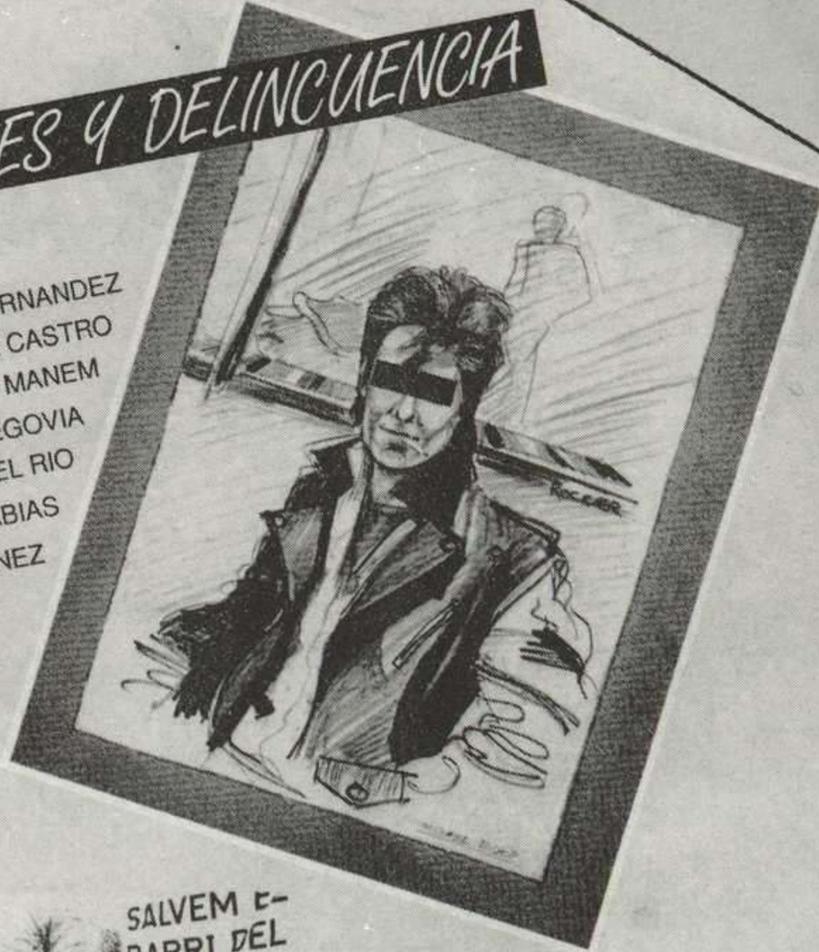
C/ Marqués de Monteagudo, 8 - 28028 Madrid

Tel.: 246 98 07/Fax: 361 17 74

Nuestra
Bandera

JOVENES Y DELINCUENCIA

JOSE FERNANDO HERNANDEZ
ENRIQUE DE CASTRO
M^{re} DOLORS RENAU I MANEM
JOSE LUIS SEGOVIA
ENRIQUE DEL RIO
JUANA ESCABIAS
Y BEGOÑA F. MARTINEZ



SALVEM E-
BARRI DEL
CARME

ASSOCIACIÓ VEÏNS
BARRI DEL CARME

PAIS VALENCIANO:

NACIONALISMO E IZQUIERDA

PEDRO ZAMORA / RAFAEL PLA

Nuestra
Bandera